FUENTE SANTA

NOVELA COMPUESTA

POR

Juan Muñoz García

BÉJAR
1935

DGCL
A

FUENTE SANTA

NOVELA COMPUESTA

POR

Juan Muñoz García

Non nova, sed nove.

BEJAR
1935

R. 42860
Tit. 52700
CB 1066087

Imprenta de Muñoz, Sucesor, Bejar.

A la buena memoria de mis queridos padres don Francisco Muñoz Domínguez y doña Elisa García Nieto.

El Autor.

PRÓLOGO

Sobre un pretexto comarcano ha desarrollado mi buen amigo Juan Muñoz García una original novela.

No es «Fuente Santa» una novela más. Es una manifestación nueva de la capacidad literaria, de la inteligencia, de la erudición, no, de la cultura, de la constancia para el trabajo y de la poética imaginación de este honorable bejarano.

Me parece esta nueva novela algo más que digna hermana de las que tiene ya publicadas nuestro autor.

Escrita en una prosa rimada, fluida, fácil y cadenciosa, se presenta en renglones largos cuando puede hacerlo, con absoluta seguridad en líneas cortas, tan bien asonantadas como medidas, con o sin libertades métricas a la antigua española; no con las originales rarezas modernistas, que en más de una ocasión envuelven defectos de varias clases en autores que por su ambición de excepcional individualidad, nos colocan, como ciertos pintores y escultores los suyos, esperpentos político-literarios, dignos de que se haga con ellos lo que el cura de don Quijote con los libros de Caballería.

En cuanto al estilo, a la dicción, al modo con que hablan expresando sus pensamientos, los personajes de «Fuente Santa», no hay un instante de decaimiento en toda la novela. Se mantiene el modo de época desde el principio al fin, en forma que acusa cómo el autor no tiene momento de olvido, de la forma del lenguaje y de las palabras que el hábito y las circunstoncias cambiaran al cambiar

los tiempos y que sin las notas dejarían in albis *a más de un lector.*

Añadiré que la inspiración estuvo incondicionalmente a su devoción.

Aparece esta novela, como sus hermanas, escrita en un solo capítulo. Pero la imaginación del lector puede dividirla, y sin violencia la divide en dos. Que el asunto es sencillamente interesante, ya lo verá el curioso que, al leerla, experimentará molestia si tiene que suspender su lectura en cualquier pasaje; no pudiendo aplicar aquí el dicho vulgar de «a lo mejor» porque lo mejor es todo.

Y en cuanto a la acción, debo decir que, para mí, es la más interesante la primera parte imaginaria del capítulo total; la que a Neska, Igaria e Irko más se refiere.

Aunque la segunda parte constituye una síntesis histórica precisa, concienzuda y admirablemente transcrita en el diálogo de Keltio con el régulo de Neila en que lleva aquel la parte principal: en ella el autor con la seguridad de bien documentado, desarrolla una labor de tal uniformidad en relación con los hechos de ambas partes de su Capítulo, *que encanta, mucho más a quien tenga antecedentes de los temas que allí se desenvuelven con tan facilísima sencillez, verismo y* facundia de la pluma *al servicio de inteligencia e ilustración como las que acompañan a esa soñadora imaginación que no siempre se hermana, como en este caso con el Arte y la Ciencia.*

No quiero hacer, yo también, un Capítulo *de mis apreciaciones; pero si a ello fuera, ancho campo me ofrecen para lucirme en consideraciones esa multitud de ideas y canceptos, que en el curso de «Fuente Santa» vierte mi amigo Muñoz García:*

unos filosóficos, morales otros, sentenciosos como de Sócrates aquellos y éstos: ya científicos, retóricos, descriptivos de cosas, lugares, hechos, costumbres, historia, religión..., (193, 194 y 195) la gama completa de conocimientos humanos adquiridos a fuerza de estudio y de la aplicación de aquellos a este trabajo literario, que de todo tiene y todo bueno: desde una poesía como la del amor de Neska e Irko, hasta las consideraciones sobre la vida político-social de la Humanidad contenidas en las últimas páginas, pasando por todos los demás hilos citados de esta trama tan fina y tan sólida.

Poesía es la primera parte y sería prolijo hacer resaltar tantos pasajes en que aquella es tan espontánea y sencilla como sentida y bien expresada. El dúo de Igaria y Neska en las páginas 57 a la 59, tanto como el trío de Irko, Neska y Aberast, amoroso y patriótico, (99 a la 101) y el momento épico de las 110 y 111, todo hasta el fin es poesía en esa primera parte, pues el autor convierte en poesía hasta detalles cósmicos y topográficos en sus accidentes, los que a las astros se refieren... etc., etc., (páginas 20 y 21, 61 a la 64, 78 y 79, 93 y 94), con la expresada particularidad, que consigno aun con la tacha de pesadez, de que ni un momento dejamos de estar oyendo hablar *como en aquellos lejanos días en que la acción se desarrolla.*

Y si poesía es toda la primera mitad del capítulo que forma la obra, culta observación es, y además poesía, en todo momento, la segunda mitad de él. Debe consignarse la docta manera como lleva su propósito el autor en esa mitad y su brillan

te forma: parece escrita al modo de los Sagrados Libros; sentenciosa, con sonora cadencia y en que la manera de decir, halagadora por su estructura, es atrayente porque siempre crece el interés al avanzar la lectura.

Tal es la intensidad del sentimiento descriptivo que pone el autor para que no haya duda de que Roma era como la describe él, por boca de Kellio; y oyéndole, *parece tener el lector ante la vista, después de asistir a la batalla de Zama, el cuadro grandioso y brutal del incendio de la Armada Cartaginesa; espectáculo mejor comprendido por esa descripción en que el verismo y la exactitud de todos los detalles del momento, sustituyen a las ampulosas exageraciones a que otros recurren en la creencia de que describen así mejor el cuadro que si un pintor excelso le copiara del natural: esto es la que consigue en tal descripción por su sencillez y veraz efectismo Muñoz García en las páginas 177 a la 184.*

Y no callaré la impresión de Cádiz *en aquella época, de su puerto, de su tráfico, de su lindo emplazamiento, de las circunstancias y pormenores en que se verificaba el intercambio comercial por las condiciones de aquella preciosa ciudad andaluza, cuyo puerto, al extremo sur de nuestra España, emporio de riqueza fué hasta que la desgracia, y en no poca parte nuestra ineptitud colonizadora, nos arrebató las posesiones de Cuba y Puerto Rico, (páginas 185 y siguientes).*

No desmenuzo más mis apreciaciones por la razón antes indicada: ni hace falta para encomiar un libro que por sí solo se encomia.

Quien haga su lectura convencido estará de que no miento: porque ¡cómo está escrito!

¡Y con qué claridad!

Si muy interesante es la novela no son menos las notas. *La referente a Salamanca constituye un sencillo y claro alarde de erudición, tanto respecto a la capital cuanto a algunos nombres topográficos de aquella provincia.*

Pero hay algo en que no estoy acorde con Juan Muñoz García: es en la sustitución por la palabra Socampaña *para expresar lo que con tanta claridad etimológica expresa la voz* Socampana: *si bien parece que reconoce Muñoz que puede tratarse de un error, o de interpretación literaria o de concepto etimológico; más bien parece lo primero. Pero no debe haber duda respecto a que las llamadas tierras de la* Socampana *en Salamanca son las que están dentro de lo distancia alcanzada por el sonido de la «María de la O» de aquella catedral. Dejemos a la* Socampaña *que vaya a significar otra cosa que la que a dichas tierras se refiere.*

Aún es más de justicia resaltar la importancia de la nota *en que desarrolla la etimología de las voces Tar, Ter, Tir, Tor, Tur y sus derivados.*

Envuelve esta nota, *a mi juicio, conceptos no ya de aclaración a los de la novela, sino a los contenidos en obras que han difundido el conocimiento de la formación de nuestro idioma.*

Por ejemplo. Tarteso *es, sin duda de origen ibero.*

Aún pensando que el primitivo idioma de los iberos fuera un dialecto hebreo, o el mismo idioma hebreo fenicio, siempre resultará que ellos, que se impusieron en todos sentidos a hebreos, celtas y fenicios, también impusieron su propio *idioma, fuera el que se quiera el origen de éste: y además,*

BIBLIOTECA DE CASTILLA Y LE

que la palabra ibérica Tarteso *expresa con absoluta exactitud lo que significa o representa la comarca de nuestra Península a que se aplicó y debe aplicarse; esto es, la región minera del Tinto Odiel que está enclavada entre el Guadiana y el Desierto de Arenas Gordas. Ter=río, Teso o Tesia=tierra de ribera: que resulta mucho más racional que la palabra hebrea* T' Aretz Sop *(lo último de la tierra) o el* Finis terre, *de Salustio y el* Tharsis *de la Biblia, (con h. o sin ella).*

La lógica de Muñoz García en estas notas *confirma la razonada aplicación de su profundo estudio.*

Así le vemos buscar, y encontrar, en el vasco *la etimología de palabras que, en general, mejor en definitiva, no pueden ser más que ibéricas. Es que no ha olvidado este autor que en su bagaje de erudito está la idea de que los* vascos *son los primeros iberos que invadieron España y los únicos que resistiendo hasta estos días de hoy la avalancha de tantos enemigos (celtas, fenicios, cartagineses, romanos...) como actuaron contra los aborígenes iberos, fueron replegándose invencibles a este rincón cántabro donde conservan el fuego sagrado de su pueblo, de su raza y de su lengua.*

Por eso en muchas otras notas *vemos que hay paridad de significación de palabras en ellas contenidas, cuyo detalle no es oportuno aquí cuando se encuentra en el texto.*

Pero no renuncio a citar algunas: p. e. Velayos *que viene de* belarr=*hierba:* belarrdi=*prado:* belarrigar=*heno: que son palabras euskeras de abolengo ibero seguramente.* Autao *de* auta=*selecto, excelente, escogido:* auta garri=*elegible, capaz de ser elegido; (lo que de muestra la feliz perpiscacia*

de Muñoz García para inventar el nombre del régulo). Zindo, Anai, jijeo *(de jijau y jijan, gangoso en vasco)*. Muñochas, *de* muño *que en vasco significa colina, otero, elevación de terreno; y de* obso-a, *lobo o lobezno..., y tantas más.*

Bien documentado está el autor de «Fuente Santa» en esto como en todo lo que trae el cuerpo de su novela, y no digamos en cuanto al folk lore regional afecta, expuesto con toda exactitud y claridad.

Y con esto y felicitar muy cordialmente al autor de este trabajo literario, acabo, mis renglones escritos en la esperanza de ver pronto en letras de imprenta a «Fuente Santa».

Cándido Herrero Lacaba.

San Sebastián 22 de marzo de 1935.

NOTA PRELIMINAR

Idioma sencillo, de palabras breves y expresiòn sintética hubo de ser el ibérico a juzgar por las reminiscencias que de él han quedado en muchos nombres de las diferentes lenguas que hoy se hablan en Iberia.

Y esas palabras que en nuestro tiempo han en parte determinado los insignes políglotas don Julio Cejador, don Julio Brouta y otros etimologistas, han de ser estudiadas cada día con más método y acaso así pueda reconstituirse ese antiguo idioma, perdido hace dos milenios, y que no solamente era de nuestra península, sino también de gran parte de Europa y acaso del extenso territorio que en el noroeste de Africa tiene litoral mediterráneo y atlàntico y de cuyo idioma quedan tantas inscripciones, que son todavía indescifrables.

Por fortuna subsiste el lenguaje vasco, heredero directo del ibérico y en el que se conservan no pocos vocablos de la lengua prerromana del país, por lo que el vasco es tan buen auxiliar para el estudio de la onomástica española, como los idiomas latino y arábigo, con la diferencia de que con el vasco se encuentran etimologías de las palabras anteriores a las derivadas de las lenguas del Lacio y de Arabia.

He aquí por qué, hemos puesto nombres vascos a casi todos los personajes que figuran en esta narración, en la cual se intercalan algunas denominacio-

nes geográficas actuales, que al ser de localidades del interior y al mismo tiempo vascas, pueden considerarse como nombres ibéricos que más o menos desfigurados subsisten en nuestro país, pese a los cambios de lenguaje que en él han producido las distintas irrupciones de gentes llegadas a Iberia desde tantas y tan variadas latitudes.

FUENTE SANTA

Neska (1) caminaba con Igaria (2) por el verde otero, acomodando su paso al de las ovejitas que conducían, las cuales llenaban el aire de balidos, por todo el ámbito de aquella pradera dilatada y deleitosa.

Los rayos del sol daban demasiado de plano, y Neska buscó luego la sombra de unos sauces que había junto a un regato y hacia él condujo las ovejas que se agruparon luego, cerca de la corriente cristalina.

Por fin Neska sentose sobre el césped y pronto hizo lo mismo su compañera Igaria, quien parecía querer servirla con afán cariñoso.

Pero el descanso fué corto, que a poco ambas muchachas buscaban en el campo florecillas y cortándolas Neska de un espino, hízose con sus garfios un rasguño, que sangrando, trazó una línea roja a lo largo de su brazo blanquísimo.

Sin soltar las que ya tenía en la mano, fué a lavar al regato el arañazo que la produjo la espinosa mata, y riendo le enseñó a su compañera, que aunque a

---

(1) NESKA. Muchacha en idioma vasco.

(2) IGARIA. Igari, en el lenguaje de Vasconia significa profetizar, anunciar.

Neska ocultó su sobresalto, le tuvo no pequeño cuando supo la planta que a su amiga punzó

—El amor la herirá,—se dijo Igaria.

No reparé, que en el rincón del prado, tales matas crecían.

De haberlas visto antes, yo la hubiera advertido del peligro, que se esconde en el tallo de esas flores.

A ver los desengaños que los días que vengan la deparan.

Y con este temor supersticioso, quedó meditabunda hasta que oyó que Neska la decía:

—Te has puesto triste, Igaria.

¿Por tan poco te apuras?

Si después de lavarle, apenas se conoce el arañazo.

Vayamos al espino, que aún hay flores en él.

—No;—contestola Igaria—basta con una herida.

Volvamos a la sombra, que en ella he de formar un ramillete; y tornando otra vez bajo los árboles, Igaria amanojó diversas flores, combinó las especies y matices, y colocó en el centro las de espino que Neska la entregò.

Después ligó el manojo con un junco, y el ramo estuvo hecho.

—Guárdalo para tí,—dijo a su amiga poniéndole en su mano—, y Neska le aceptó regocijada, y como ya la tarde iba cayendo, las pastoras reunieron el rebaño volviéndole al aprisco.

Neska, con buen cuidado llevaba el ramillete, y miraba las flores del espino, cuyos pétalos blancos resaltaban sobre las de colores variados, que había puestas junto a ellas, y como caminaban hacia oeste y el sol hería en los ojos, Igaria, hasta por cima de

los suyos levantaba la mano, poniéndola de modo que amparara su vista.

Su amiga, en igual punto la bajaba contemplando las flores, y distraídas ambas, no vieron a un mancebo, que al ver a las muchachas parose en el camino situándose del lado en que iba Neska, y mirándola fijo, allí esperó a pié firme.

Era Neska tan bella, y tal iluminaba su semblante la claridad del véspero, que el mozo no cesaba de observarla siguiendo a aquel rebaño, que bajaba la cuesta mansamente.

El sol ya se iba hundiendo en el ocaso y su reflejo, solo iluminaba los picachos que más altos subían, y reparando Igaria en el mancebo, que no quitaba el ojo de su amiga, quiso evitar a Neska aquel encuentro rodeando el camino, pero como el rebaño iba delante, no pudo ya marchar por otro lado, y Neska estuvo pronto a pocos pasos del apuesto joven, que sin osar hablarla y siempre viéndola, primero siguió quieto, y cuando Neska se iba ya alejando, avanzó detràs de ella hasta un saliente que el camino hacía, y estando ambas amigas ya distantes, volvieron la cabeza hacia aquel sitio y aún vieron la silueta del mancebo, quieto y en pié mirándolas, y allí seguía más tarde, cuando ya el sol ausente del espacio, caían sobre el campo silencioso las sombras del crepúsculo.

El día después, llevaron el rebaño a las mismas pasturas y al mediar la mañana, vieron cómo el mancebo rondaba cerca de ellas, y Neska, aun sin quererlo, principiaba a fijarse en aquel mozo, mas Igaria al notarlo, como había temor por el augurio en que

tenía la herida del espino, instola a que llevaran las ovejas a otro campo contiguo, y sin darlo a entender así a su amiga, la apartó de la vista de aquel hombre, puesto que su presencia cerca de ellas, tenía por el principio de las contrariedades amorosas, que creía que a Neska la esperaban.

Empero, estaba el joven sobrado vigilante, para no conocer que fué de Igaria la voluntad que a Neska retiraba de aquel ameno sitio, y con sigilo rodeóle luego, halló la pradería a que se habían mudado las zagalas, y miró, sin ser visto, a su elegida, y entonces ocurriósele manera de verla más de cerca, disimulando al par su seguimiento.

Para ello fuese entonces de aquel campo, y cuando de él volvían las pastoras pensando en que podrían encontrarle, no le vieron en todo su camino, con lo que Igaria hallóse más tranquila y Neska acaso un punto contrariada, pues el recuerdo del gentil mancebo, fijo tenía en la mente y se alegrara si le hubiera hallado.

Y lució el nuevo día, y aunque propuso Igaria que a otro sitio llevaran las ovejas, quiso Neska volver al de la víspera, y al dirigirse a él, iba observando las cuestas y quebradas del terreno, para si al mozo viera nuevamente, e Igaria estaba triste conociéndolo, mas al no hallar a nadie en el camino, quedó contenta luego y dióse prisa a llevar el rebaño a que pastara en la más escondida pradería, de las varias que había en el otero, y cuando a ella llegaron, como Neska estuviera silenciosa, queriendo distraerla mil juegos la propuso, mas Neska, no quería contar las hojas que tenían las flores, ni lanzar predezuelas

al arroyo, ni ver correr la linfa y solo atendió a Igaria, cuando ésta diò comienzo a referirla la historia de Alaíz (1).

—Ese Alaíz,—Igaria la decía—, fué el pastor más bizarro que a estas peladas sierras trajo vacas desde tierras de Norba (2).

La mucha gallardía de su porte, su varonil belleza, la gracia de sus dichos, y a la vez su palabra persuasiva, que escuchò una zagala de esta tierra, hicièronla creer ilusionada, que Alaíz al decirla su cariño hablábala verdad, y la zagala de él se enamoró.

A Enada, (3) otra pastora paisana de Alaíz, amaba Ideko, (4) pastor de estos contornos.

Ella tenía los ojos negrísimos y grandes, de mirar que quitaban el sosiego, y no tan solo Ideko que otros varios pastores andaban a las vueltas de encontrarla, y el lobo engordó a cuenta, puesto que por seguirla, descuidado dejaron el ganado, y así los rabadanes maduros, deseaban, que esa Enada a su tierra se volviese y en reposo quedaran los zagales que habían dado en seguirla.

---

(1) ALAIZ. Palabra vasca que significa *alegre, jovial.* Con el nombre de PEÑA DE ALAIZ se designa una gran roca situada en las alturas de la sierra de Béjar.

(2) NORBA. Población importante de la antigua Vetonia, que estuvo situada a orillas del Tajo, hacia donde hoy se halla el pueblo llamado Garrovillas.

(3) ENADA. Nombre vasco, que en castellano es *golondrina.*

(4) IDEKO. Vocablo vasco, cuya traducción es *semejante.*

—Mira, Neska,—siguió diciendo Igaria, señalando la sierra que era enfrente:

—¿Ves esa enorme peña que corona la altura de aquel pico?

Pues al pié de ella estuvo la choza de Alaíz, y Enada apacentaba su ganado por frente a aquellas hoyas (1) donde se ven escobas amarillas.

Estaba en este punto la explicaciòn de Igaria, cuando ambas advirtieron que un rebaño de ovejas todas negras entraba en aquel prado por su linde, que formaban lozanas machoteras, y antes de descubrir a quien guardara los mansos animales, oyeron una dulce melodía como de gaita rústica, y por oir y ver, quedó en suspenso la narración de Igaria, y ambas a dos miraban aquel hato, que seguía saliendo de entre el monte, y luego que el ganado terminó de pasar a la pradera, salió también de entre la espesa fronda un pastor gentilísimo, el que arrancó a la gaita la sonata, y poco detrás de él iba un muchacho, que le ayudaba a apacentar las reses.

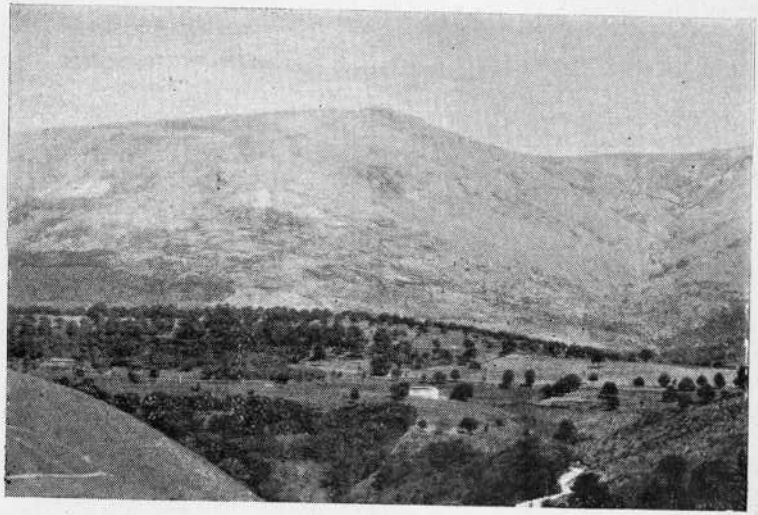
—¿Quién es ese pastor?,—preguntò Neska; — e Igaria, luego de mirarle mucho, así dijo a su amiga:

—Nunca por estos campos hele visto, ni acierto con el nombre del dueño del ganado, que solo ovejas negras tenga por estos términos.

---

(1) HOYA. Así se llaman las depresiones del terreno que forman hoyadas u hondos.

Garganta la Olla, debiera escribirse Garganta de la Hoya, y ganaría en expresión al definir sin equívoco la configuración del terreno, por donde discurre el riachuelo o garganta que dá nombre al pueblo.



SIERRA DE BEJAR

MONTAÑA EN CUYA CUMBRE ESTA LA PEÑA LLAMADA DE ALAIZ

(Foto Juan Requena).

Al zagalillo, acaso le encontré alguna vez, mas mi memoria no recuerda quien sea.

A esto, el pastor paróse junto a un árbol y volvió a la dulzura de su música, y más que a sus ovejas miraba a las zagalas, y de las dos a Neska, quien viendo al rabadán con pocas trazas de serlo por oficio, sospechó si tal vez fuera el mancebo que al prado fuè la vispera, y el día anterior a ella vieron también volviendo de tal sitio, y tuvo complacencia al creerse amada de aquel desconocido pastor, cuyo talante era muy de su gusto, y pensaba bien de él aun no sabiendo quien sería aquel joven.

El pastor fué avanzando por el prado hasta hallar el cobijo de una peña, y en siendo junto a ella, volvió a sus melodías mientras que el zagalillo cuidaba del ganado, y en la música puso tanto arte, que de él maravilladas eran Neska e Igaria y èsta más se esforzaba en recordar quien fuera, mas no acertaba a ello, y así pasó buen rato luego del cual, el mozo, sin apartarse mucho, con cantueso, tomillo y madreselva, formó una piña bella y olorosa y llamó al zagalillo diciéndole que a Neska la llevara, y mientras el chicuelo iba con ella, el pastor le seguía con la vista y vió que el muchachito llegaba a las pastoras, y dirigido a Neska, la ofrenda la entregaba y ella que al pronto pareció indecisa, aceptóla por fin y volvió el rostro, posando su mirada en el mancebo de quien era emisario el zagalillo.

Igaria entonces preguntó al chiquito:

—¿Cual se llama el pastor que aquí te envía?

—No me lo ha dicho,—contestó el muchacho.

—¿Son suyas las ovejas?,—insistióle.

—El pastorea con ellas,—el chico respondió.

—¿Y no sabes quièn sea?—demandó Igaria aún al zagalillo.

—Sé decir que mi abuelo, la noche de anteayer le diò cobijo en su propia cabaña,—respondióla.

Igaria oyendo esto tuvo susto pensando si el mancebo a quien hallaron, sería acaso el pastor que a Neska enviaba aquel ramo de flores y en aquellos momentos, fijamente desde junto a la peña la miraba; e iguales conjeturas hacìa Neska, que solo por recreo era pastora, y quien con atención miraba a Irko y a sus ovejas negras, que dispersas andaban por el prado; y después viò también al zagalito, que al volver a donde Irko le esperaba, parecía referirle las palabras que oyó de boca de ellas.

De allí a poco dejó el pastor el sitio donde primero estuvo, y haciendo que cuidaba su rebaño, que en descuido seguía, fuese acercando donde estaba Neska, sin que a ésta la causara desagrado verle un poco más próximo.

A no mucha distancia se detuvo y así pasò un espacio y durante él, Igaria cambió algunas palabras con su amiga y, como ambas manadas de ovejuelas casi pastaban juntas, separaron las suyas las zagalas llevándolas un poco más distantes, y así fueron más lejos del mancebo, que en la pradera estuvo contemplándolas y cuando ellas llevaron el ganado a abrevar en el claro regatuelo junto al que eran los días precedentes, Irko en el mismo punto, dirigiò al mismo sitio su rebaño, mas a la opuesta orilla, y situándose enfrente de donde estaba Neska y a distancia cabal, que no impidiera que su voz escuchase, así la dijo:

—Pastora hermosa, a tí miran mis ojos porque dulzura encuentran en los tuyos.

Te ví anteayer haciendo mi camino.

Desde Beiar subía y había prisa, mas pareme por verte, y ya no supe salir de estos lugares.

Perdida la carrera, quedeme con un ánimo que en sí tiene tristeza y alegría, tal como hay luz y sombra en el crepúsculo.

El de aquella jornada ya apagaba la noche y me privaba de seguirte viendo, mas cerca pernocté y al día siguiente os ví volver al prado, y al prado fuí sin conseguir hablarte, e ideando modo de que me escucharas, discurrí ser pastor y en ejercicio igual al tuyo pasar como tú el día, y venir donde te hallas, no de paso y oculto entre la fronda, sino también guardando mi rebaño, y así busqué atavío para ello, el ganado que miras y zagal que conmigo le apaciente y esperé que trajeras tus ovejas a este prado abundoso, donde por fin estoy al lado tuyo.

Muchas veces héme dicho cuantas cosas te diría, si llegaras a escucharme.

La primera lo que te amo, que yo explicarte quisiera con las palabras pulidas que guardaba para ahora, mas teniéndote delante, ya no acierto a recordarlas, pero sabe, que de entonces la ilusión vida me dá.

Belenno (1) me hizo encontrarte, y lo mismo que es el suyo, por camino luminoso iría mi vida, si con-

---

(1) **BELENNO. Parece que al sol se le llamaba Belennó, por lo menos en la zona montañosa de la antigua Vetonia.**

tigo la viviera, pues sería cual también cruzar el cielo, andar ambos de la mano, vivir solo para tí.

Con pausa y con dulzura, tal como las decía, caían una a una las palabras del rendido pastor, en el alma sencilla y candorosa de la zagala Neska, mas ella no quería revelarle el sentimiento nuevo, que en ella conocía que empezaba a vivir, y menos no sabiendo quien la hablaba, y así le contestò con tono afable:

—Tan bellas cosas dices, que por ellas colijo que eres bardo, y pronuncias con arte tus palabras.

Otro bardo me dijo no hace mucho, que con cantos y elogios amor llega, y que el mío tenía que ser

---

En el museo de Avila existen dos amuletos de bronce que le representan y otro de mayor tamaño se halló hace años en el cerro del Berrueco, tan rico en reliquias pre y protohistóricas.

En dichos bronces se observa una forma parecida en cuanto al dibujo cual si fuera ritual o adoptada, siendo el cuerpo la representación del sol, y principal atributo de su personificación, la cabeza humana de relativo gran tamaño que tiene el ídolo.

La figura hallada en el Berrueco es de 26 centímetros de alto por 12 de anchura.

En vez de brazos tiene como alas levantadas, acaso por alusión a la diaria carrera del astro en el espacio.

En la parte inferior tiene el ídolo como unas piernas rudimentarias y sobre la testa un adorno semejante a la flor de lís, y otros dos de dibujo parecido, laterales y simétricos, a ambos lados del sol o cuerpo.

El dibujo conjunto, tiene el primitivismo de la remota Edad del Bronce.

famoso, y yo temo esa fama, y mejor que ella quiero ser pastora y vivir en la calma que ahora vivo, pues siempre oí, que amor trae mil cuidados y no quiero tenerlos.

Esto dicho volviose Neska a Igaria, como para ir con ella, pero Irko la retuvo todavía al decirla vehemente:

—Bien fuera lo que dices, si primero no hubieras dominado mi fuerte voluntad.

Tras tí se vá mi alma y con ella también mi pensamiento, y por eso te sigo por los campos que alegras tú, volviendo este retiro en morada serena a donde vengo en busca de mi dicha.

Neska oyò a Irko, a un tiempo complacida y temerosa, más ambos sentimientos siguió disimulando y a Irko dijo, que acaso otras zagalas merecían mejor que ella tal elogio florido, y que, pues no dudaba que era bardo, haría bien recorriendo la comarca, donde había de encontrar pastoras bellas, y al mismo tiempo viejos rabadanes que podrían narrarle, bien sucesos bizarros, o relatos sentidos que a él acaso plugiera contar luego, con el sublime arte que tienen los poetas, que por doquier difunden el caudaloso inmaterial tesoro, de leyendas e historias hechas versos, que ávido de belleza el pueblo aprende, y las gentes repiten y divulgan después por luengos tiempos cuando la rima por ventura es buena, y aun parece mejor según los años vieja la van haciendo.

Irko admirando las razones de ella, la repuso enseguida:

—A mi también me placen los versos de los poetas, y ahora quisiera serlo y cantar cual merece tu hermo-

sura, que habrá en estas montañas muchas pastoras bellas, pero a mis ojos otra no cual tú.

He también de decirte, que no hay canción de bardo que tenga melodía igual a la que tienen tus palabras, y ahora no me interesan las historias bucólicas y no quiero tampoco mirar a otras muchachas, y aunque anduve por campos y por montes y en majadas estuve muchas veces, como por harto calmo tenía del pastor el ejercicio, nunca quise seguirle, mas al verte pastora ya pareciome bien.

Por ello en esta sierra pastoreo, y si cual en praderas te hallaras en eriales o en yermos desolados, campos lozanos fueran para mí.

Aquí calló el mancebo y Neska, pensativa, nada dijo.

Conjeturaba en vano quien sería aquel joven, entretanto que Igaria clavaba su mirada recelosa en el pastor incógnito, que ni en sus ademanes ni en su gesto ponía rusticidad, y cuyo rostro hermoso al par que grave, decía de reciedumbre y fortaleza, y mientras que su amiga esto observaba, Neska conocía amarle, mas no quería decirlo y así abreviò la plática y volviendo a cuidar sus ovejitas, se apartó algunos pasos.

Después llamando a Igaria la pidió que dejaran aquel sitio.

Irko la dijo entonces:

—Ciego seré cuando de aquí te alejes.

Y luego la pidió rendidamente:

—Dime cual es tu nombre.

—Me llamo Neska,—dijo la pastora.

—¿Y tú, quién eres?,—preguntò ella tímida.

—Irko me llaman,—respondió el pastor, y volvió a preguntarla:

—¿Traeréis mañana aquí vuestras ovejas?

—No lo sabemos,—contestóle Igaria que se había ido acercando, y las dos comenzaron a bajar la costana del otero.

Irko olvidado ya de sus ovinas, siguió tras las muchachas un espacio, y entonces Neska dijo despidiéndole:

—Vuélvete a la pradera y en mí no pienses màs; pero aún oyéndola a Irko parecióle que Neska pronunció la despedida en tono algo inseguro, y quieto en aquel sitio, vió alejarse a las jóvenes al paso del ganado que guardaban y cuando ya ocultolas el terreno, conociose invadido de tristeza; mas pronto volvió a ver las ovejitas, que subían un cerrillo y luego en aquel alto, a las pastoras que volvieron el rostro por ver si seguía en el otero.

Después siguió su huella y ocultándose siempre, pudo observar que ovejas y zagalas caminaron hasta unos cortinales (1) a cuyo lado una vivienda había, que imaginó que fuese la de Neska, y resolvió pasar los días siguientes por los campos contiguos a la choza, y aquel, hacer la vuelta a una majada, que era la del abuelo del zagal con quien iba.

Aquel buen viejo se llamaba Agure (2); los otros

---

(1) CORTINALES. Cortinales llámanse en varios pueblos de Salamanca a pequeños terrenos destinados a pasto, por lo común sin cerca de pared.

(2) AGURE. Palabra vasca cuya traducción es, anciano.

rabadanes le tenían por jefe y por maestro, y él fué quien hizo con ovejas negras al novel pastor Irko, reuniendo en un solo hato las que había en apriscos diferentes.

—Blanco querría mañana mi rebaño,—Irko volvió a pedirle aquella noche.

—Blanco será y lúcido,—Agure le ofreció.

Buena memoria tengo de cuando fuí en tu tribu y atenderte me agrada, aunque no sé que buscas fingiéndote pastor por estas tierras.

Si amores son la causa, teme de ellos, y huir pudiera serte provechoso, que amor es tan extraño, que la fuga, en él no pocas veces es el triunfo.

—Con más sosiego os contaré que busco y oiré vuestro consejo—Irko repuso a Agure,—y ovejas no busqueis en demasía, porque pocas me bastan.

—El consejo que pidas no te le he de negar,—le dijo Agure,—y en cuanto a las ovejas mañana las traerá mi nietecillo.

Vamos ahora a mi choza, que está próxima.

—Vamos,—asintió Irko,— y a la choza los dos se encaminaron.

La noche ya cerraba, mas Irko recordaba aquel sendero, que ya anduvo el día antes, y al pasar un ribazo:

—Aquí,—dijo al anciano,—erais cuando os hallé.

No olvido su acogida.

—Esa la preparaste,—dijo Agure,—el día que yo la hube en vuestra casa.

De siempre se recoje lo que antes se sembró.

Por eso es el de bien tan buen cultivo, que cosecha de bien reporta luego.

SIERRA DE BEJAR

CUMBRE LLAMADA RISCO GORDO

(Foto Juan Requena).

Poco después llegaron a la choza y tras de frugal cena y corta plática, se entregaron al sueño, mas el de Irko estorbaban sus pensamientos mismos, y al no poder dormir pasó la noche ansiando que llegara la mañana, y oscuro todavía, abandonó su lecho de zaleas y salió de la choza.

La estrella matutina en el centro del cielo daba su luz bellísima, al tiempo que la luna se ocultaba.

En tan lejana edad superstición ya era falsa guía del espíritu, y mirando el planeta refulgente llenose Irko de gozo, porque según antiguas opiniones sobre las predicciones astronòmicas, si la estrella lucía en lo más alto al ponerse la luna, era signo de bien, e Irko observándolo, al mirar embebido el firmamento no reparó en que Agure, que como anciano había ligero el sueño, despertó al salir Irko de la choza y salió de él en pos, y le veía mirando cara al cielo en aquel punto, y el viejo, viendo en él los dichos astros, hizo acto de presencia y al mancebo le dijo:

—La estrella buena, toma ahora la luz que la da Eako; así podrá alumbrar las lobregueces profundas y remotas, que hay de estrellas a estrellas, pues en esas honduras se cobijan los infinitos males de la noche

Hay astros que en invierno y en verano están en igual sitio.

Los hay también, que solo algunos tiempos se asoman a la tierra.

Pero la estrella buena de contínuo recorre por los cielos, y en ellos permanece, desde que acaba el

día, hasta que en el siguiente vuelve a hacerse la luz.

Si las sombras del suelo en que vivimos esconden a los lobos, y amparan a otras suertes de alimañas, ¡cuantos serán los males que se oculten en los hondos tremendos del espacio, cuando Belenno y Eako desparecen!

Esos males libertan a los vientos, cuyo soplo derriba las viviendas y echa abajo los árboles, y ellos también entre horrorosos ruidos, lanzan desde la altura los saetas de fuego que abrasan a los hombres y ganados, pues no apagan su lumbre destructora, ni la mucha distancia, ni la lluvia, y esos malditos entes, hacennos otros daños aún peores, cuando derraman súbito las aguas, que Eako la benéfica, guarda primero, y luego nos reparte dando vida a los campos, mas que volcadas en diluvio, arrasan anchísimos y fértiles terrenos y tornan miserables a los hombres que moran las comarcas, por donde desbordada recorriò.

—Razón habéis,—le dijo entonces Irko,—y de fieras podemos defendernos, pero no de esos entes invisibles, pues solo a ellos auyenta Belenno, cuando deja ver su luz.

—Si bien se considera,—dijo entonces Agure,—del cielo solamente bajan bienes.

El agua cuando arrasa y cuando ahoga, hace ese mal por mucha y mal caída, como vemos los hombres con frecuencia, que el exceso de bien nos causa daño.

Y el agua como el sol, aun tan distintos, son origen y causa de la vida, y ambos hacen que brote a

ras del suelo la hierba humilde que tapiza el campo, y que también del suelo se levante la alta copa del roble, y de otros árboles gigantes de los montes y los llanos, que han de volver caídos a la tierra.

Solo llega a Belenno la mirada del hombre, porque las mismas águilas, si bien alzan su vuelo más alto que los picos más erguidos, su mirada diríjese hacia abajo, porque al cabo en el suelo tiene fin su volar.

Al hombre no le es dable alzarse de la tierra en más de lo que eleva de ella un árbol, siendo este signo cierto de que igual a la tierra pertenece y en ella ha de caer, pero agotado por males o vejez, y aún siendo frío su cuerpo por la muerte, tal vez con él no mueran los anhelos de vida que levantan sus ojos a Belenno; quizá tras su acabar, siga viviendo la esencia de su ser, al modo mismo del que al perder la vista, conserva sin embargo la memoria de las cosas que viera, que por algo a la muerte de los ojos supervive la luz del pensamiento.

El vivir y el morir son, aunque opuestos, dos anhelos de luz, y por eso miramos a Belenno, que es luminar perenne y fuente eterna de mil clases de vida.

Él germina los frutos y hace crecer los árboles, que dentro de sus troncos, día a día, van guardando el calor que en ellos pone, y que al punto devuelven cuando llegan a convertirse en fuego.

Por tal causa las llamas de la hoguera, son cual chispas de sol.

La luz fría de Eako, es sosiego y reposo.

Mientras luce Belenno se trabaja.

Con Eako se medita, porque su claridad suave y blanda, es como luminar del pensamiento.

Yo, a la luz de la luna he meditado los más árduos negocios de mi vida.

Por el día, mil suertes de cuidados requieren mi atención, y por eso la luna, muchas veces, me ha visto ante la puerta de mi choza, unas noches pensando y otras viendo cual recorre el espacio, y con que majestad por él asciende llenándole de luz, que no oscurece la que dan las estrellas que preside.

Todos los días observo sus cambios de figura y de tamaño.

En unos se perfila mirando hacia el oriente, en otros blanca y plena nos enseña su faz, que va ocultando según gira en el cielo, y mudándose así, noche tras noche, a la par que Belenno el tiempo rige.

Luceros hay también, que en los espacios tienen largos caminos.

Mirad aquel que brilla como un ascua.

Ningún otro supera su tamaño y es sin embargo de dañoso influjo (1).

El brillo de los ojos de los lobos, parece el de esa estrella.

Los que a campo vivimos, vemos en los luceros las señales que nos sirven de guía.

Se dejan ver algunos cuando ya amarillean los sembrados.

Hay otros que aparecen por el sitio que han de tomar las aves emigrantes que, como si esperaran su venida se reunen en volátil caravana de número incontable, que formando un solo grupo viajero, pasa

(1) Alude al planeta Saturno.

más alta, que los altos montes en busca de países ignorados, y en ellos otra vez se disemina, hasta que otros luceros, mostrándose en el cielo caluroso que cubre aquellas zonas, las son nueva señal de hacer viaje de vuelta a nuestras tierras.

Entre las estrellitas más pequeñas, hay muchas de buen signo.

Algunas diminutas como chispas, nos dicen de las pomas que maduran y de que la vendimia está ya cerca.

Mira aquella que casi apagadita se diría que está,— le explicó Agure volviéndose hacia el Norte.

Pues pese a su modestia, un grupo de luceros deslumbrantes brilla a su alrededor.

Esa estrella señera es la del viajero, que con solo mirarla ya se orienta en el camino que hace.

Y el que derechamente, ande como teniéndola por guía, saliendo de estos montes llega luego a unas tierras labradas que rinden pan blanquísimo, y si atraviesa ríos caudalosos y sigue caminando, se terminan los campos de trigales y ve ante sí montañas siempre verdes; y si sube a su altura y luego baja, por las faldas opuestas de esos montes, dicen que llega a un piélago rugiente, y que sobre él, voltean millares de unas aves pescadoras, que en brumoso mar tienen su vida, su amor y sus afanes.

—¿Quién os ha referido tales cosas?,—preguntó entonces Irko al viejo Agure.

—Otros pastores que en otoño llegan desde aquellas altísimas montañas, que por un lado dan tierras adentro y dominan mirando desde el otro la inmensidad del mar.

Ellos diversas veces me dijeron, que bajan de los montes de Cantabria y al volver a sus sierras en verano, la estrellita los marca su camino, que van haciendo siempre, cara a ella.

Los cántabros de que hablo a más de buenos, son esperimentados rabadanes que conocen los puertos y las trochas, y los que son lugares peligrosos para ellos y las reses que conducen.

Cada año, desde antiguo hacen los dos viajes de venida y regreso, pues la escasez de pastos y los fríos, que en invierno se sienten en su tierra, los hacen buscar otra más benigna, durante esa estación.

Al decir esto Agure, el alba ya empezaba a romper las tinieblas que se iban deshaciendo poco a poco en la luz del día nuevo, y ausente ya la luna e invisible también la muchedumbre de luces, que algo antes tachonaban el manto de la noche, solamente la estrella matutina brillaba todavía en el espacio.

Agure dijo a Irko señalándola:

—Veámosla ponerse, que cuando así se hace, suele ser la jornada provechosa.

El viejo al decir esto quiso dar a entender, que quien temprano empieza sus quehaceres, más adelanta en ellos; pero Irko enamorado, creyó que esas palabras hablaban de la suerte que emanaba del lucir de la estrella, y a la estrella miró y la vió ponerse hasta absorver su luz la de la aurora.

La mañana empezó bella y serena, e Irko tuvo esperanza de que habría una jornada favorable, y llenose de júbilo por ello.

Un espacio después de ser de día salió de la cabaña el zagalillo, y a su abuelo y a Irko llevó caliente

leche de primer alimento, y un poquito más tarde allí reunía un hatillo de blancas ovejuelas, y al igual que la víspera, guió con Irko el albo rebañito al prado del otero; mas a él no acudieron las pastoras y entonces Irko, solo, siguió el mismo camino por el que se alejaron el día antes, y desde un altozano distinguió la cabaña, y vió que no muy lejos de la choza, eran Igaria y Neska, que tenían su rebaño en aquel campo, y luego lo llevaron hacia otro que estaba algo distante, y queriendo el mancebo llevar el suyo donde fueran ellas, siguiolas con la vista hasta ver que llegaban a una hondura y que allí sus ovejas se esparcían por todo el ancho soto.

Así que esto observara, Irko volvió con prisa a la pradera donde el muchacho se quedó esperando y echando por delante el hatajillo, como al azar y en calma, le llevó hacia la choza para desde ella dirigirse al hondo, y estaba casi al lado de la vivienda rústica donde creía que habitaba Neska, cuando el dulce balar de las ovinas hizo que Ama (1) saliera de la choza, para ver que rebaño se acercaba.

Al pastor pareció que no era joven, mas sí fresca y hermosa, y al ser frente a la rústica vivienda, le dijo la mujer:

—¿Es tuyo por ventura este rebaño?

---

(1) AMA. Nombre de la madre en idioma vascuence. En castellano se designa a la nodriza con el mismo vocablo, y es posible que originariamente sea voz ibérica, que persiste en ambos idiomas aunque en cada uno tenga el significado que queda dicho.

—Yo le guardo y aquí nunca le traje,—Irko repuso,—y preguntó a seguido:

—¿Hay buenas hierbas cerca?

—Buenas y nada escasas son las de unas honduras no distantes,—Ama le contestó;—mas recordando que a tal sitio llevaron las ovejas Neska e Igaria, porque allí no fuera, al momento le dijo:

—Aún son más finas las de aquel collado que enfrente de este sitio se levanta; y señalò un terreno de solana que se alzaba bien cerca.

Irko no supo entonces qué camino tomar, pues aunque ya elegido le llevaba, no quería declararlo y mientras resolvía por cual había de ir, la mujer dijo:

—No te he visto hasta hoy por estos campos, y aunque sé qué pastores apacientan ganados de estos tèrminos, no recuerdo tu rostro.

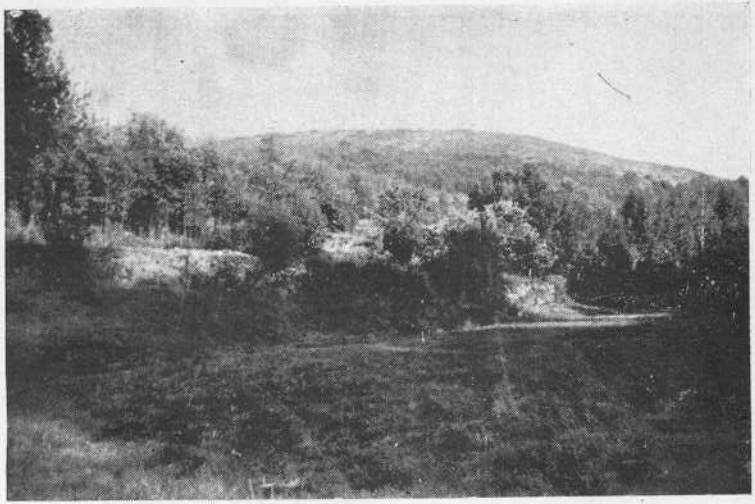
Diría que son de Agure las ovejas, si las hubiera negras entre blancas.

—Tiene Agure rebaño más copioso que este que yo conduzco,—dijo Irko.

—Pues llévale al collado porque en el hondo están nuestras ovejas, y siendo separadas, más pasto tendrán todas,—insistió la mujer.

—A él iré,—dijo Irko,—y guiò hacia el collado su hatajillo, pensando que desde él habría vereda que sin mucho rodeo fuera el soto, y cuando al poco rato ya ganaba la cuesta de aquel teso, notó que Igaria y Neska también iban donde él, y era debido, a que al soto bajaban muchas aguas, y húmedo en demasía, las zagalas no estaban bien allí.

Contento entonces Irko, las veía ascender por la pendiente detrás de su rebaño, y cerciorado bien de



PRADO Y ARBOLEDA EN EL MONTE DE BEJAR

(Foto Amable García).

que eran ellas, según se hacía más corta la distancia, se ocultaba detrás de los matojos sin mirar tan siquiera a sus ovejas que se iban confundiendo con las que conducían las pastoras, y ya cerca mirándolas, tuvo a ventura el trueque del camino que hiciera poco antes, y apercibió su gaita, y sin dejarse ver arrancó de ella melodías dulcísimas, sonatas cual gorgeos de los pájaros, endechas que volaban por los aires llenándolos de música sencilla, que oían las muchachas con sorpresa, y guiadas por ella, vieron a Irko que estaba junto a un árbol y ambas a dos, miráronse dudosas de si la casualidad, o bien próposito de aquel pastor artista, los reunía otra vez en aquel sitio, y las blancas ovejas que él llevaba miraban extrañadas recordando, que era negro el rebaño que llevó el día antes al otero.

Aparte de esto, Neska, no fué triste de encontrar al pastor, y con agrado le oyó, cuando mirándola decía:

—Pasé por tu cabaña hace bien poco.

Tu madre era a la puerta, y ella misma me dijo, que a este campo trajera las ovinas.

—No fué con la de Neska, que hablaste con mi madre,—habló entonces Igaria;— y sorprendido Irko, preguntola:

—¿No morais ambas en igual vivienda?

—Ahora sí,—dijo Neska,—pues somos como hermanas.

De ello dedujo Irko que no lo eran, y en más duda quedó de quien sería la hermosa de quien era enamorado, y a la par, más firmeza hubo en amarla, y acercándose a ella, la dijo entonces con vehemente tono:

—Belenno fué quien te mostró a mi paso, y ese dios mismo iluminò tu rostro con reflejos serenos y magníficos, y la luz que te puso en el semblante se metió por mis ojos, que desde entonces guardan tan viva la ilusión y tan presente, que aunque lejos estés siempre parece que te hallas ante mí, y al mismo tiempo tengo el recuerdo de tu voz hermosa, y por volver a verte y por oirte heme aquí de pastor de este rebaño.

Neska, bien persuadida de que en torno a los sitios que ella andaba, giraban las andanzas de aquel mozo, creyó luego en su amor, y como en aquel lejano tiempo todavía los humanos decían su sentir sencillamente, Neska le dijo a Irko, que tal vez acertaba creyendo que Belenno los hizo verse por igual camino, para que aquel encuentro inolvidable diese acaso principio a sus afectos.

Y aún añadió que viendo ovejas blancas, no había puesto atención en quien sería pastor de aquellas reses, pero que oyendo de la gaita el silbo, su rústica armonía causándola contento y sobresalto, la hizo entender, que no se hallaba lejos el bizarro pastor en quien pensaba, e imaginó, que el cambio de ovejuelas acaso fuera ardid, que él puso en práctica para mejor seguirlas; y bajando los ojos al hablarle, también dijo al mancebo que puesto que amor a ella llegaba, quería darle acogida.

A esto contestó Irko, que al ver en aquel campo a su pastora, creyò en su buena suerte, y el oirla dejábale en el alma profunda gratitud.

Luego siguió diciendo:

—Al punto en que te hallé vi la esperanza, y a mi esperanza sigo.

—Yo tres veces te he visto,—dijo ella,— y dos tan solamente hemos hablado, pero han sido bastantes para que tus palabras despierten en mi pecho sentimientos que son nuevos para mí.

Hace tres días que era yo dichosa en los campos amenos de esta tierra, y no había más cuidados, que vivir sin tenerlos en la dulce amistad que he con Igaria, y hoy me es afán rememorar tu encuentro en tarde luminosa que no olvido.

Neska al decirlo siente complacencia, y ya que amor hayamos, cuidémosle de modo que el nuestro sea el mejor.

—Tu amor nobleza inspira,—dijo Irko—y es el mío lo mismo que el arroyo, que festeja a la flor, que junto a él crece.

Igual que el ave, que al venir la aurora, se vuelve hacia el oriente y desgrana en gorgeos su alegría.

Esperemos la dicha, y si amando tuviéramos dolores, amor será tan claro, cual la estrella que rompe la negrura, en tanto que la luz devuelve el alba.

Al hallarte pastora, bien comprendo que en la sencilla vida está la dicha, y que felicidad no es artificio.

Ver salir a Belenno, vivir el día mismo que él nos traiga, aceptarle también nublado o claro según se nos presente, y en sucesión de diferentes tiempos, al modo como el año cambia también, según las estaciones son de frío o calor.

En nuestra edad florece la esperanza, e ir contigo en la vida de la mano, será hacerla camino de venturas, conseguir ver cumplidos los anhelos.

Entonces calló Irko como para que Neska respon-

diera, y a ella al rostro asomaba la alegría, y el rostro y no sus labios, le decían lo que en palabras él quería escuchar, e Igaria que no más se había alejado que lo que la discreción aconsejaba, a su amiga veía con ternura y temor, y preguntàbase quien sería aquel hombre, poniéndola en recelo el súbito interés con el que Neska, escuchaba al pastor que así la hablaba:

—Ahora comprendo el bien que amor nos hace.

Paréceme que vuelvo de la sombra a la luz, y que despierto soy a nueva vida.

Y ella le dijo entonces con dulzura:

—Espera siempre en mí.

Irko la agradeció profundamente esta corta expresión, que a él parecía descubrir horizontes luminosos de ventura y de bien, y en ello absorto había su pensamiento, cuando Igaria acercándose le dijo:

—Pastor desconocido, recoge tu ganado que ha dado vuelta al cerro, y cuida que no baje por las cuestas del río que cerca corre, pues los cárcabos (1) de él son peligrosos.

Y nuestras ovejitas también están asaz descarriadas, e igual dan ya la vuelta a ese mogote (2) y so-

---

(1) CARCABO. Barranco o derrumbe formado por el agua.

En las corrientes fluviales donde hay ruedas hidráulicas para el aprovechamiento de esas corrientes como fuerza motriz, se llama rueda del cárcabo a la que se emplaza en la oquedad por donde el agua cae desde el final del cauce haciendo que con su peso se ponga en movimiento el artefacto.

(2) MOGOTE. Colina o teso de cima redondeada.

brado distantes varias de ellas, hemos de ir a buscarlas.

Neska a su vez hablole que ella iba con Igaria a recoger las reses y que al siguiente día volverían a llevarlas al otero, y siguiendo a su amiga, al punto se alejó de junto a Irko, y éste las vió subir hacia el mogote con tanta agilidad y ligereza, que parecía que el suelo no pisaban al ganar la eminencia con presura.

Después, al ser en lo alto, por la opuesta ladera descolgada ocultáronse a Irko, quien como despertándose de un sueño, con lento paso y caminar de autómata, hizo por su rebaño y dejó el campo aquel.

Al seguir el camino que debía llevarle hacia la casa donde moraba Neska, otra vez a la puerta estaba Ama, quien afable le dijo:

—Ya ví por el collado tus ovejas ¿en él hierbas habría en abundancia?

—Sí,—contestò el pastor sin detenerse;—me dirigisteis bien y os lo agradezco, y al teso he de volverlas.

—¿Y como tan temprano las retiras?—Ama preguntó entonces.

—Porque allí ya estaría como ciego,—repuso Irko enigmático.

La mujer extrañose de oir tales palabras, mas de que eran sinceras no hubo duda.

Pensó en pedir sobre ellas razones al pastor, pero temió que hablándole pudiera descubrirle su recelo, silenciosa vió cual se alejaba.

Después miró al collado, por si al acaso a él, Igaria y Neska se hubieran trasladado desde el soto, y

al no verlas allí, ni a sus ovejas, se disipó su duda, mas quedándola siempre una extraña inquietud, y ya con más afán que en otros días, esperaba la hora en que de vuelta traían el rebaño las zagalas.

Ellas en aquel punto bajaban la pendiente del collado.

Luego de ver a Irko, Neska había quedado silenciosa.

Igaria imaginando que con el pensamiento le seguía, cuanto más Neska estaba ensimismada, más quería ser amable, hasta que la zagala por fin dijo:

—¿Quieres seguir ahora la historia de Alaíz?

—Ya no te la refiero,—dijo Igaria.—Tan solo sabe que volviose a Norba.

—¿Y la pastora, le quedó esperando?—interrogola Neska.

—Sí;—la repuso Igaria. Fielmente le esperó, pero fué en vano.

De entonces Alaíz no fué más visto, y ella desengañada y dolorida conoció que hubo yerro en el amar.

No quieras, Neska, amor de forastero.

Mira que el hombre, que creció a par nuestro y compartió de niño con nosotras los juegos infantiles, su condición encubre muchas veces y cabe más engaño en saber la de aquel que vive fuera.

Y siendo tú quien eres, has de tener en ello más cuidado, porque no te alucinen los primeros ensueños del amor.

Bien dice en tí la sencillez de tu alma, y tanto como buena eres hermosa.

No extraño que el pastor te admire y quiera.

Mañana en el otero esperando estará, mas te interesa saber bien quien es Irko, y si su condiciòn y nacimiento igualan con los tuyos.

Igaria en este punto hizo silencio dando lugar para que Neska hablara, y Neska francamente la repuso:

—Yo no creo que Irko sea como ese Alaíz olvidadizo; antes tendrá constancia, porque su amor es noble.

No le digo quien soy; para que me ame solamente por mí, y aunque es de fuera hállole tal de bueno, que mi aprecio ganado ya le tiene.

Franca siempre te he sido.

Amigas desde niñas el tiempo cambia nuestras confidencias según varía la edad a que llegamos.

—Me place que así me hables,—dijo Igaria,—y al decirte de amor de forastero fué en modo general, pero conoce, que Irko, en solo tres días no se te habrá mostrado como sea, y menos al venir a enamorarte, que es cual venir a halagos y a prometer firmeza en el afecto.

Neska guardó silencio por no elogiar a Irko nuevamente, y en eso quedó el diálogo.

Mediaba el día ya, y el sol caldeaba el soto con exceso.

—Cerca somos de casa,—Igaria dijo,—volvámonos a ella mientras pasan las horas calurosas.

Neska asintió, y con calma volvían a su albergue, cuando en un altozano Igaria vió a su madre, que miraba hacia ellas.

—Tres veces ya la he visto en este sitio, manifestó a su amiga.

—Natural cosa es—Neska repuso,—porque al tesoro sigue el pensamiento, y el tesoro eres tú.

—Ambas para mi madre al tiempo mismo,—Igaria replicola con viveza.

—Es verdad,—dijo Neska conmovida.

Después hablaron poco y al lento caminar de su rebaño fueron aproximándose a la casa.

Ama saliò a su encuentro.

—¿Vísteis acaso,—dijo,—a un pastor que llevaba ovejas blancas?

—Le vimos y aún le hablé yo en el mogote, e Igaria al poco rato, con razones desviòle de allí,—contestó Neska,

—Yo le vì ir y volver,—explicó Ama,—y al no saber quien era, inquieta estuve.

—Pues él parece bueno,—Neska dijo.

—Tanto mal hay oculto,—observó Ama,—que siempre lo primero es el temerle.

—El amor no es maldad,—habló la joven poniéndose encarnada al pronunciarlo.

La mujer miró a Neska con ternura, y por estas palabras entendiò ya el sentido que habían aquellas otras, que el mozo pronunció; se explicò sus andanzas allí en torno, y queriendo saber que pastor era, llamó a solas a Igaria.

—Dime,—la dijo,—si antes se han hablado.

—Ayer en el otero,—ella repuso,—y temo esos amores, pues Neska, en la pradera, fué herida por los garfios del espino.

—¡Ay!,—dijo entonces Ama, cual si su alma punzaran los abrojos.

Mi alegría sois ambas; sé más que hermana de ella y aconséjala olvido.

Igaria dijo entonces tristemente:

—Bien quisiera, mas Neska ya le estima. De seguro lo sé.

—Averigua ante todo quien es ese pastor,—dijo su madre.

Inquietud tuve viendo al forastero, y ahora enojo me causa su fortuna.

—No extremes el cuidado,—dijo Igaria para darla sosiego.

Piensa que al cabo es Neska en el tiempo de amar.

Irko se llama el hombre que la quiere. Su ejercicio es manera de seguirnos; otra cosa no sé; yo estaré atenta.

A este tiempo entró Neska en la cabaña.

—Hagamos el yantar,—Ama la dijo; y sirvió el de las tres.

Luego al campo volvieron las pastoras sin apartarse mucho del albergue, y llegada la noche, mientras Ama velaba entristecida, Neska, también despierta, recordaba al pastor, y aquel insomnio en vez de oscuridad la era esperanza.

Y cuando rompió el día y alumbró la alborada cual cascada de luz, alegremente la recibió su espíritu risueño.

No estaba el sol muy alto y ya las dos amigas llevaban las ovejas al otero, y al llegar a una fuente, viose Neska en el agua del arroyo, y prendió en sus cabellos unas flores.

—«Amor se las enlaza»—pensó Igaria mirándola adornarse.

Poco después estaban en el prado, y vieron al pastor que allí llegaba y contento decía:

—Mañana de sol luce.

Mirad como su oro, enriquece el caudal del arroyuelo, que es todo lleno de reflejos ígneos.

Aquel día llevaba rebaño bicolor, y era también con él el zagalillo, al cual dejó la guarda del ganado, y en lo que Igaria apacentaba el suyo, el pastor dijo a Neska:

—Los lirios que junto a este cauce crecen, no tienen tu fragancia campesina; serena placidez es tu semblante; tu mirada candor.

Las candelas que adornan los castaños, menos doradas son que tus cabellos.

A tu blancura no iguala la nieve.

Eres dulzura y paz.

Irko calló y así Neska repuso:

—Bello es cuanto me dices; mas yo no me doy cuenta de ser como lo expresan tus palabras.

Ahora vuelvo a pensar si serás bardo.

Irko, dime quien eres.

Holgara esta pregunta si fueras de esta tierra, mas no siéndolo, bien verás que yo quiera saber en quien he puesto mi cariño.

—Si no me le retiras te lo digo,—él afirmó rotundo.

Neska, concisamente, dió a Irko confianza y éste dijo:

—De Nava soy.

Ella sonriose entonces.

Irko era de bien cerca.

Ya lo diría a Igaria si seguía la historia de Alaíz.

Mas su expresión alegre, volviose de sorpresa cuando siguiola hablando:

—Mi padre es allí régulo.

Neska supo ya entonces, si no quien era Irko, cual era su familia y hasta que ella era buena, porque distintas veces había oído a su padre elogios de tal régulo, y dando por viable la alianza, consideraba todo averiguado, mas Irko puesto a hablar, como sabía que las pastoras no habían parentesco, preguntó a la muchacha:

—¿Tienes hermanos tú?

Neska al punto repuso:

—Igaria es cual mi hermana al no tenerlos, por eso estoy con ella muchas veces.

Cuando perdí a mi madre, aún era muy pequeña y Ama fué mi nodriza.

Como a madre la quiero, y como Beiar (1) es poco distante, nos vemos de contínuo y si no está mi padre en el poblado, y estando muchas veces, vengo a vivir con ella.

—Dime, te ruego, el nombre de tu padre,—Irko la pidió entonces.

—Pregúntasele a Igaria cuando yo no lo oiga,—dijo Neska excusándose.

Algo extrañado Irko, asintió sin embargo, y dijo a la zagala, que queriendo seguir con la apariencia y opinión de pastor, en lo que fuera por aquellos sitios a nadie revelara su poblado y su cuna.

---

(1) BEIAR. Nombre ibérico del sitio donde se edificó la población que llevó ese mismo nombre hasta la edad media, y hoy se llama Béjar.

A esto Neska repuso que a su amiga debía la confidencia, pero que Igaria guardaría silencio.

—Y no repares,—dijo nuevamente,—en preguntarla de quien soy la hija.

—Pues así lo he de hacer,—él la repuso,—y este momento es bueno para ello, porque la veo que vuelve.

Mas le estorbò el propósito el que tambièn viniera el zagalito, que guardando aquel hato con trabajo, auxilio le pedía para ello y como viera que Irko iba en su ayuda, fuese Igaria con Neska en ese punto y al ver diseminado aquel rebaño, así dijo a su amiga:

—Tu amante es un pastor con buen donaire, mas que no ha habilidad en su ejercicio.

—Es que lo de pastor es ficciòn suya,—la dijo Neska alegre.

Ya me dijo quien es, y ahora compruebo que el corazón no engaña.

Por bueno le tenía y acertaba.

Ni podemos decir que es forastero, siendo como es de un pròximo poblado.

Su padre en Nava es jefe.

Cállalo, puesto que él callarlo quiere, el tiempo que esté aquí.

Igaria aun sorprendida creyò a Neska, mas por ser a cubierto de algún ardid posible, así dijo a su amiga:

—Mi madre, que es de Neila, casó en Nava, y ella sabrá del régulo y del hijo.

Tú, ama despacio y mira no haya dolo, que no se te descubra.

—Así he de hacerlo,—contestola Neska,—pero tengo por cierto, que a medida que vengan nuevos días, por mejor tendré a Irko

De que dice verdad no tengo duda.

De fijo que hasta ahora no ha guardado rebaños.

Él es más que pastor.

—Sí;—contestò su amiga,—y buen entendimiento le demuestra.

Basta para apreciarlo, que viéndote una vez, cual si apreciara quien eres, y lo mucho que tú vales, de tí se enamoró.

Y Neska la repuso:

—Él en mí no vió más que a una pastora, y la siguió por altos y por sotos.

Este es amor, que solo amor descubre, y ambos de esta manera empezamos a amar.

¡Así los dos tuviéramos acierto!

—Él quizá más que tú,—razonó Igaria,—porque si Irko buscara debajo de la capa de los cielos otra zagala igual, no la hallaría.

Fué suerte suya verte, cruzando aquella tarde igual camino.

A esto Neska repuso:

—Cuando menos pensaba también yo hallé el amor.

Extraña fué en verdad la coincidencia.

No hay quien sepa las sendas de la vida.

—Nadie;—la dijo Igaria,—mas ya vuelve tu amante; luego continuaremos.

Pero Neska echò a andar y así la dijo:

—Sigamos platicando, y a la sombra de aquellos abedules...

BIBLIOTECA DE CASTILLA Y LEÓN

—No quieras ir bajo ellos,—interrumpiola Igaria,—que allí crecen ortigas, que se encubren bajo las otras yerbas del contorno.

Neska, que había pasado el arroyuelo, por el ruido del agua cantarina, no oyó lo que su amiga la dijera, y al llegar a la sombra deleitosa y volver el semblante, vió a Igaria que con Irko conversaba, en donde antes hablaban ellas dos.

—Acaso la pregunta quien yo sea,—dijo Neska entre sí observando esto, o ser puede también,—siguió pensando,—que por si Irko me sigue, Igaria ahí cerca, bien discretamente determina esperar.

Un momento después, llegaba Irko al grupo plateado de abedules.

—De prisa has atendido al muchachito,—ella le dijo afable.

—Sí;—contestó el mancebo,—y es que yo la tenía por volver junto a tí.

Y luego así la habló bajo y vehemente:

—No ví luz, hasta ver la de tus ojos.

Y Neska ingenuamente le repuso:

—Si al comenzar la luna me anunciaran, que al ser toda luciente amor tendría, no lo hubiera creído.

Contenta era en el prado, feliz en la montaña y mío solamente el pensamiento, dejábale volar con libertad.

Neska,—explicola Irko,—es la vida camino, largo para unos, que otros le hallan breve, y en él a trechos no faltan trabajos.

Amando bien, se cambia su dureza en dulzura, y en pos de tí columbro rutas bellas, descubro claridades y presiento tranquilas lontananzas.

Y mira, aunque estés lejos, paréceme a las veces que te veo, otras hago memoria de tu voz armoniosa y persuasiva, y al ser ahora a tu lado, más admiro tu belleza campestre, que demanda corona de amapolas.

—Bien sabes expresarte,—dijo Neska,—y aunque no sea cual dices, pláceme que te agrade como me hallas.

Tu amor aprecio mucho y cuando con mi amiga salgo al campo, detrás de cada vuelta del camino, me imagino que vamos a encontrarte y cuando acierto en ello, soy contenta.

—Neska,—la dijo Irko,—tu prometes el bien por ser como eres, bondadosa y sencilla.

Entonces llegó Igaria, y dirigida al joven así dijo:

—Anda, que tu rebaño se escabulle y las ovejas son en la espesura.

Vete pronto a sacarlas de las matas, que solo no podrá tu zagalejo y luego os ha de ser mayor trabajo.

Aún oyendo este aviso, Irko no tuvo prisa, hasta que Neska hablole dulcemente:

—Busca tus corderitos y ovejuelas.

Luego podrás volver al lado mío y he de decirte cosas que ahora callo, para que no más tiempo te detengas aquí.

Irko al momento fuese de aquel sitio, y en él quedose Igaria, que estaba pensativa, y notándolo Neska, con dulzura de este modo la instó, para que hubiera confianza al hablar:

—Algún pesar me ocultas y ello me causa enojos.

Cuéntasele a tu amiga.

—El amor llega a tí por vez primera, y temo que no aciertes,—dijo Igaria.

—Irko que sabe amar, tendrá constancia,—Neska repuso al punto.

—Constancia no la esperes de los hombres,—advirtió Igaria irónica,—pues de verdad, son pocos los que sienten las palabras que dicen de firmeza.

En fin, te contaré mi desengaño.

Ese Alaíz que dije, fué mi amante, y yo era la pastora que de él se enamoró.

Diariamente entonces, llenaba mis oidos de conceptos, que envolvían en dulcísimos decires, mil promesas de cariño, mil ensueños, que engañosos disipáronse después.

Sus palabras ocultaban la falsía de su pecho, mas creyéndolas veraces, yo le amaba como se ama cuando vive la ilusión.

De la sierra vino un día que me hallaba en este otero.

Se volvía ya a sus lares y a la sombra de estos mismos abedules, fué la plática postrera que tuvimos él y yo.

Siempre vive en mi memoria el recuerdo de la triste despedida.

Nunca tanto pareciéronme sinceras las palabras que habló aquí.

«No la ausencia podrá que yo te olvide».

Tal me dijo el alevoso despidiéndose, y alejándose con pausa, volvía el rostro a cada paso mientras yo quedaba sola, y poniendo mi firmeza en aguardarle, esperaba la mudanza de los tiempos, pero no la de su amor.

MONTE DE BEJAR

GRUPO DE ABEDULES

(Foto Amable García).

En invierno, con la sierra toda blanca por la nieve, recordaba las fogatas que en verano hacía Alaíz, y cuando en el tiempo bueno verdecían las praderas, me decía ilusionada:

«Pronto los retamares tendrán flores, no tardará ya mucho mi pastor».

Y era el estío ya, los gordolobos con sus múltiples brotes amarillos, semejaban candelas encendidas; avanzaban los días de calor, y esperando, siempre en vano, cuando acaso alguna vez desconfiaba, dirigiéndome a este sitio, cual si ella fuera un conjuro, recordaba su promesa:

«No la ausencia podrá que yo te olvide».

Y volvía a esperar.

Cuando de veras se ama, es fuerte cosa desprender la ilusión, y yo, que día por día miraba la montaña, fijàndome en el sitio donde estuvo la choza de Alaíz, uno de estío ví, que de la roca al cielo se elevaba una humareda:

—Mi amante ya llegó,—exclamé con júbilo.

Seguro que mañana indagará en qué campo mis ovejas están.

Y en el siguiente día conduje mi rebaño a los baldíos, que cruzan los caminos de la sierra.

Allí varias pastoras nos reunimos, y esperaba que alguna me avisara si había vuelto Alaíz, mas nada me dijeron y recorrí aquel llano, y al fin hallé unas vacas que no eran de estos términos y guardándolas ví a una forastera:

—¿De dónde eres?—la dije.

—De Norba,—contestome.

—¿De Norba?—pronuncié yo con sorpresa,—de Norba es Alaíz.

¿Sabes el que te digo?—la pregunté con súbito recelo.

—Sí; pastor es también, en Norba sigue,—contestó la muchacha.

—El verano anterior aquí le vimos,—la dije yo fingiendo indiferencia.

—Pero no vendrá este, me repuso.

—¿Enfermo es?,—la pregunté de nuevo, sin querer revelarla mi zozobra.

—La salud no le falta,—dijo ella,—mas tiene amor allí.

Entonces, bruscamente mi ilusión se deshizo, mas callé mi amargura, y juntando el rebaño que guardaba, dejé aquel yermo, que era semejante al yermo de mi pecho, y andando sin saber casi por donde, mis ovejas vinieron a este prado y pasé por entre estos abedules y al verlos recordé otra vez su frase:

«No la ausencia podrá que yo te olvide».

Y viéndome olvidada, aquí a solas lloré mi desengaño.

Después dejè este sitio, y más no he vuelto a ser bajo estos árboles, y recelo de que ellos te den sombra.

—Igaria,—dijo Neska cariñosa,—de tu amor hasta hoy no me has hablado.

Comprendo que receles, pero el sitio no es parte del olvido de ese ingrato Alaíz.

Ni quebrará la lealtad de Irko.

Cuando dice su amor hallo que es noble, y de él desvío no temo.

—Tampoco de Alaíz yo le temía y Alaíz me olvidó,—contestó Igaria.

Después hizo una pausa, y dijo bajo:

—Yo llevo su recuerdo tan en lo hondo, que a pesar de mis quejas sigo amándole.

Entonces dijo Neska:

—Alaíz no merece tu cariño.

Te ha dejado por otra.

No pienses más en él.

—Bien dices,—habló Igaria.

¡Los hombres es bien fijo que no saben amar!

—Si son como Alaíz sin duda aciertas, mas Irko no es así,—Neska la dijo,—e Igaria la repuso:

—Aún no puedes hablar de su constancia.

Si ausencia larga os llega, dirás de su firmeza o de su olvido.

—Amor,—Neska la dijo,—es peregrino que llama a nuestra puerta.

Acogerle es impulso que sentimos, errar en el amar suma desgracia, y acertar en amor, suerte durable; mas ver a tiempo si en querer se yerra, aunque cause dolor es menos malo que adelante seguir.

—Pero el yerro el amor no desarraiga,—dijo Igaria a su amiga,—y ambas cosas torturan de consuno.

—Puesto que te olvidaron,—dijo Neska,—aprende tú a olvidar.

—Ya olvidé,—dijo Igaria,—lo más triste.

Lo que es en mí dolor y desengaño y en Alaíz desvío.

—Explica tus palabras,—pidió Neska.

—Oye,—contestó Igaria—y tras de breve pausa así dijo a su amiga:

—Noticia mala es cierta casi siempre.

Días después de hablarme la vaquera, por un pastor anciano, que era también de Norba, supe cierto, que Alaíz había otro amor.

Entonces en lo hondo de mi alma, guardé el recuerdo suyo; el de aquel Alaíz, que todavía no me había traicionado.

En cuanto al otro, olvido su conducta.

—No del todo,—la dijo amable Neska,—pues si en el alma guardas los dichos de tu amante, que en su ausencia te fueron esperanza de amor; si en todo el largo invierno le esperabas y al saber su desvío, a lo hondo te llegaba el desengaño, ¿por qué llamas olvido a tu propósito de no querer tener ese recuerdo, que de tí no desechas?

Virtud es dominar el sentimiento, y regla de conducta prudentísima mirar tan solo el bien, pero a casos de amor, ella no alcanza, que amor que es abnegado y generoso, igual es egoista, y no suele aguantar el desengaño como le sufres tú.

Irko es hoy donde yo.

Cuando se ausente, quedarele aguardando, y donde quiera que el azar le lleve, tras él ha de seguir mi pensamiento, y el suyo, aunque se aleje de estos sitios, ha de quedar en ellos.

Algunas veces pienso en los peligros, que hay cruzando los montes y riberas, y agua salobre bebería gustosa para evitarle el mal.

Y habré sufrencia cuando lejos se halle, lo mismo

que esperanza en que regrese, pues desvelo y cariño juntos viven, y amor sin ansias no es amor completo.

—Amor es ante todo sacrificio y al par que esto memoria,—dijo Igaria,—y Alaíz tan presente es en la mía, que de ella, aunque lo quiera, su recuerdo no consigo borrar.

Error en mi fué amarle, pero en el yerro sigo, y todavía le espero algunas veces.

—Si es él tu destinado, aquí vendrá de nuevo,—dijo Neska.

Dicen que las estrellas conciertan los amores, y así debe ser puesto que a Irko, bien lejos de pensarlo, encontré en mi camino en un crepúsculo, cuando ellas empezaban a lucir.

¡Que extraños son los modos que nos guían!

Y el porvenir ninguno le conoce.

Semeja una caverna donde no entra la luz.

Nos es vedado a todos saber qué nos reserva y qué suerte tendremos en la vida, mas el buen amor de Irko, es para confiar en que sea buena.

Y si cual los propone el pensamiento, sucedieran los hechos, ¡qué ventura!

Entonces dijo Igaria:

Que la deidad del bien te favorezca, y que el mal se retire de tu paso.

(Y aquí, para su pecho, inquieta recordaba que el espino la hirió).

—Y que igual bien que el mío sea el de Irko,—Neska añadió a lo dicho por su amiga.

Y ambas luego quedaron silenciosas por buen espacio más.

Después insistió Igaria:

—Abandona esta sombra, tengo miedo de que sigas en ella.

Y Neska levantándose repuso:

—No le tengas ya más.

Vámonos que en el prado las ovejas están cual sin pastoras,—Igaria habló de nuevo.

Y mira que ejercicio es el guardarlas.

En él, sino se olvidan, al menos se aminoran los pesares.

La calma de los campos llega a nuestro interior, y mil variadas músicas nos deleitan los sentidos y de modo distinto hablan al alma, y sugieren diversos sentimientos.

Contento da el gorgeo del ave, que en lo alto de la rama canta mirando donde tiene el nido.

Y el silbido del mirlo, que rápido se embosca en la espesura, es grito de terror.

Sonata es la corriente del agua del regato.

Si el viento leve sopla, rumor suave que recorre los ámbitos del bosque, y cuando airado brama, voz fortísima que llega hacer temblar.

De igual manera muda la visión de este campo, que triste si la nieve la tapiza, ahora vemos alegre y abundoso de verdor y de flores.

—Por eso aquí me place ser contigo,—dijo Neska a su amiga.

—Viendo estoy,—dijo Igaria,—que si ahora no me dejas, al menos te separas un poquito, pues ya tu pastor vuelve.

Y así fué, porque viendo Neska a Irko, avanzó algunos pasos cual saliendo a su encuentro.

—Algo tardé en venir,—él dijo entonces.

He sacado a camino las ovejas y el zagal las retorna a la majada.

No quiero por más tiempo fingirme rabadán, que aparentelo tan solo por buscar modo de hablarte, y puesto que te dije ya quien era, dime quien eres tú.

—Yo prefiero que Igaria te conteste,—insistió otra vez Neska.

—¿Y por qué no tú misma?,—hablola Irko.

Neska tras un momento de silencio, al fin dijo a su amante.

—Soy hija de Aberast (1) quien Beiar rige.

Con Igaria desde hace unos días moro, como siempre que ausente está mi padre.

—Ya sé que no está en Beiar,—Irko dijo contento y sorprendido.

¡Quién hallándote aquí diría quién eres!

Al régulo fuí a ver sin encontrarle y de vuestro poblado regresaba la tarde que te ví.

Dijéronme que había ido a Salamanca (2) y que

---

(1) ABERAST. Vocablo vasco, cuya traducción es rico, acaudalado.

(2) SALAMANCA. Esta ilustre ciudad, probablemente conserva su nombre pre-romano, sin ninguna alteración.

Los conquistadores latinos, pudieron llamarla Elmántica o Salmántica pero siempre derivando este nombre del más antiguo con que a su llegada a España se conocía a la vieja e importante población vetona.

Dedúcese esta afirmación de la misma expresiva etimología de su nombre que en nuestra opinión es la siguiente:

Salamanca es nombre compuesto y el moderno significado del que forman sus dos primeras sílabas, ha ocul-

pronto estaría de retorno en esas landas (1) que el ibor (2) llamamos.

—Así tiene pensado,—dijo Neska,—y al valle iré a buscarle; mas dí por qué a mi padre ver querías.

Irko la explicó entonces:

—Este muro imponente de cerros pedragosos, que

---

(1) LANDA. Campo en idioma vasco, posiblemente de origen ibérico.

Esta palabra, que es nombre de un territorio francés y de algunos pueblos de las provincias vascongadas, es acaso raíz de otros del interior de España, como Langayo (Campo gayo) Langosto (Campo estrecho) Lanjaron (aumentativo) Landete (diminutivo).

(2) IBOR. Probablemente variante de ibar, palabra vasca que significa valle, vega, de la cual derivan los nombres de Ibarra y de otros muchos pueblos de Vasconia y de otras regiones españolas, como de ibor derivan los nombres Iborra y algún otro.

Ibar e ibor son voces también de origen ibérico.

---

tado el primitivo valor ideológico que tiene tal nombre, porque SALA es palabra ibérica, que significa CAMPO o TERRENO.

La tercera y cuarta sílabas componen a su vez otra palabra ibérica, MANCA, siendo Mancha variante posteterior de ella, y una y otra quieren decir en ibérico SECADAL o SECANO por lo que conjuntamente ambas palabras al componer el nombre SALAMANCA, en lo antiguo significan CAMPO DE SECANO.

La fácil pronunciación de tal vocablo, no ha dado lugar a las alteraciones que suelen tener otros nombres más complicados y teniendo en cuenta que la lengua expresa lo que ven los ojos o impresiona de otro modo

desigual ante nosotros se alza, es la linde que tienen las campiñas de tu tribu y de Nava.

Según pacto antiquísimo, las aguas delimitan ambos términos, y son de Beiar todas las vertientes por donde tienen cursos los arroyos que van a vuestro río.

De Nava es el terreno en que nacen regatos, que hacia levante miran y bajan a sus prados y sus huertas, pero los hay de Beiar cuyas hojas, por ser cerca de Nava pastan ganados nuestros, y a manera de pago por este beneficio traemos cada año una vaquita, que siempre procuramos que sea blanca, y el Consejo de Ancianos de tu tribu, cada año determina a

---

los sentidos, el nombre Salamanca corresponde adecuadamente a las condiciones del terreno en el que se fundó el primitivo poblado.

SALA es nombre geográfico y apellido muy común en la península.

EJEMPLOS:

Salas Altas.
Salas Bajas.
Salas de los Infantes.
Salas de Bureba.
Salceda o Sal(a)ceda.
Saavedra o Sa(l)avedra, esto es: Campo verde.
Salafranca.

Y EN CATALUÑA:

Salabert (Campo verde).
Saladell (Campo pequeño), expresando todos estos nombres bien claramente que *sala* tuvo significado de campo o terreno, en diversos paises de Iberia.

La segunda palabra MANCA es la verdadera palabra

que muchacha huérfana de Beiar se la hemos de entregar.

Cuando tu padre vuelva, hemos de ir a llevarla.

—Pues en Beiar seré, porque mi padre me avisará en seguida que retorne, desde el campo de ibor, donde nos place unos días vivir en este tiempo.

Al decir esto Neska, las sombras de los árboles apenas se inclinaban a poniente, que era ya medio día, y como Ama a tal hora, esperaba que a casa regresaran, hacia casa empezaron el regreso.

Irko, que estaba libre del cuido del rebaño, platicaba con Neska en el camino, y al llegar al paraje donde encontráronse la vez primera, la dijo que en

---

aborigen a la que ha sustituído el moderno vocablo SECANO.

Los árabes al parecer llamaron MANXA a la región española que hoy se denomina LA MANCHA, pero tal nombre, en nuestro sentir es de los que pasan por árabes y realmente son de origen ibérico, aunque reformados por los islámicos.

En la parte superior de la península se escribe y pronuncia MANCA, como en Salamanca, Talamanca y Simancas.

En la provincia misma de Salamanca, el nombre geográfico MACOTERA, conserva también la C primitiva que ha cambiado por Ch en el nombre común MACHOTERA que es el conjunto de brotes nuevos que surgen de la cepa del castaño que se ha abatido.

Diminutivo de MANCA es MANCERA y los dos pueblos cercanos a Salamanca que llevan los nombre MANCERA DE ARRIBA y MANCERA DE ABAJO denominan dos distintas porciones de terreno de secano, poco distantes una de otra, sin referirse para nada, aun-

tal sitio halló su gloria, y ella, para hacer largas las razones, hizo lento el andar, y de ese modo, las sombras de los árboles, cambiaban de poniente hacia levante, cuando ya iban llegando a la cabaña.

—Que camino tan corto—dijo Neska, al llegar a la choza.

—Más largo le creía—afirmó Irko e iba a seguir hablando cuando vió aproximarse al viejo Agure, que viéndolos en plática, dió por cierto que amor era la causa de las andanzas de Irko.

Este fuè a preguntar si le buscaba, e Igaria dijo a Neska mientras tanto:

—A ese pastor por jefe consideran todos los raba-

---

que sea el mismo, al nombre común con que se designa el remate de la esteva o guía del arado.

Hagamos observar que el llamado CAMPO DE SALAMANCA es terreno análogo, al en que se ha edificado la ciudad, respondiendo acaso ese nombre a la misma idea que denominó al que hoy ocupa la ilustre población, y que a los labrantíos que la circundan, se los llama LA SOCAMPANA, que para mejor recojer la significación de este nombre, debiera decirse SOCAMPAÑA, esto es, la campiña que rodea y pertenece a Salamanca, como se llama socampana de Ciudad Rodrigo a cierta extensión de tierras próximas a esta importante ciudad, y el decir ahora SOCAMPANA acaso se deba a un error de lectura, porque el castellano antiguo no tenía Ñ y hacían las veces de esta dos enes juntas y acaso en textos mal leídos se pronunciara campanna por campaña y por la ley de las más fácil pronunciación se suprimió después la N correspondiente a la anteúltima sílaba.

Hay que advertir que TALA es variante de SALA, habiendo varios pueblos de este nombre en distintas pro-

danes del contorno y le piden consejo en sus asuntos.

Pidámosle nosotras opinión sobre Irko, pues parecen amigos.

—Me place—dijo Neska—y has de oirle, como dice bien de él.

Mas Irko volvió pronto y explicò a ambas muchachas:

—Agure es en mi busca; volveré cuando sea media tarde.

Ahora es preciso que vayamos juntos.

Y los dos se alejaron con presura.

Pero llegó la noche, mas no Irko.

Igaria dijo a Ama cuanto entendió aquel día, y ambas mil conjeturas hacían sobre el mancebo, y sobre la que fuera causa, por la que Agure le hubiera ido a buscar.

---

vincias y que siendo TALA igual que CAMPO, TALAYUELA equivale a CAMPILLO, mejor que a diminutivo de ATALAYA.

TALAMANCA, es lo mismo que SALAMANCA, habiendo multitud de otros nombres geográficos compuestos que empiezan con TALA, cual TALARRUBIAS (CAMPOS RUBIOS) TALASAZ (CAMPO DEL SAUCE) varios pueblos que se llaman TALAVERA y aún vocablos contraídos que en rigor tienen igual principio, como TABOADA, Ta(la)boada (CAMPO DE LA HONDONADA) pues BOADA es forma antigua del nombre HONDONADA.

TAHULLA que es medida agraria usada en Murcia, parece contracción o síncopa de TALAHULLA y en tal caso la primera parte de su nombre también alude a CAMPO o TERRENO.

Neska estaba impaciente, mas no quería decirlo, y cuando el otro día al salir del albergue vió a su amante, alegrose su alma.

—¡Irko!—le dijo llena de sorpresa—hoy si que vienes pronto.

—Hace un poco que espero,—explicó Irko.

He de volver a Nava y vengo a despedirme por ahora.

—¿Tienes nuevas acaso de los tuyos?

—A esta sierra ha venido—él la repuso—un viejo servidor de mi familia, que ayer encontró a Agure, y como éste otro tiempo vivió en Nava, son amigos antiguos, y así dijo al hablarle:

—Vengo a buscar a Irko.

Hace días que le esperan.

A Beiar fué con otros que volvieron, mas de él nada se sabe.

Desde el puerto que tuerce entre los cerros, no ha quedado rincón que no haya visto, ni caverna formada por las peñas que no haya registrado cuidadoso, y en altos y cañadas he buscado señales de su paso sin lograr encontrar en donde sea, y sabemos de fijo que está bueno, y que no se halla lejos.

—¿Quien tal os afirmó?,—preguntó Agure.

—Azti (1) el vidente,—contestó su amigo,—y escucha como Agure me ha contado lo que nuestro sirviente le dijera:

Al no volver yo a casa, mi padre era intranquilo y más, cuando dos días eran pasados y ni en Nava ni en Beiar daban razón de mí.

---

(1) AZTI. Adivino en idioma vasco.

Por ello había temor, y dolorido fuese a la casa de Azti y le dijo sus dudas y su apuro, pidiéndole que viera si había modo de encontrar a su hijo.

Azti en un gran barreño vertió el agua de un cántaro y dejó casi a oscuras la vivienda.

Después, distintas veces miró el líquido.

«Nada descubro, no sé donde se halla»,—dijo alzando la frente cuando ya había pasado largo rato.

—Vuelve a mirar,—dijo mi padre ansioso,—deja que entre más luz.

—No,—contestole Azti,—las cosas de misterio, oscuridad demandan.

La vista, si al principio no distingue lo que velan las sombras, pasado un poco vence la tiniebla.

Hagamonos a ella y esperemos.

Y ambos permanecieron esperando, sin conversar y aún sin decir palabra.

En esto una mujer entrò en la choza buscando al adivino, mas iba deslumbrada y no vió a los dos hombres, pero sí vió el barreño, y como por la puerta, que franca había dejado, entraba el día, mirose algún espacio en el espejo líquido del agua, y sonrió contenta de sí misma.

Luego, al no ver a nadie, la estancia abandonó.

—«Una mujer es causa de que no venga Irko»,—Azti dijo solemne.

—¿Y quien ella será?,—mi padre entonces preguntó más tranquilo.

—Es en todo cual sea la que hemos visto aquí,—repuso Azti.

—Pues aún no estará lejos, vayamos en su busca,—

propúsole mi padre y los dos al momento salieron de la choza y anduvieron el campo del contorno sin acertar a hallarla, ni tampoco encontraron quien los diera razón de haberla visto, y cansados de andar, hacían memoria de su aspecto y su rostro y a los dos parecía que era bella su cara juvenil.

Por eso supo Azti que un asunto amoroso a mí me retenía, no muy lejos, como no había lugar, a que distante fuera aquella mujer.

Benazko (1) el servidor que encontró a Agure, salió a buscarme entonces por los sitios que ya te he referido.

«Iorguina (2) debe haberle enhechizado»,—dijo cuando ayer tarde al fin nos vimos.

—No,—contestele presto,—que iorguina no hallé sino pastora candorosa y sencilla.

El buen hombre lloraba al encontrarme y extrañábase al verme con zamarra.

Y le dije riendo:

—Cuando estemos en Nava verás cuan bien vigilo los pasos del rebaño, o entablillo una pata si una res lo precisa, o un aprisco preparo como cualquier pastor.

Ya terminé de serlo y mañana volvemos al poblado.

---

(1) BENAZKO. Palabra vasca, equivalente a formal, serio.

(2) IORGUINA. Femenino de iorguin, palabra de la que derivan jorguin o brujo y quizá sorguin, que en vasco tiene igual significado.

—Hoy podríamos llegar,—aún me repuso—más yo quería volver a hablar contigo y contestele solo:

—Sería mucho camino en poco tiempo.

Agure por la noche vino a verme:

—Nadie me dice,—dijo afectuoso,—quien sea la pastora a la que quieres, pero de fijo es buena, que siempre van palomas con palomas y estaba con Igaria.

Colige de esta frase el buen concepto que tienen de tu amiga.

Ayer me esperarías, pero Benazko estaba a asaz distancia, y ya no me fué dable hacer la vuelta, y hoy que amanece día tan risueño, me es trabajo alejarme de estos campos, pues cuando no te vea seré triste.

A esto le dijo Neska:

—Vete a ver a tu padre.

Yo quedo aquí aguardando y si aquí no estuviera a tu regreso, búscame en el ibor.

Igual que son bravíos estos montes, es aquel campo blando y deleitoso.

Junto al camino se halla nuestra casa.

—A ella te iré a buscar,—la dijo Irko.

—Ahora vuélvete a Nava, que te esperan,—Neska le instó de nuevo.

—Ya marcho,—exclamó Irko—¿pero ves que es mañana poco entrada?

Pues noche ha de volverse antes de mucho, que en no viéndote, oscuro todo se quedará.

Irko iba a retirarse, cuando Neska le dijo dulcemente:

—Espera todavía—¿no ves que casi nada hemos hablado?

—Dices verdad, que apenas he venido y ya hablo de ausentarme,—exclamó Irko.

Igaria salió en esto de la casa, y dirigido a ella, cortés y afectuoso, el de Nava así dijo:

—Juntas os encontré, y os dejo juntas, y aunque torne al camino que perdí por ventura aquella tarde, el de mi nueva vida aquí comienzo.

Hasta que vuelva y que tengais salud.

—Y que a tí no te falte—ambas dijeron al tiempo que el mancebo comenzó a caminar.

Y empezó a andar despacio cual si el comienzo fuera trabajoso, después con más presura, y viéndole alejarse, silenciosas quedaron ambas jòvenes.

Y cuando fué en un alto del sendero, antes de que empezara a descenderle en signo de postrera despedida elevaron los brazos, y cuando ya por fin no le veían a Igaria dijo Neska:

—Antes de él nunca supe y ahora no se olvidarle, ni tampoco olvidar cuanto me ha dicho.

E Igaria la repuso:

—No juzgues a los hombres solo por las palabras.

Buenas sin duda son las de tu amante, pero las de Alaíz eran cual música, que aún me envía sus ecos, haciéndome dudar de su desvío.

Que volverá a buscarme pienso a veces.

Y esa ilusión que me hago, es tanto engaño cual su mentido amor.

A esto repuso Neska:

—Como Irko hay pocos hombres.

Por eso amor le guardo.

Ya no quiero volver bajo la sombra, que en el ote-

ro dan los abedules, porque él no ha de venir al lado mío, y si allí no es mi amante, hasta aquel campo me dará tristeza.

—Es tristeza la ausencia—dijo Igaria—mas tienes esperanza, y esperar es vivir.

—¿Por dónde se va a Nava?—preguntó Neska entonces.

—Por entre esos picachos pedregosos que se yerguen delante de nosotras y dejan entre sí un extenso espacio—dijo Igaria a su amiga.

—¿Fieras no habrá, ni sendas peligrosas, ni otra clase de riesgos?—volviò a preguntar Neska.

—No creo que de día haya peligro; el camino se acorta en el atajo e Irko habrá de abreviarle—dijo Igaria.

—Además, hablò Neska—con él un hombre irá, también de Nava, que a buscarle ha venido.

—Está tranquila entonces, que el mal si ve compañía se retira—Igaria razonó.

Inquieta no lo estoy—repuso Neska—mas querría saber ese camino.

—Es tortuoso y quebrado—afirmó Igaria—pero a tu pensamiento se tornará florido y aromoso, yendo tu amor por èl.

Cuando lejanos sean días, que solo sepas de memorias buenas y que ignores qué son los desengaños, y si entonces volvieras a este campo, séate su perfume como esencia de flores no marchitas, y estas sutiles brisas, cual ráfagas fragantes de nueva juventud, que oreen tu espíritu; y la pradera sea recuerdo amable de dichoso vivir, que rememore balidos de

ovejitas y corderas, y que también te acuerde del cariño que siempre Igaria te hubo.

—Tú eres como mi hermana—conmovida a Igaria dijo Neska—y luego la pidió que aquella tarde volvieran al otero.

—Vamos donde tú quieras—hablò Igaria.

Y al otero llevaron su rebaño.

Cuando iban hacia el alto, Neska dijo:

—¿Donde empieza el camino que va a Nava?

—Desciende desde aquí—dijo su amiga—hasta pasar el río, y como luego de contínuo tuerce para hacer menos fuerte la subida, el terreno le oculta.

Y estaban ya en los prados del otero, y así como otros días placíala platicar, Neska callaba porque su pensamiento la absorbía la atención, mas al fin dijo:

—Vayámonos al llano que hoy no estoy aquí bien.

Vamos—la dijo Igaria complaciente—aunque tampoco en él habrás de estarlo, porque contigo van tus inquietudes.

Según se retiraban de la altura, iba Neska pensando en las palabras que Irko aquel día la dijo, y que la habló los días precedentes, y luego de un buen rato de andar, cuando vencido ya el camino, por fin a la cabaña daban vista, vieron que a ella llegaba un viandante.

—Roi es aquel—dijo al momento Neska.

Noticias de mi padre ha de traernos; vamos allá de prisa.

Con todo, algo tardaron en llegar a la choza.

Ama salió a encontrarlas y dirigida a Neska así la dijo:

—En el ibor tu padre nos espera.

Roi lo viene a decir y a acompañarnos a la par que mi hermano, a esas llanuras. (1)

—Vayamos en seguida—dijo Neska gozosa.

—Una espera hace falta, pero yo la haré breve—observò Ama.

Dispondré la comida en un instante.

Y con harina y leche la preparó al momento, recurriendo también a unos tasajos, que en el hogar tenía puestos al humo.

Igaria mientras tanto, guarecía el rebaño en el cercado; Roi (2) aguardaba cerca de la choza y miraba

(1) Estas llanuras se supone que son las del que hoy se llama valle de San Gusín, que está cerca de Béjar.

Gusín es abreviación del nombre visigodo GUMERSINDO.

GU(mer)SIN(do) cuyo femenino es Gusinda o Gumersinda.

Probablemente también quiere decir San Gumersindo el nombre del pueblo San Guim. (Lérida)

Igual forma de contracción que Gusín, tiene el nombre del pueblo Valdelageve, situado también en el partido de Béjar, cuyo nombre completo sería:

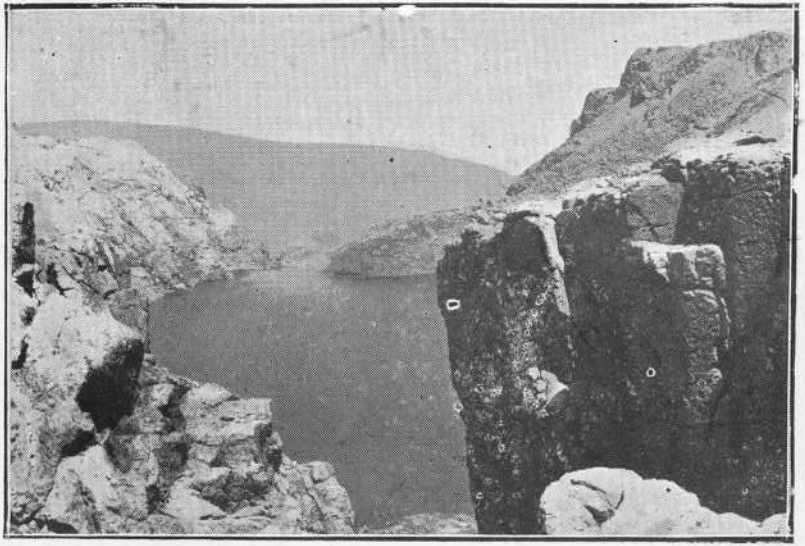
Valle de la GE(no)VE(va).

Ambos nombres son de la primera mitad de la edad media, pero San Gumersindo, mártir en Córdoba, evoca recuerdos de la dominación agarena, mientras que Santa Genoveva refleja una devoción nórdica que trajeron a España los visigodos.

(2) ROI. Expresa color rojo, y por ello Monroy significa Monte Rojo.

De Roi derivan, el antiguo nombre Rui, y el moderno apellido Ruiz, que quiere decir Hijo de Rojo.

En catalán se escribe Roig y se pronuncia como si a la *o* siguiera una Ch, teniendo la palabra igual valor ideológico, que el de esa antigua palabra castellana.



SIERRA DE BEJAR

VISTA DE LA LAGUNA LLAMADA DEL TRAMPAL

(Foto Juan Requena).

los altos de la sierra, cuando llegando allí el hermano de Ama, conversaron así:

—Este año los ganados habràn pasto abundante. Verdeguea hasta arriba la montaña.

La peña de la Cuesta, cómo avanza sobre el robledo que a su planta crece.

Y al otro lado de los altos picos ¡cuál será la laguna!

—Aunque siempre viví por estos términos—dijo el hermano de Ama—no he llegado a ese embalse ni en verano, y en invierno me aparto de esta sierra lo que en ella está Otzkiro. (1)

Roi dijo entonces.

—Él trae la ventisca que borra las veredas y los pasos, y él hace impenetrables esas cimas con la nieve apretada y deslumbrante.

En lo que Otzkiro mora en esa altura, la laguna se canda con los hielos y de ella suben las espesas nubes que envuelven la montaña, mas cuando Otzkiro quiere que serene, sube al más alto pico (2) de la sierra, y desde esa atalaya, llama al viento que en-

---

(1) OTZKIRO. Al frío se le llama OIZ en vascongado, y derivándole de esa palabra hemos dado nombre imaginario a esta supuesta personificación del frío, que llamamos OTZKIRO en estas páginas.

(2) La mayor altura de la sierra de Béjar es el pico llamado Calvitero, que llega a 2.401 metros sobre el nivel del mar.

CALVOS llaman en Castilla a las peladas eminencias de naturaleza roquiza, que abundan en su territorio.

Se da el nombre de ITUERO en Salamanca y en otras

tonces sopla helado y rebota silboso entre las rocas, y empujando las nubes, prestamente queda el espacio azul.

En esos crudos días se hielan los arroyos, haz de hilos de cristal coloreado semejan cascadas, la nieve que cayó en los escobares, se riza y los guarnece como con plata fina, y, en fin, la sierra toda se adorna en forma tal, que es maravilla de belleza de invierno la que se ve por hoyas y por crestas.

—Más bella es en estío—dijo el hermano de Ama.

Roi contestole entonces:

—Yo miro la montaña como lugar sagrado que es mansión de elementos diferentes.

Allí greos (1) se guarda como blanco tesoro inagotable, y allí también, de entre la oscura nube surge el

(1) GREOS. Palabra ibérica que significa nieve.
De ella toma nombre la sierra de Gredos.
He aquí la embriología de dicha voz ibérica, según el Dr. Brouta:
go=alto
ra=hacia
gora, igual a arriba, en alto, cima de sierra.
otz, es igual a frío.
gora-otz graotz, greos,=a frío de los altos, a NIEVE.

provincias al picacho que se eleva sobre el terreno, siendo esta voz variante de otero.

Calvitero participa de los dos nombres dichos, porque es como designar un ituero calvo o pelado.

El pico a que nos referimos, que es vértice de triangulación geodésica, como casi todas las grandes alturas, sirve hoy y acaso sirvió en lo antiguo, de hito para delimitar distintos términos.

rayo luciente, y de sus cimas baja el viento frío, que abrasa como fuego.

Y sus grandes alturas nos sirven de señal en los viajes.

Cuando de Beiar salgo, mientras que las diviso, aun llevando jornada casi hecha, me parece que estoy cerca de casa, y cuando se me ocultan esas cumbres es cuando ya me encuentro forastero.

El campo de montaña tiene gran majestad.

Bien cerca es el ibor y aquellas landas otra cosa parecen.

Allí en invierno no se halla resguardo para el aire que corta, anega el suelo el río desbordado, el calor aniquila en el estío y el agua se consume en ese tiempo, cuando más se precisa.

Desde allí ¡qué hermosura la de nuestros alegres castañares, cuyo verdor parece más subido, al mirar aquel campo amarillento y seco por la sed!

—Pero también hay buenos pastizales en aquellas llanuras dilatadas—dijo el hermano de Ama cabalmente, cuando ésta daba aviso de que a punto tenían la comida, por lo que en poco espacio finaronla entre todos, y a seguido salieron para el valle.

De cuidar el rebaño que había Ama, se encargó un rabadán que vivía cerca, y él vió que los viajeros, primero descendieron hasta el soto, y que al llegar al río, vadeáronle a lomo de los asnos, que previnieron para ahorrar fatiga.

Después, los caminantes subieron un recuesto pedregoso, y ganando terreno casi llano, vieron desde él la hermosa perspectiva de los montes de Beiar; y más lejos, miraban las montañas, que emergían con

BIBLIOTECA DE CASTILLA Y LEÓN

fusas a poniente, desdibujadas y medio borrosas por el sesgo del sol de aquella tarde; pues veladas por sus rayos ardientes y vestidas de luces, parecía que las sierras entre estas se ocultaban, al ser envueltas en capúz flotante, de oro fúlgido y rico, que daba de sí el astro que preside con majestad, la altura de los cielos.

Y contemplando vistas tan alegrés, pasose pronto el llano y entraron en camino trabajoso.

Veían ya el ibor e iban bajando las sendas guijarrosas, que a él llevaban, y cuando ya anduvieron por el valle, en poco rato hicieron buen camino, y al cabo Roi los enseñó, no lejos, la casa que Aberast había en tal llano.

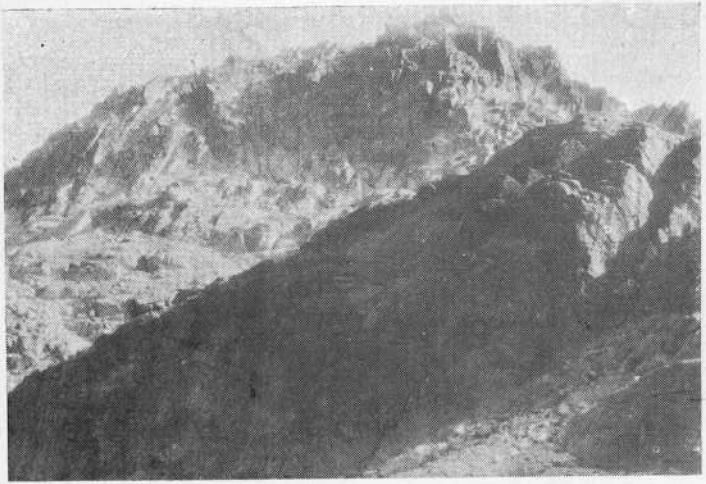
Entonces avanzaron hacia ella y algún espacio luego, Neska abrazó a su padre, que advirtiò la llegada de su hija y saliò a recibirla.

La casa del ibor fué ya su albergue, y lo mismo el de Igaria y de su madre, y las tres en domésticas labores emplearon los días que siguieron, pero Neska también era amazona, y en un caballo blanco, cruzaba algunas veces la llanura, ligera y vaporosa como veloz visiòn.

Eran aquellos días los más largos del año, y al mismo tiempo claros y serenos.

Neska esperaba ya la vuelta de Irko, y en sus carreras por aquellas sendas, iba a encontrar la que llevaba a Nava, e Igaria, de ordinario la seguía en pacífico asno.

Aberast entre tanto, marchó a Beiar a estar allí unos días y al cabo de ellos retornar al valle, y cuando una mañana Neska pensaba en Irko, vió bajar un



SIERRA DE BEJAR

SOL Y SOMBRA EN LA CIMA DEL CALVITERO

(Foto Amable García).

ginete por la torcida senda que guiaba a aquellos verdes y frondosos campos.

Él es, pensó de pronto, y rápida, a caballo fué a su encuentro.

—Eres brava amazona,—dijo Irko—cuando de prisa viò llegar a Neska, por el mismo camino que él llevaba.

—Dócil es el caballo tanto como ligero,—explicó ella.

—Con todo, yo te estimo la fineza de venir hasta aquí,—repuso Irko—y Neska respondiole de este modo:

—Había preguntado a los pastores el camino de Nava, y me decía:

Por aquella revuelta vendrá al valle.

Neska,—dirá al hallarme,—¿me esperabas?

Y yo te contestaba imaginándolo:

—Sí, para que al igual que en la memoria, me halles en el camino.

Ahora dime ¿venías pensando en Neska?

—Yo no te olvido nunca,—afirmó Irko.

—Y cómo más te agrado ¿amazona o pastora?—preguntole.

—Mucho de los dos modos,—él repuso,—que fortaleza y paz a la vez eres.

Neska siguiò diciendo:

—Cada día paseo por el valle, Igaria que aquí está, sale conmigo, y amigas nuestras son cuantas zagalas hay en estos belaios (1).

(1) BELAIOS. Voz ibérica que subsiste en el apellido *Velayos* y que pudiera significar BALDIOS.

VELAYOS es así mismo nombre de pueblo.

—Sabía que erais aquí,—la dijo Irko—porque ahora vengo de la choza de Ama, y el pastor que la cuida en vuestra ausencia, aquí me dirigió.

No clareaba el día, cuando salí de Nava para verte.

Velado por la sombra estaba el campo y en el cielo brillaban las estrellas, y la de la mañana rutilaba con luces tan hermosas, que por un buen espacio estuve viendo su bella claridad, y al principiar la marcha, las veredas estrechas entre canchos me eran sendas de gloria, y ahora que la concluyo, a medio día hallo otra estrella al encontrarte a tí.

Amándote paréceme que voy a unas alturas en que esperas, y columbro que haremos buen camino, que si nos lleva a llanos, florecerán cuando por ellos vayas, si a desiertos conduce, volveranse oro fino sus arenas, por entre las malezas, franca vereda habremos, y a tu paso las mismas peñas duras harán sendero blando.

Ella entonces le dijo:

—Neska también espera, que en buen amor iremos por la vida, y viéndote feliz será dichosa.

Y alegre Irko repuso:

—Oyéndote, conozco que el bien será conmigo, y veo que la dicha se principia, al ponerse principio en laborarla.

—Hablas bien,—dijo Neska—y sin andar de prisa la hallaremos.

Después siguió diciéndole:

—¿Ves aquel fregenal (1) no muy distante?

(1) FREGENAL y fregeneda derivan de frejo, que es variante de fresno y por tanto equivalente a fresneda o sitio donde hay fresnos.

Junto a él está la casa en que moramos y extraño ya que a Igaria no haya visto salir a nuestro encuentro.

Igaria sin embargo estaba cerca.

Vió que Neska volvía en su caballo y que al lado era Irko, y cual siempre fué en busca de su amiga, y al borde del sendero la esperaba complacida de ver que era contenta, pero inquieta también, por si presagio fuera la leve herida, que la causara el garfio del espino.

—Mira donde está Igaria,—díjole Neska a Irko luego de haber pasado unos instantes.

Vuelta a nosotros vé que ya llegamos y nos aguarda cerca de la casa.

Poco después, al lado del albergue echaban piés al suelo, y Ama vió que el ginete allí llegado, se parecía al pastor que pasò un día delante de su puerta, y sin que las muchachas lo dijeran, comprendió que era Irko,

Y así le dijo afable:

—Tú de esta tierra eres.

—Igual que desde lo alto de los tesos, se ven desde mi casa las montañas nevadas del oriente.

Y aquí vengo buscando la luz, que hasta la noche torna clara.

Así contestó el joven, y su férvido acento decía la vehemencia de su amor.

Ama sintió inquietud al observarlo.

Ella hubiera querido para Neska, un cariño suave, que alumbrara su vida dulcemente, mejor que aquel, que fuerte en demasía, aún recto y bien sentido, no era de sus anhelos.

Mas Neska ya se había enamorado.

Bastaba ver como era jubilosa.

Y Ama no se atrevía a aconsejarla.

Igaria ofreciò a entrambos miel y frutas, y asiento en unos tajos, (1) que colocó junto a la casa misma.

Cerca crecía la hierba, que se alzaba lozana, y la espesa arboleda de allí en torno, dibujaba el encaje de sus hojas sobre el azul purísimo del cielo.

—En buen día has venido,—dijo Neska al de Nava.

—Fuera oscuro y tuviérale por claro, estando junto a tí,—contestó Irko.

Y ella repuso entonces candorosa:

—Aquí esperaba yo que había de verte.

—Y tenía que llegar, pues soy viajero, que si anduvo errabundo, sigue ya por camino florecido de ilusión y esperanza,—explicó Irko.

Neska iba a hablar, mas viendo que su amiga salía con un cántaro a por agua, fué con ella portando otra vasija y a Irko dijo, que pronto harían la vuelta, y que esperara allí.

Irko esperó, y Ama se acercó a hablarle, y en tanto que volvían las dos amigas:

—Acierto tienes en amar,—le dijo.

Mi Neska es un tesoro.

No cabe ser más noble, ni hay otra más hermosa, ni la paloma es cándida como ella.

La quiero igual que a mi hija, y el ver que tiene

---

(1) TAJO. Se llama así a un asiento primitivo, todavía en uso en muchas partes, que está formado por un trozo de tabla y por tres palos oblicuos que le sirven de patas.

amor, me pone triste, porque ya viví mucho y se de las mudanzas que originan el tiempo y la fortuna.

Irko entonces repuso:

—Ni fortuna, ni tiempo, ni desgracia, han de cambiar mi amor.

Luego los dos quedaron silenciosos.

Las jòvenes, a poco volvieron de la fuente, y a la sombra de aquella casa rústica, hablaron Neska e Irko.

Y al cabo de un buen rato dijo ella:

—El día va pasando:

Que no se te haga oscuro en el camino:

Vuelve a tu casa ya.

Pero Irko allí seguía.

—Mira que el día se acaba,—volvió a decirle Neska.

—Si la tarde ha mediado no hace mucho,—repuso entonces Irko buscando con la vista la posición del sol.

Pero el astro esplendente, vencida su carrera, la daba fin cayendo en el ocaso, y Neska le hizo ver que las ovejas volvían a las majadas, y que las altas nubes colorábanse con encendidos tonos de rubí.

Neska otra vez le dijo:

—Vuelve a Nava;—y entonces Irko, despaciosamente requirió su caballo.

—Triste es la tarde siempre,—decía a Neska,—y lo es más al dejarte.

Las sombras de ella, aun antes de que lleguen ya me nublan el alma.

Caminaré mirando que te quedas.

Y principió el regreso a su poblado.

Las mujeres le vieron alejarse, hasta que ya perdiose entre lo oscuro.

—No me dijo si pronto volvería,—hablaba a Igaria Neska, poco espacio después.

—Sin tardanza vendrá, que su camino el amor le hace bueno,—Igaria dijo, con sincero tono.

—Ya no recelas de él;—observó Neska.

—Creo en su lealtad y en su constancia,—repúsola su amiga—y añadiò con acento de tristeza:

—Si el mío cual tu amante hubiera sido...

Después las dos quedaron silenciosas.

Igaria, melancòlica, pensaba en el desvío de Alaíz, y Neska en el amor ferviente de Irko.

«Agrado tuvo viéndome amazona,—decía entre sí con gozo.

Este ejercicio haré mientras regresa, que a él se presta lo llano de este suelo.

Iré diariamente por el valle».

En tanto Irko hacia Nava dirigía su corcel, y era de noche cuando entró en el poblado.

Su padre, aquella misma, le dijo que Aberast ya estaba en Beiar y que al siguiente día, llevarían la ofrenda de la vaca.

—Tu irás a hacer la entrega,—dijo a Irko.

Salid pronto, que habrá aurora encendida, puesto que nubes rojas hubo al llegar la noche.

—Como dices haré,—contestó Irko—y contando que Neska no iría a Beiar, se propuso decirla, cuanto viera en la fiesta que en tal pueblo, habían de celebrar.

Al salir de su casa al día siguiente, aún lucían las

estrellas, y era la matutina, velada ténuemente por las nubes.

—¿Será señal adversa?—preguntábase Irko algo intranquilo, y la miraba con fijeza suma.

Pero el día llegaba, y la aurora era ocaso del lucero, y en la aurora la estrella se escondía, y su brillo, quedaba poco a poco, cual sumergido en la naciente luz.

Después, finalizaba ya el reposo que empezó con la noche, y la vida bullía entre las ramas que saltaban los pájaros inquietos, en el azul espacio, que cruzaban veloces golondrinas, y en el prado abundoso, donde mansa pacía la vacada, y a este llegó bien pronto un grupo de muchachos, que ojeando una añoja blanca y gorda, corrieron a por ella, y con mucho bullicio, sacàronla de entre las otras reses y atándola con soga hecha de juncias tejidas con retamas y otras flores, lleváronla al poblado, parando junto a un olmo (1) corpulento, de espléndido follaje y extendido en modo tal, que sus soberbias ramas formaban una copa amplia y magnífica, cerrada al sol y plena de tupido verdor.

Debajo de aquel árbol, hacían sus reuniones los de Nava.

El régulo tenía junto al tronco una tribuna tosca, que se alzaba del suelo lo bastante para desde ella

---

(1) OLMO. Subsiste la forma antigua de olmo en los nombres *huelmos*, *huelmo* y *luelmo* que es como decir olmos, olmo y el olmo, y en *huelma* que significa alameda.

poder ver a todos, y de todos ser visto al propio tiempo, al regir desde allí las discusiones.

En toda la comarca, el palio verde de un frondoso álamo (1) cobijaba a un senado primitivo, y a manera de leyes, convenidos quedaron a su sombra, los usos y preceptos, que rodando los años fueron firmes.

Y si el lobo asolaba la comarca, la batida a la fiera se acordaba alrededor del árbol; si había desavenencias en la tribu, en aquel mismo sitio congregábanse los bandos querellosos, y al régulo decían sus diferencias, que de ordinario, allí se solventaban con la sentencia de él.

Ese elevado cargo era electivo, aún siendo vitalicio comunmente.

E igual que en casos graves e importantes, la llanada de en torno de aquel olmo, era lugar de fiestas y de holgorios, en los días de holgar.

---

(1) ALAMO. Los bosques tuvieron en la antigüedad significación religiosa y en ella se atribuían a muchos árboles influencias buenas o malas según era su especie.

Aún se considera maléfica la sombra de algunos de ellos y perdura a través de los siglos el conocido refrán que dice:

Al que a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija.

El álamo, tan extendido en España, acaso por su gran porte estuvo consagrado a Hércules, y en nuestra zona del Oeste es muy común que haya un viejo álamo en la plaza principal de los pueblos y las aldeas, a cuyo árbol, quien sabe cuantos de la misma especie precedieron en el mismo lugar.

NAVA DE BEJAR

EL ALAMO DE LA PLAZA

(Foto Amable García).

BIBLIOTECA DE CASTILLA Y LEÓN

Y como fiesta grande celebraban, el breve vecindario se hallaba congregado en aquel sitio, contemplando la vaca.

Irko estaba en un grupo con Benazko, dos hijas mozas que Benazko había, otras muchachas más y algunos jóvenes, que con los dichos iban a ir a Beiar conduciendo la res, y no lejos de allí, también se hallaban diversos familiares, que tenían que ir con ellos.

Y a más, los obligados músicos del poblado que tañían el primitivo tamboril sencillo, que sonaba con ruido de cascada, o imitaba del trueno el ronco redoblar, en la suprema caja inconmensurable de los cielos, y al par, rasgaba el aire la armonía de la rústica gaita, que unas veces hería los oidos, y era otras silbo que iba sobre el viento, y sucesivamente, copiaba la viveza del canto de la alondra, el del pinzón que desde la alta rama publica su alegría, la dulzura apacible que tiene el del jilguero, la sonata que entona la bandada de tordos, y el agudo chillido de los mirlos.

Entre tanto con Irko hablaba el régulo:

—Aberast,—le decía,—tiene en sí la nobleza que es innata en nuestros montañeses.

Hoy lo verás así.

Salid pronto y volved en el día mismo, y evita detenerte donde otros que pasaron estuviste.

Poco después poníanse en camino y alegremente andábanle, y ya cerca de Beiar, fueron a recibirlos muchas gentes llevándolos a un sitio, que elevaba su suelo, sobre escarpadas cuestas pedregosas, formando una llanada estrecha y larga, en la que el pueblo estaba congregado.

En aquella meseta o miradero también se alzaba un álamo frondoso, con su cerca de piedra, y junto a tal negrillo corpulento, esperaba Aberast acompañado por los hombres más viejos de la tribu.

Irko avanzó hacia aquel grupo de ancianos.

—Hayais el bien,—los dijo afectuoso.

—Tú le tengas igual,—contestó el régulo, y explicó a los demás allí reunidos:

—Es el hijo de Autao (1), jefe de Nava a quien Belenno quiera, luengos tiempos mirar.

¡Alba es la vaca hogaño y bien lucida!,—exclamó luego al verla.

—Jarda (2) fué el anterior,—habló un anciano.

Después dieron los otros su opinión sobre el bruto.

Las gentes no cesaban de mirar a la añoja y estaban deseosas de saber para quien sería la ofrenda.

Los jefes de la tribu, al poco rato reclamaron silencio, y pronto le guardó la muchedumbre, haciendo entonces paso al grupo forastero, que a Aberast entregó el ronzal florido, que ataron a la añoja.

Y él en nombre de todos aceptándola, los dió la gratitud y puesto luego con los hombres ancianos junto al árbol, en voz alta así dijo:

—Emisarios de Nava:

Bien venidos seais todos a Beiar, y que Belenno

---

(1) AUTAO. Auta en vasco significa excelente, escogido, y a base de ese nombre se ha puesto el del régulo.

(2) JARDA. Jaro, quiere decir *de pelo rojizo* y jarda es variante regional de ese nombre, aplicada en femenino.

dore vuestras mieses, os guarde los ganados, y al peso de los frutos abundosos se dobleguen las ramas de los àrboles que habeis en vuestro término.

Nuestra amistad la dicen nuestros usos, mas ninguno entre ellos de más cordialidad, ni que más selle la unión de las dos tribus, que esta ofrenda que haceis a nuestra huérfana.

El Consejo de Ancianos, este año se la concede a la doncella Erlea, (1) alabada por buena y laboriosa, y a la que estima digna de este premio.

El pueblo entonces aplaudió el acierto que tuvieron los jefes del poblado, y para hacer entrega de la añoja, (2) una moza de Nava tomó el ronzal de juncias, y en grupo junto a ella fueron los de su tribu, a seguido Aberast y los ancianos, después la multitud, y delante de todo aquel concurso, iban los desacordes músicos de ambos pueblos, promoviendo bullicio y algazara.

Irko seguía a los suyos y sentía que no estuviera Neska, y Aberast mientras tanto, esperaba que pronto la hallaría, pues cuando el día anterior hubo el aviso de que a Beiar irían los de Nava, a Neska, a Ama y a Igaria, mandò a buscar al valle, y al ser la comitiva en la casa de Erlea, Irko viò sorprendido, que Ama e Igaria y Neska esperaban allí, y la dulce sonrisa de su amada le llenó de contento.

Las tres acompañaban a la huérfana, que estaba

---

(1) ERLEA. Erle en vasco es abeja.

De ese vocablo hemos derivado Erlea, aplicándole cual nombre propio femenino.

(2) AÑOJA. Vaca de un año.

algo aturdida, pues no esperaba el premio que la daban, y si bien fué avisada poco antes del fallo de los jueces, por su misma humildad, creía excesivo el honor que la hacían los dos pueblos.

Ante todo el concurso, hizo Aberast elogio de la bondad de Erlea, y luego la muchacha que conducía la vaca, la entregó sonriente la adornada soguita, que ataron a la res.

Entonces un grandísimo alborozo sintió la multitud.

Erlea, oyò su nombre pronunciado cien veces a la par, y a su alabanza, mezclaron la que hacían a los donantes, y al Consejo de Ancianos de la tribu.

Poco después, la vaca fué llevada a un establo, siguiéndola buen golpe de curiosos, y luego hicieron grupo los jóvenes de Nava y los de Beiar, mientras los graves hombres de ambos pueblos formaban otro grupo.

Irko, con Neska a solas conversaba más tarde, y él decía:

—No pensaba encontrarte al ser en Beiar, y porque eres aquí soy tan contento, que es completo mi gozo en esta hora.

También me agrada mucho que acompañes a Erlea, ya que es huérfana.

Neska repuso a Irko:

—Mi padre, que de tarde supo ayer que vendríais, nos enviò a buscar seguidamente, y llegó el emisario a aquellos campos, cuando tú regresabas a tu pueblo.

Yo esperaba por eso que estuvieras.

Erlea a los de Nava decía entonces:

—La vaquita es muy linda.

Ninguna ví tan blanca y tan luciente.

He de cuidarla mucho, y cada día, renovaré el recuerdo de esta dádiva, que vuestro pueblo me hace.

Y a esto los de Nava contestaron:

—No nosotros, que son vuestros ancianos quienes te han designado para el premio, y nos agrada mucho que sea tuyo, porque todos te alaban por lo buena, y eres tan agraciada, como discreta, noble y diligente.

Aberast dijo a Irko:

—¿Cómo tu padre no vino este año?

Por ser viejos amigos hubiéramos pasado bien el día.

—Mi padre,—dijo Irko,—me nombró en su lugar, y no ha mucho que a Beiar vine a veros y a concertar la fecha de esta fiesta, pero no erais aquí.

—Cierto,—dijo Aberast,—mas mi cuidado, apenas regresé, fué organizarla y avisar a tu padre, que bien pronto dispuso, que de Nava trajeran la vaquita.

Ella irá con las mìas a los prados que tengo en el ibor.

—Erlea habrá con ello beneficio,—manifestó un anciano de la tribu,—y al tener una res más acogida, haceis un favor nuevo.

—Lo que importa es que medre el rumiante,—respondióle Aberast, y luego dijo:

Neska habrá de decir si así sucede, pues volverá a las landas en seguida.

Después en aquel sitio hubo un parvo convite.

Leche y miel, con harina, y las frutas que el tiempo sazonaba al ser cerca el verano, y en seguida

se hicieron varios corros, y eran en cada uno los que tenían edad aproximada, y tal cual variaban las edades, mudaban los asuntos que se hablaban en ellos.

A Erlea y a otras mozas, los jóvenes de Nava festejaban; a las de Nava hablaban con elegio cumplido los de Beiar, los pastores de la una y la otra tribu, decíanse esperanzas y cuidados; los ancianos ponían gravedad en la plática y viendo la alegría de los mozos, dijo uno de los viejos:

—Son en la juventud, y su contento florece a la par que ella.

Y Aberast respondiéndole observaba:

—Alegría y tristeza son estados de espíritu, y en todas las edades las habemos, pero es más predispuesto a la tristeza quien sea más caviloso, así como es más bueno de ordinario, el que es más pensador, y porque bueno propenso a la indulgencia, ya que el error encuentra, que es anejo e inherente a la vida.

Un anciano del grupo así hablò entonces:

—El gobierno que habemos del poblado, enseña que a las veces, la ignorancia es principio del mal.

—La ignorancia también el mal sustenta,—otro dijo asintiendo.

—Sí;—concediole el régulo,—más vemos de contínuo que aún habiendo alcanzado edad madura, y acumulado toda la experiencia que nos dieron los años, tan confundidos son males y bienes, que no resulta fácil discernirlos.

Irko que entonces se agregó a aquel corro, elogió las costumbres del poblado, juzgando por aquella que acababa de ver.

Y Aberast dijo al joven explicándole:

—Además de ese, tiene Beiar usos que no son de otros pueblos, y que mucho interesa conservarlos.

Los que aquí en el invierno van al monte, al tiempo que para ellos y los suyos, obligados están a traer leña, con que formar el haz de las viudas.

De igual manera se las donan frutos y se guardan sus vacas y ganados, y ellas en cambio, cuidan a la mujer enferma y a los niños sin madre, con plena obligación.

—Habréis trabajo en que se cumpla todo,—volvió a decirle Irko.

—No;—Aberast le repuso,—porque los usos buenos, cumplidos son por todos con buena voluntad.

—Más hemos de pensar en las cuestiones que atañen a justicia, que hallamos muchas veces oscuras y dudosas, porque malignos entes las complican, sin darse a conocer.

Ha dos años tan solo, hubo una prueba, que voy a referirte, para que sepas hasta donde alcanza el poder de magos y hechiceros, que ocultos en la sombra malefician.

Fué acusado un vecino de haber hecho caer piedra (1) cuando hacía mayor daño, pues las uvas estaban ya maduras, y fueron tan seguidas las pedreas, que las vides quedáronse sin frutos, privándonos de ha-

---

(1) ...caer piedra.

En el libro sexto del Fuero Juzgo y en su título segundo, la ley IV que pone cierta pena contra los encantadores y hechiceros y los que los consultan, dice:

cer esa faena, tan dulce y tan alegre, que llamamos vendimia.

Yo no encontraba ni el menor indicio, por donde suponer, que el acusado hubiera hecho ese mal, y los ancianos, que conmigo administran la justicia, creían como yo que era inocente, y así lo declaramos bajo el álamo ante los pobladores de la tribu, y el hombre quedó libre de culpa y de sospecha.

Pero en la primavera volvimos a mirar en el espacio nubes malignas negras y miedosas, que con mayor violencia que en otoño, varios días seguidos, descargaron sobre estos campos nuestros, el daño de sus piedras espesas y apretadas, y arrasando el terreno

---

Los provincos e los que fazen caer la piedra enas vinas, o en las mieses e los que falan con los diablos, o los que fazen corvar las voluntades a los omes e a las moyeres, e aquellos que fazen circo de noche, e fazen sacrificio a los diablos, estos atales o que quier que el juiz o so mirino los pudieren axar o probar, etc...

La ley V del mismo texto, tiene el siguiente:

Por la ley present mandamos, que todo ome o seruo, que por encantamento, o por legamento fazen mal a los omes, o las animalías, o a otras cosas en vinas, o en messes, o en campo, o fizieren cosa que fagan morir algun ome, o ser mudo o quel fagan otro mal, mandamos que todo el dano reciban en sos corpos, e en todas sos cosas que fizieren a otro.

En la Partida VII del Rey don Alfonso el Sabio, título 23 en que habla de los agoreros, sorteros, adivinos, hechiceros y truhanes, se condenan todas esas malas artes, pero no la de *adivinanza* por arte de astronomía *a los que son ende maestros et la entienden verdaderamente*

los granizos, perdiéronse no pocos de los frutos que el campo prometía.

Los labriegos vinieron consternados a suplicar, que presto se buscara al sujeto que tanto mal hacía, mas pese a nuestro empeño, no encontrábamos modo de averiguar quien fuera, y en tanto otros nublados daban de sí pedreas espesísimas, que tronchaban los brotes de las vides y como las pesquisas de los nuestros eran infructuosas, en ansia de evitar tales perjuicios, decidí visitar a un adivino que habitaba una cueva solitaria, que hay cerca del poblado.

Solo fuí a su vivienda y allí hallele.

Nunca nos vimos antes y no sabía de mí.

---

porque los juicios et los asmamientos que se dan por esta arte, son catados por el curso natural de los planetas et de las otras estrellas et tomados de los libros de Tolomeo et de los otros sabidores que se trabajaron de esta esciencia.

Y los que hiciesen encantamiento con buena intención y entre otras cosas que cita *para desatar nube que echase granizo o niebla por que no corrompiese los frutos de la tierra o para matar langosta o pulgón que daña el pan o las viñas o para alguna cosa provechosa semejante desta no deben haber pena, antes decimos que deben rescebir galardon por ello.*

Los textos copiados de cada uno de los dos antiguos y célebres códigos españoles, demuestran cuan tenazmente arraigan en los hombres la tradición y las preocupaciones.

Alfonso X, el gran polígrafo castellano, aceptó en astronomía, además de las ideas de Ptolomeo, las de los árabes de su tiempo, cuyas teorías siderales, eran las que en el siglo XIII dominaban en Europa.

Ardía en un rincón una fogata de raíces de roble, cuyos humos subían entre las peñas que servían de techumbre.

Y sin decir mi cargo, le pedí que escuchara mi consulta.

Entonces, puso un tajo cerca de otro, que le servía de asiento, invitome a ocuparle, y casi con rudeza:

—¿Qué te sucede?—preguntó, mirándome de un modo singular.

A seguido le dije:

—Las pedreas arrasan nuestros campos, y los dejan estériles.

Llegará invierno y no tendrán las plantas hojas que dar al suelo.

Desnudas son las ramas de los árboles, y ni frutos ni nidos hay en ellas.

Si siguen los granizos vendrá el hambre, y temiendo que el tiempo nos la traiga, buscamos al malvado que estos daños promueve, sin dar con él, ni aveguar tampoco el sitio que se esconde, ni sabemos de que modo se vale para traer las nubes portadoras de esta suerte de piedra, que tanto estrago causa en nuestro término.

Enflaquecer la vaca o matar el caballo, daño es también pero no iguala a este que os vengo a referir y al que querría que nos diérais remedio.

Aquí callé en espera de que el augur hablara.

Era este un viejo, fuerte todavía, que tras unos momentos de pensarlas, me dijo gravemente estas razones:

—Es cosa bien difícil encontrar a los malos, pues

trabajan de noche y a escondidas, pero contínuamente, a sus corros los sigue la coruja (1), y es ella la que avisa sus reuniones con su canto nocturno, que lanza desde lo alto de los árboles, siempre pausado y triste.

Y si queréis saber donde preparan el daño que decís, y aun muchos otros, estad atento y vigilad el sitio donde en la noche cante la coruja.

—¿Y cuales otros daños hacen esos perversos?—le pregunté, y me dijo el adivino:

—Hablan y sacrifican a los diablos, y los enseñan estos muchos modos de sembrar la discordia entre los hombres.

Por eso hay tantas suertes de querellas.

Con esto que os he dicho,—siguió diciendo el hombre de la cueva,—guía lleváis y si tenéis acierto, haber venido aquí no os será vano.

—Seguiré a la coruja por la noche, con otros que para ello me acompañen.

Mírame, soy el régulo,—le dije—y entonces repitiome:

—Si bien curas de hacer lo que te he dicho, os habreis de alegrar.

—Te he de enviar un gallo, (2)—le prometí, y el hombre me repuso:

---

(1) CORUJA. Así se llama también a la lechuza en el Oeste de España.

(2) GALLO. Palabra que es ejemplo de como la ortografía encubre en algunos casos el sentido primitivo de las palabras:

Gallo viene de gaio, esto es, bonito, tal como expresan la actual palabra gayo y su variante gay, que en mascu-

—No, que detrás del gallo suele andar la vulpeja.

Ni gallo, ni otra cosa, déjame en la escasez.

Ella fué siempre compañera mía, y contento he vivido y saludable.

Más que abundancia, sobriedad ayuda.

Cuando llegue a morir, habrá de verse que de poco que tengo aún quedan sobras.

—Antes que mueras, lega a otro tu ciencia,—insté entonces al mago.

—En mí no hay ciencia,—dijo.

Yo sin saber por qué, preveo las cosas que tienen que llegar.

Males se nos acercan, y si solo quedaran en granizos, seríanos poco daño.

Nos parecen muy grandes los trabajos pequeños,

---

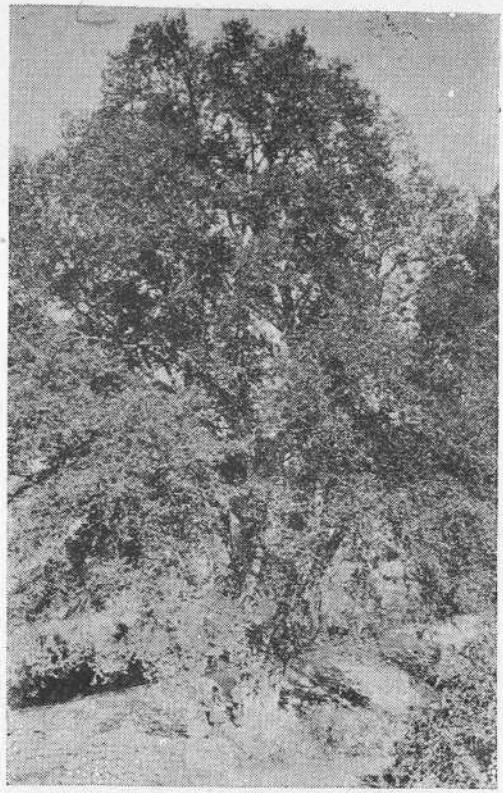
lino y femenino tiene ese significado, cuando se dice verde gay, gayas flores y también se llama gaya ciencia a la poética.

Y al gallo, por el vario y brillante color de su plumaje y aún por su garbo, antes hubieron de ponerle el nombre de *gaio*, esto es, bonito, cual nombre conserva con el solo cambio de la *i* por la *ll*.

Al arrendajo, que es ave vistosa también, se le conoce con el nombre de *Gallo de los montes*, y el de la pintoresca aldea cercana a Béjar llamada Cantagallo, tiene la siguiente curiosa etimología:

Canta, que es igual a *pueblo*.

Gaio que significa *bonito*, equivaliendo por tanto el primitivo nombre a *Cantagaio* o sea PUEBLO BONITO aunque el ser también *canta* tiempo de verbo y escribirse actualmente Cantagallo, sustituyendo la ll a la i vocal o griega que debiera emplearse, desvía el sentido de su primitivo significado.



MONTE DE BEJAR

CORPULENCIA ALCANZADA POR UN ALAMO

(Foto Juan Requena).

pero si llegan otros asaz fuertes, fuerza nos es sufrirlos.

—Sabiente como tú, no hay en Vetonia,—le dije despidiéndome.

—Solo bienes quisiera saber de ella—me contestó el augur,—pero la vida muestra nos da de todo.

—Yerre tu augurio cuando mal prediga,—le dije ya saliendo de la cueva.

Era casi de noche cuando a Beiar volví, y anduve mucho, dando vueltas al campo, sigiloso y atento, por si lograba oir a la coruja, y cansado de errar sin conseguirlo, no lo esperaba ya, cuando a lo lejos percibí el triste canto de tal pájaro.

Volví a escuchar; dentro del monte umbroso, el ave repetía claro y distinto su grito penetrante, que pausado venía de la espesura.

Calculé la distancia y pensé luego.

En los árboles altos de la entrada del monte, debe estar la coruja, y si por bajo se hallan los malvados, que en el corro discurren, con otro que formemos los de Beiar dejándolos en medio, estrechándole habremos de encontrarlos.

Entonces busqué a Kide, hombre muy de consejo que gobierna el poblado en mis ausencias, y apenas comenzaba el día siguiente, recorrimos los campos inmediatos al sitio en que cantó el ave nocturna.

En un llano del monte caída era la yerba, por pisadas marcadas claramente, con huellas cual del diablo, que son muy semejantes a las que deja el chivo, y concertamos que aquel mismo día, nuestros hombres

BIBLIOTECA DE CASTILLA Y LEÓN

tomaran las veredas y pasos que hay en torno, para que cautelosos, observaran a todos cuantos fueran a tal sitio.

Y antes de ser oscuro, los nuestros se emboscaron en las matas, en los árboles huecos, y aún subieron a lo alto de sus copas, cercando así con guardias vigilantes los terrenos contiguos a aquel llano.

Y ya guardando cada cual su puesto, cuando todos los ruidos de la noche, vagos y ténues, claros o lejanos llegaban al boscaje, callábamos nosotros en espera de oir a la coruja, cuyo canto agorero, aviso había de sernos de que el corro, formaban ya los pérfidos noctámbulos.

Y luego de una espera oyóse el grito triste del pájaro nocturno, y aún los más animosos miedo habían, y al repetir el ave con casi iguales pausas, su chillido, nuestra mirada ansiosa, se enterraba en las sombras de la selva.

Entonces avanzamos estrechando aquel círculo, con un silencio tal, que nuestro paso no apagaba el rumor que en la arboleda movìa la ténue brisa que levantó la noche, y éramos Kide y yo quienes guiábamos dos grupos escogidos, formados por los hombres más valientes que moraban en Beiar, y con anhelo y pausa, íbamos acercándonos a aquel llano del bosque, cuando igual que clavados en el suelo quedamos al oir a la coruja, que luego de un silencio algo más largo, cantaba en otro sitio bien distante del en que hacíamos círculo, y fué para nosotros desconcierto, considerar que el corro de los brujos, burlaba nuestro afán, y se apartaba del presunto lugar de sus reuniones.

Y como la coruja, otro seguía indicando con su canto distante y lastimero, quieto permanecía con los míos sin resolver que hacer, cuando sentimos un ruido extraño de veloz carrera a través de la selva enmarañada, y casi junto a mí, con mucho estruendo se agitaron las varas de los mismos crecidos matorrales, tras de los cuales éramos algunos, siguiendo monte adentro, el mismo ruido, confuso y temeroso.

A poco, la coruja bien de lejos, dejábase ya oir y por tal causa no seguimos tras ella, y hacíamos conjeturas, preguntándonos, qué especie de animales habrían cruzado el bosque.

—Brujos fueron, que en guisa de asustarnos, iban metiendo ruido,—dijo uno.

Otro dijo que lobos, que pasaron corriendo.

—Lobos no son,—los dije—la coruja no engaña; esperemos el día y veamos las huellas de sus pasos; y cuando el sol iluminó la selva y encontramos los rastros en el suelo, vimos, que no de lobos, sino más bien de ciervos parecían, y entonces Kide dijo, que aquellos animales que pasaron, debían ser gudíes, (1) que antes que mal paraban beneficios, porque con apariencia de cuadrúpedos de aquella especie tímida, eran divinidades de los bosques, y que al de Beiar ancho y dilatado, venían muchas veces esos sagrados ciervos, cuya carrera auyenta a la raposa, y dá temor al lobo cuando al rebaño acecha, y quizà los gudíes

(1) GUDIES. Curiosa forma zoolátrica de origen eslavo, según la cual, las divinidades de las selvas se hacían visibles en figura de ciervos.

estorbaron el corro de los malos, porque oyeron cantar a la coruja

Entonces, pareciéndonos que Kide bien decía, con él y con algunos de los hombres que estaban con nosotros, fuimos sobre las huellas señaladas hasta hallarnos en unos navarejos, (2) y allí vimos a un ciervo que pastaba tranquilo, mientras bebía la cierva en un regato.

—Gudíes deben ser,—exclamò Kide.—No ví nunca venados más hermosos; y estábamos mirándolos, cuando sin que nosotros reparáramos que tal cosa iba a hacer, uno de nuestros hombres disparó una saeta contra el ciervo, que había levantado la cabeza; pero en el mismo punto volviò el ciervo a pastar, y al abatir para ello el cuello erguido, por cima de él pasó la flecha rauda, y el gudí no hubo daño.

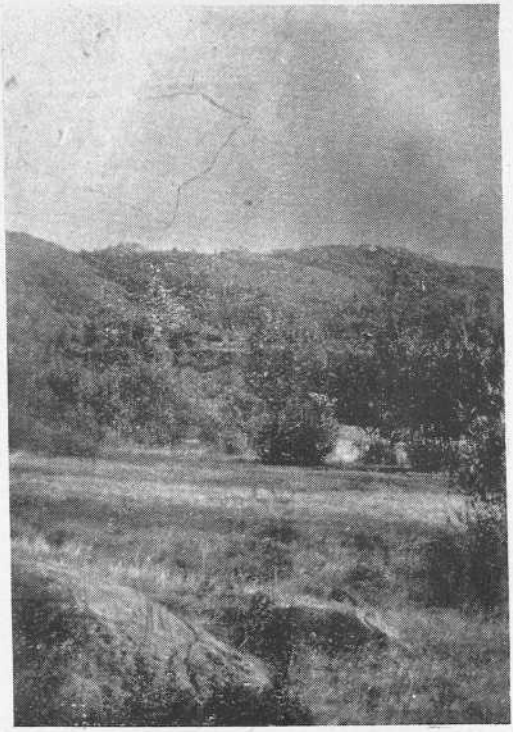
---

(2) NAVAREJOS. Diminutivo del nombre ibérico Nava o Naba.

Navas son los terrenos relativamente llanos y de regadío que hay entre las montañas.

Las navas, por razón de su producibilidad, han sido asiento de multitud de poblados y por eso hay tantos cuyo nombre empieza con Nava.

Navarra se llama así, por las muchas navas que hay en su territorio y a los moradores de las navas, aún siendo montañeses, se los llamaba *navarros* y por alusión a estos hay también pueblos llamados Navarros, debiéndose interpretar como variantes de ese nombre, los de los varios pueblos denominados Narros, que es abreviación de Na(va)rros, Narrillos o sea Na(va)rrillos y Naharros en el que a la v sustituye la h, que separa las vocales de las primeras sílabas.



MONTE DE BEJAR

SITIO LLAMADO LOS NAVAREJOS

(Foto Amable García).

BIBLIOTECA DE CASTILLA Y LEÓN

Sorprendido el arquero dudaba si debiera repetir el disparo, por no ofenderle en caso de que fuera una deidad del bosque, y ello fué a tiempo, que ambos animales, sin demostrar el más leve recelo dieron vuelta a una mancha de arboleda, que unos robles formaban, y no los vimos más, ni huella de ellos, en todo aquel contorno.

—Gudíes debían ser,—repitió Kide,—y a ellos será más fácil turbar el plan siniestro de la nocturna cáfila, y entonces resolvimos poner ramos de fruta en los claros del bosque, para así retener a esos cuadrúpedos en las selvas de Beiar.

Al mismo tiempo, fué determinado no hacer daño a los ciervos, para evitar hacerlo a los gudíes, si por acaso habían esa apariencia, y también se convino no ir al bosque de noche.

Con esto el bosque se pobló de ciervos, y fué el caso también, que las tormentas ya no arrojaron piedras ni diluvios, y de ninguna suerte hubimos males.

Pero en Nava acaeció muy diferente, porque hubo mortandad en los ganados, y queriendo saber la causa de ella, pidieron al augur que fuera a Nava, y allí se dirigió.

—Y acierto fué llamarle,—hablò Benazko, que se había acercado a los ancianos—porque pronto tuvimos el remedio, y os diré el que dispuso:

En llegando al poblado y ver las reses, dijo que le mostrásemos las aguas donde solían beber los animales, y entonces le enseñamos varios charcos, que había cerca del pueblo.

Eran en unos limpias, pero al borde crecían ciertas

plantas, rizadas y de un verde semioscuro, que observó atentamente.

—Donde estas hierbas haya, no traigais los ganados, porque ellas son señal de agua nociva,—dijo al punto de verlas.

Después buscò un regato corriente y abundoso, y en él mandó abrevar, aunque distante estaba del poblado.

De entonces no enfermó oveja ni vaca.

—Dictamen bueno hubo,—Aberast observó.

He de decirle cuando aquí retorne, que muestre a los pastores esa hierba, que el agua mala avisa.

—No vendrá tan aína—observó Irko,—porque mi padre le retiene en Nava, y casi de contínuo le consulta.

—¿Y acierta muchas veces?—Aberast dijo al mozo.

Y Benazko repuso:

—Irko de ello podrá deciros algo, porque ya por perdido le teníamos y el augur dió la traza de poderle encontrar.

—Refiere ese suceso,—pidió el régulo al joven.

—De ello solo diré—contestó Irko,—que no estaba perdido, sino hallado; pero la ciencia del augur es cierta.

Aberast no insistiò.

Luego, hasta allí llegaron Erlea, Neska e Igaria y a la vez otras jóvenes, e Irko se acercó a ellas.

La plática común que los ancianos habían en su corro, cambiose luego en muchas.

El règulo de Beiar y el mayoral Benazko, por buen

espacio luego departieron, y Aberast dijo así al pastor de Nava:

—Cuéntame el caso de Irko, ahora que no nos oye.

—Pues bien sencillo fué,—dijo Benazko.

Irko se enamoró de una pastora y pasó varios días en la sierra, y al no volver a Nava, su padre, temeroso fuese a ver al augur, quien hubo ingenio para saber que amor le retenía y yo lo comprobé, porque buscándole, le hallé por fin pastor y supe que ella era hermosa zagala, que moraba no muy lejos de aquí.

Ageno estaba el régulo de que aquella zagala era su hija, y que aquel caso le atañía de cerca, y mientras, los amantes ponían de nuevo amor en sus palabras, y encontraban más grata la soledad del valle, que el alegre bullicio de la fiesta.

Un bardo a ella asistía, que en verso dijo méritos de Erlea, y alabó su hermosura y la de las muchachas que presentes estaban, y después hubo coros de cantores y danzas diferentes.

Una fué la del pan, que puesto encima de un elevado astíl, varias parejas hábilmente trenzaban en su torno, (1) bailes de movimientos regulados por el son de la música.

Esa danza, de siempre se bailaba en las fiestas de todas las aldeas, cuando en frutos cogidos, colma-

---

(1) Todavía se baila la rosca en muchas fiestas de nuestras aldeas, principalmente en las bodas, y en los campos perdura la costumbre de llevar como ofrecijo a los novios más o menos trigo, según las posibilidades del que le ofrece.

dos los afanes de un año de trabajo, y repletas las trojes, para otro, asegurado ya quedaba el sustento.

También se oyeron cánticos, propios de la vendimia, que daba generosa dulce vino, padre del regocijo, y después de haber mucho todo el día, a sus lares volvieron los de Nava, vencida ya la tarde.

—Hasta verte en el valle—Irko había dicho a Neska al despedirse, y según caminaba de regreso pensaba en verla allí.

Igaria, Neska y Ama volvieron al ibor al día siguiente, e Irko a caballo a él se dirigía, tres mañanas después.

Neska, que le esperaba, le viò bajar la cuesta y le aguardò en el llano con su amiga.

Luego le dijo afable:

—¿Sabías que era de vuelta en este campo?

—No de cierto, mas ansia había de verte, y el hallarte la alivia,—afirmó Irko, y luego preguntola:

—¿Y tú, ya me esperabas?

—Que Igaria te conteste,—dijo Neska, e Igaria explicó entonces, que hacía rato miraban el camino pensando verle en él.

—Mas llegas algo tarde,—exclamó Neska.

De esperar me cansaba algunas veces y otras tenía inquietud.

—¿Y por qué tu zozobra,—dijo Irko—siendo camino corto hecho de día?

Disipa tus temores, si alguna vez te asaltan, piensa que somos en la edad risueña.

Irko no siguió hablando.

Era triste también y Neska, pudo conocer la tristeza nobilísima, que impregnaba su amor de sentimiento, y para devolverle la alegría, así dijo a su amante:

—Has dicho bien cuando hace poco hablabas.

Nuestra vida preséntase risueña.

Háblame de ello, llena mis oidos de esos dulces conceptos que a música me suenan en el alma.

Dime como será, cuando la cruce llevada de tu mano, y cogiendo las flores aromosas, que en nuestras sendas hallaremos juntos.

Hoy tu amor me parece acompañado de una melancolía, que acaso le dá un tono que le eleva, pero huye la tristeza, pues Neska quiere que contento viva el que vive en su alma.

—¡Oh, que bien me comprendes!—dijo Irko.

La tristeza es opuesta a mi carácter, pero en algunos casos me domina, quizá por ser feliz.

En esos días, temo que quiebre mi ventura y pienso, que al invierno se llega por la ruta del verano, y que el azul del cielo suele empañar la nube blanquecina.

Te diré, en fin, la causa de mi tristeza de hoy.

Venía ya hacia aquí y en una fuente me detuve un espacio, y después de beber, consideraba que la vida del agua se parece a la nuestra, en que siempre va en busca de un más allá distante, cuando ví a un pajarillo posarse junto a un charco, y con suma alegría en él hundió su pico, y levantando luego la cabeza, bebía así la pequeña porción de agua, que le cabía en la boca, repitiendo después múltiples veces

aquel inquieto modo de beberla, y luego que la sed hubo aplacado, cantó alegre a la orilla del charquito.

Mas de allí a unos instantes, fué su canto tornándose en piar lastimero, sus vivos movimientos se volvieron extraños, la linda cabecita se alzaba y abatía con angustia, y sin dejar su pío quejumbroso, el pájaro por fin llegó a una mata donde había una culebra, que con sus ojos fijos y brillantes fascinaba al volátil del cual se apoderó, sin darme tiempo de poder defenderle.

La sierpe odiosa, puso fin a la vida de la alegre avecilla, y apenas hizo el mal huyó arrastrándose, y yo quedè pensando, que como al jubiloso pajarillo, hay ocultos peligros que amenazan al hombre, porque nuestro enemigo está en acecho igual que la culebra, y a la manera que a ella un tomillo encubrió, a él nos le ocultan la astucia y la falsía, o cuando es poderoso, ataca al descubierto, como el lobo acomete al corderillo, que de él ni aún puede huir.

Por enlace de ideas me asaltan los temores, y la felicidad que se me anuncia, es causa de que ponga el pensamiento en que puedo perderla;—dijo Irko al par que en su semblante se marcaba una sonrisa triste.

—¿Y como no procuras animarte, si a mí me ves contenta?—habló Neska queriendo parecerlo.

—Alegría y tristeza tenemos en el alma, y hoy a mí la tristeza me domina,—sincero dijo Irko.

—Quien es triste es amable, siendolo como tú,—contestó Neska,—pues tu meditaciòn te lleva a ello, y te muestra benigno y comprensivo.

—Comprensiva eres tú—repuso el joven.

Oyéndote se ahuyentan mis pesares.

Pero aun había pena en el tono que su respuesta tuvo, y ella, que discurría lo que pudiera hacer por disiparla, propuso que a caballo de paseo, fueran aquella tarde por el valle.

Y cuando el sol bajaba ya del zenit, por la ancha pista del extenso campo, fueron los dos en sus cabalgaduras, y enfilando el camino en su declive, siguieronle gran trecho, y estaban frente al cruce de otra senda, donde daban resuello a sus trotones, cuando vieron un grupo de ginetes dirigirse hacia allí.

Neska quedó esperando, en lo que Irko avanzaba en el camino, y al habla se ponía con los del grupo, que estaban agotados de tanto caminar, y ellos con gran vehemencia hablaron al mancebo, que volviendo en seguida a donde Neska aguardando seguía, la dijo brevemente:

—Enemigos tenemos en Vetonia.

Los que llegan lo vienen avisando.

Sin demora con ellos voy a Beiar a decirlo a tu padre.

—Anda,—le dijo Neska tristemente, yo vuelvo con Igaria.

—Quedo pensando en tí,—la dijo Irko.

Hasta la vista Neska.

—Belenno te acompañe,—ella repuso,—e Irko partió ligero, e incorporado al grupo de jinetes, hacia Beiar guió a los que llegaban y al pensar en la sierpe traicionera que en la mañana viò, temía infortunios.

Neska estaba llorosa mirándole marchar y despedirla.

Una inmensa tristeza agobiaba su espíritu, y sola en aquel sitio, sintió por vez primera el gran dolor de amar.

Y dolíala también al propio tiempo, el dolor de su patria.

Luego tuvo temor de que Irko fuera con hombres forasteros, y al hallarse sin él, se figuraba que se iba su alegría, envuelta entre la nube polvorienta, que al trotar levantaban los caballos, de los que a Beiar iban.

Después el suyo blanco dirigiò hacia el ibor.

Conducíale al paso, mientras ella, en vértigo de présagos siniestros el pensamiento había, y consuelo la fué encontrar a Igaria, que al verla sola preguntó por Irko.

—A Beiar va con otros,—la dijo Neska triste.

Igaria notò al punto la aflicción de su amiga e interrogola con inquieto acento:

—¿Y porqué vá Irko a Beiar?

¿Qué pena tienes tú?

—Patria y amor me duelen,—Neska dijo, con amargura tanta, que hubo temor su amiga.

Después, una vez más recordò Igaria el mal augurio del espino aleve, que hirió a su compañera, y luego se decía pensativa, cuales peligros correría la patria, que a Neska la causaban pesadumbre al tiempo que su amor.

Esta luego la dijo la tristeza, que aquella tarde dominara a Irko, y el episodio de la artera sierpe que narrado la había, y cuando Ama e Igaria, solícitas entrambas preguntaban la causa por la que Irko había ido a Beiar, las dijo que Vetonia era invadida por enemigas gentes.

Que avisándolo así, venían de Norba unos hombres que hallaron en su ruta, y que con ellos, Irko había seguido a decirlo a Aberast.

—La guerra está empezada;—dijo Neska.

Igual mi padre que Irko, lejos de aquí serán dentro de poco ¡y menos mal, si Eako me los vuelve!

Consternadas quedaron madre e hija al escuchar a Neska, y las tres silenciosas y tristísimas, lloraban porque rota era la paz.

La paz que aseguraba los amores, traía la abundancia y hacía fácil la vida, la paz, el bien supremo, se perdía dando paso al dolor.

Cuando llegó la noche, las tres estaban ciertas de que no habrían descanso, y en ella tuvo Neska pensamientos tan tristes, que para desecharlos de la mente, apenas luciò el alba, requirió su corcel y a la carrera, enfiló aquel camino, que con Irko siguió la tarde antes, y asiéndose a las crines del caballo, sostuvo su galope hasta ir al punto desde el que divisaron a los hombres, que vieron en la víspera.

Corto descanso diole en aquel sitio, y bajando desde él, templó la marcha, y así llegó hasta el río, y trepó al monte luego, y andando mucho y largo, se encontró en un paraje, desde el que, hacia poniente, pudo ver un vastísimo terreno por todo el cual seguía la calzada que tomó en el ibor, y en ella y a distancia, tal como de una hora de camino, vió levantarse espesa polvareda, semejante a la marcha de una tropa, que se fuera acercando.

De ella llegaba ruido indefinible, que era confuso y sordo, y Neska, para ver que le causaba, descendió del caballo, y dejándolo oculto entre unos árboles,

subió por la ladera de un empinado cerro, y llegada ya cerca de la cumbre, situose en el saliente de una roca, y desde allí miró la lejanía, por la que, poco a poco, avanzaba la nube polvorienta, que los rayos del sol contorneaban, poniendo con su luz orlas brillantes al oscuro y espeso remolino.

Neska quiso saber que gentes eran, aquellas numerosas que venían, y decidió observarlas más de cerca, y para ello bajó de su atalaya, yendo donde quedara su caballo, y ya llegaba allí, cuando vió a un hombre que le asía por las crines.

Neska llamó a su bruto de un modo peculiar, y el caballo entendiendo la llamada, partió veloz hacia ella, y aquel desconocido, vió a Neska, que amazona se alejaba al galope.

La joven pudo ver que por su facha parecía forastero, e imaginose, que aquel hombre era tal vez del grupo intruso, y que quizás con otros exploraba la tierra a donde iban, a modo de avanzada de la tropa; por lo que galopando y llena de inquietud, hizo la vuelta del camino que anduvo.

Cuando llegaba al río de regreso, vió a Irko, y a los hombres que el día antes, con él fueron a Beiar.

Neska paró el caballo y quieta le esperó junto al camino, y al descubrirla Irko, a su lado fué ansioso, preguntándola por qué se hallaba allí.

—Ayer quedé afligida,—dijo Neska,—y apenas rayó el día, por el mismo camino que anduvimos, mi caballo he llevado cual los vientos, salvando en poco espacio gran distancia, y esta calzada misma, observé que se marca en unos llanos que a lo lejos se pierden.

—¿Y en esas lejanías nada viste?—Irko preguntó a Neska.

—He visto,—ella repuso,—muchedumbre de gentes que vienen hacia aquí, y sus avanzadas son cerca de nosotros.

Avísalo a mi padre.

—Tú se lo has de decir,—la dijo Irko,—porque él de jefe viene de la tropa.

No sabes la emociòn con que te hallo cuando voy al peligro.

Y ver que vienes de él, me enorgullece.

Vete a ver a tu padre.

—Ven también tú, que acaso tardaremos en volvernos a ver,—le dijo Neska.

—¡Oh, el dolor de partir!—exclamó Irko.

No decirte mi amor y no mirarte, será igual que quedarme mudo y ciego; cuantas serán las veces que repase, recuerdos de otros días màs felices.

Cuántas las que te llame, cual si fueras como ahora al lado mío.

Mas al ir a la guerra, amo a los nuestros.

—Ir ahora a defendernos,—dijo Neska,—es tu modo de amar.

El mío será llanto y pesadumbre, que habré mientras tornais a nuestros lares.

Y mis dulces amores, filial y juvenil, adoleciendo los dos de mal de ausencia, sobresalto y dolor habrán de serme.

Ya que vas con mi padre, ahorrale fatigas, con él sé en sus cuidados, procúrale el reposo que la guerra consienta, síguele donde vaya, y gana más con

ello mi cariño; que si en algo se alívian mis pesares, es viéndoos marchar juntos.

—Neska;—la dijo Irko,—tal seré con tu padre, que siempre cerca ha de querer tenerme.

—¡Ay, los amores míos!—ella dijo,—qué tristezas me aguardan.

Sea corta la sufrencia, y ya que cuesta tanto, hayais el triunfo.

—¡Que Belenno le alumbre!—exclamó Irko.

En esto llegó el régulo, y al divisar a Neska supuso que venía desde el valle, mas cuando ella le dijo sus andanzas y sus observaciones, le fué orgullo el valor de la doncella, y gobierno saber, que había enemigos bien cerca de aquel sitio.

—Hija mía,—la dijo,—te esperaba, porque aviso envié de mi salida al campo del ibor.

Llegas a punto de que nos veamos, quizá por la vez última.

De ordinario la vida tiene muchos peligros, pero en guerra los riesgos no terminan.

Pudiera alguno de ellos acabarme, ausente de la tierra en que nacimos.

Si tal sucede, quiero vivir en tu memoria el tiempo que tú sigas en el mundo.

Así seré contigo, aún después de morir, y así los días felices que pasaron, los verás reflejados en tu alma, al modo como vemos que refleja el cielo en el remanso transparente.

Y según imagines que te miro, he de ser a tu lado, buscando todavía tu ventura, y seguiré apartando de la senda que sigas las espinas, que si hirieran tus piés, me punzarían aún después de la muerte.

—Padre,—le dijo Neska:

No es tiempo todavía de que solo de tí quede el recuerdo.

Tu paternal cuidado, si te fueras del mundo, cierto que viviría en mi memoria y como dices tú, me asistiría dándome protección, pero la muerte esfuma poco a poco las que fueron esencias de la vida.

Vívela todavía luengos tiempos, y Belenno oscurezca la mirada de aquel, que osado quiera dispararte su dardo.

Piedra que caiga de las nubes, quiebre el brazo del que a tí te acometa, y tu valor de siempre triunfe de los peligros.

Tú sabrás afrontarlos como lleguen, pero te pido que Irko sea a tu lado, para que yo así tenga confianza en que podrá aliviarte, en el caso o suceso en que pudieras su auxilio precisar.

A Aberast parecía razonable la peticiòn de Neska, pero en ella encontraba favor de Irko y callaba por ello, y entonces, insistiendo, dijo su hija:

—Le he pedido que esté al cuidado tuyo, y así lo habrá de hacer.

No le estorbes que cumpla su promesa, que es en esta hora triste, el consuelo que tengo en mi amargura.

—A mi lado estará,—Aberast la dijo, cediendo al fin al ruego de su hija.

Entonces, hasta allí llegó un jinete.

Era el hermano de Ama, el emisario que al ibor mandara horas antes el régulo, cuyo enviado, no encontrando allí a Neska, tomó el camino mismo que ella empezó en el alba, y al verla junto al padre, quitòsele el cuidado que tenía, y así a Aberast le dijo:

—Ama e Igaria, cuando yo, salieron de la casa del valle, y han de ser aquí pronto.

—Pues al cuidado queda, y en llegando, idos todos a Beiar,—mandó el régulo.

El ibor es el paso del camino, y más peligro ofrece que el poblado, que se halla entre montañas.

Cuidad de los ancianos.

Esconded las cosechas en las cillas (1) que más ocultas se hallen.

Los ganados llevadlos a la sierra.

—Si;—dijo entonces el hermano de Ama.

Los que había en el ibor ya de allí salen a ponerse en seguro en ese sitio.

—Pues una vez en él,—dispuso el régulo,—los niños apacienten los rebaños y los pastores vayan, donde sepan que estamos los de Beiar.

—Así haremos,—hablò el hermano de Ama, y fué al encuentro de èsta.

A Aberast, todavía acompañó su hija largo espacio, por el camino estrecho que seguían, y al llegar al que luego fué de Ambracia, (2) de lejos alcanzaron a ver, que Igaria y Ama se iban aproximando.

---

(1) Cillas y cilleros, son palabras sinónimas de silo o granero, en singular y en plural.

(2) Ambracia se llamó por los romanos a un pueblo que hubo en la actual provincia de Cáceres, donde hoy está Aldeanueva del Camino.

Por el término de Aldeanueva pasa el río Ambroz, que es forma antigua del nombre propio de varón Ambrosio, del que sin duda derivó Ambracia.

—Vé a reunirte con ellas,—dijo a Neska su padre.

Ya nuestros montes claros atrás quedan.

Solo a ver alcanzamos los picos de la sierra elevadísima, que cierra nuestros términos.

La vista llevo llena de visiones de estos campos rientes, donde siempre pensé tener la tumba.

Y a tí también veré, siendo a mi lado, al borde del camino fatigoso, hasta al cual has venido a despedirme.

Esa vejez soñaba, teniéndote conmigo hasta la muerte.

Dejarte es bien que pierdo, que donde quedas, quedo la ventura, que tenía en mi vejez.

—Padre,—le dijo Neska,—yo como tú, he pensado muchas veces, que blanco cual el blanco de la nieve se te pondrá el cabello con los años y que la edad acaso, si no tu fuerte espíritu, podrá rendir la fuerza de tu cuerpo.

Para entonces te guardo mis cuidados mejores, porque tú volverás de esta campaña, y luego juntos viviremos siempre.

Vetonia, amor de todos, nos pide sacrificio.

¡Cuán grande se le ofrezco, y cómo al separarnos siento honda, la tristeza que nubla mis ensueños!

Neska rompiò a llorar y el llanto amargo, bañó el rostro del padre y le ungió de cariño, al tiempo que cariño y amargura manaban de los ojos de Aberast.

Un momento después se separaron, y al hacer ya camino, Irko iba acompañando silencioso, al régulo, que igual ensimismado, guardaba en lo profundo de su alma, su profundo dolor, y en tanto Neska, triste-

mente veía que se alejaban, y ahogando los sollozos de su pecho, contestaba a los signos repetidos que hacían de despedida.

Al llegar a un robledo, todavía volviéronse a mirarla, y entrados en el bosque los jinetes, y ocultos en su fronda, pareciò a Neska ya, que era extremado el peligro a que iban, y angustiada, hubo miedo de encontrarse en soledad de amor.

Igaria y Ama en esto llegaron hasta ella, y viéndola llorosa querían consolarla, pero a Igaria faltábanla razones, porque aunque sin quererlo recordaba, que la hirieron los garfios del espino, y el mal augurio del rasguño leve, temía que tuviera realidad.

Luego, el hermano de Ama hasta Beiar llevó a las tres mujeres, y al llegar al poblado, hallándole sin hombres y sumido en tristeza, Neska dijo:

—¡Qué daños originan quienes invaden nuestro patrio suelo!

Deshacen los hogares, y quedan a los niños y mujeres sin pan y sin amparo.

Muerte insaciable troncha las vidas más lozanas, y el odio atiza la contienda fiera, como huracán que enciende y que difunde el fuego destructor.

Esos que traen la guerra, son agentes del mal que nos azota.

Ellos rompen la paz en que vivíamos.

Ya no habremos reposo.

Ya nos será tortura pensar, que los ausentes, dando el pecho al peligro el mal atajan.

Turbia de llanto la mirada habremos, y lágrimas haranse nuestras penas, cuando lleguemos a saber de muchos, que aquí no volverán.

Pero lágrimas no han de libertarnos.

Somos en días de lucha, y la lucha nos obliga la defensa de nuestro territorio.

—Tu temple te revela, igual que tu nobleza, como hija de Aberast,—la dijo Ama.

Irko y él juntos marchan a las lides.

Belenno no se esconda el día que vuelvan y mírelos llegar de los combates, sanos y vencedores.

—Nublados han de ser los días que medien entre hoy y su regreso, y tristes para mí siempre serían, sino volvieran más,—Neska repuso, por lo que Igaria hablola cariñosa:

—No te dés tanta pena, ni añadas amargura a la amargura de este día nefasto.

Si en tu corazón vuelcas de golpe el sentimiento, excesivo sufrir será el que tengas, y ahora que es tiempo de dolor, sobrado ha de llegarnos por sí solo, y no es bien aumentarle.

—Vivo muriendo ya,—Neska la dijo.

Sin que ellos me acobarden, los temores que sufro me torturan, y otro vivir presiento, bien distinto, del que hasta aquí he vivido, pues si es larga la guerra que principia, para mayor desgracia, no he de estar inactiva ni en seguro, mientras los nuestros mueren defendiéndonos.

Igaria se asustó de la energía súbita de su amiga, pues ya la dulce Neska, demostraba el valor que había su raza.

Y en aquel día triste, la hija de Aberast no dió más quejas, ni hizo más reflexiones, pero el siguiente, no había amanecido, cuando Neska salía del poblado, y amazona bajada por las sendas quebradas y difíci-

les, que anduviera la víspera su padre, y en siendo en donde de él se despidiera, a caballo siguió por la calzada hasta llegar al alto miradero donde el día antes estuvo.

Desde allí no vió a nadie y ello la dió contento, al suponer al invasor vencido.

Y con mayor anhelo el camino tendido recorría, pensando a la vez misma en Irko y Aberast, y las pisadas del corcel ligero, durante algunas horas de andar largo, las huellas de sus cascos estamparon en el blanco camino que iba al sur.

Cerca de una llanura se detuvo y oteò el campo próximo.

En él creyó que estaban los de Beiar, y al verse cerca de ellos, su corazòn latía fuertemente.

Luego hubo incertidumbre, porque viendo señales de batalla, temía saber los combatientes muertos que tuvieran los suyos.

Y volviendo a mirar por la campiña, en la ladera que ascendía del valle, vió un gentío agrupado en un rellano, pudiendo conocer que los reunidos no lo estaban en guisa de pelea, y entonces más angustia sintió dentro del alma, pues persuadióse de que en aquel sitio daban tierra a difuntos, y el temor infinito que sentía, la era como presagio de suceso infeliz, por lo cual agitada y anhelosa, dirigiò su caballo a aquella altura, y no llegaba aún, cuando vió a Kide seguido de otros muchos, que con triste semblante volvían por el camino que hacía Neska.

Kide al verla, primero mostrose sorprendido, después, con gran amor empezó a hablarla, y ella ansiosa por no ver a su padre, preguntóle por él.

—Tu padre,—dijo Kide,—fué herido ayer luchando por la patria.

Antes que él cayó Irko, pero éste casi ileso se levantó, volviendo a la pelea, mientras que nuestro règulo murió a las pocas horas.

Piadosa tierra cubre ya sus restos, y los de otros que igual han perecido.

Cerca de aquí descansan.

Neska toda llorosa escuchó a Kide, más su dolor fortísimo volvíase energía en sus entrañas, y le pidió, que la mostrara el sitio en donde los hubieran enterrado.

—Vamos,—Kide la dijo, y otra vez dieron vuelta a la planicie y en ella la enseñó la sepultura.

Allí el dolor de Neska fué tremendo.

Primero vertió lágrimas, que amargo jugo dieron a la tierra, que acogiera a su padre y sus paisanos, muertos en la defensa de Vetonia.

Después su padecer fué silencioso, y su rostro bellísimo se fué transfigurando, de manera, que el duelo primitivo que en él se reflejaba, fué tornándose en gesto de resuelto valor, que la observaron cuantos eran presentes.

Que a Neska, la ternura y el cariño que había por su padre, al ser junto a su fosa, encendíanla el alma en odio al invasor, y ya buscaba manera de tomar parte en la lucha.

Después recordò a Irko, y al no verle en las filas de guerreros, que eran en torno de ella, por él preguntó a Kide.

—Apenas a los nuestros sepultamos, marchose

a perseguir al enemigo,—Kide la contestó y siguió diciendo:

—Porque Aberast lo quiso, lleva las armas suyas y su mismo caballo.

—¿Cayó primero que él por defenderle?—preguntò Neska erguida, y creyendo que así hubiera pasado.

—Cayó cual tu preguntas,—dijo Kide, pero al instante reanudó el combate, y abriéndose camino con la espada, buscó ansioso a Aberast, quien malherido fué entretanto por golpe de una pica.

No hay hijo, que a su padre con más cariño atienda, como Irko atendió al régulo las pocas horas que de vida tuvo, y luego que murió, veló a su lado hasta la hora de darle sepultura.

Después, mientras los nuestros al borde de esta tumba, sucesor me elegían del buen régulo, Irko que no es de Beiar, salió a explorar el campo.

He también de decirte, que tu padre, murió sabiendo los amores vuestros.

Presumiéndolos era desde el día de la ofrenda de la vaca, y ayer viéndole cerca de la muerte, en franco y noble arranque revelóselos Irko, y Aberast aprobándolos, hablole con cariño y diole su corcel y su armamento.

Oyendo a Kide, Neska agradecía los procederes de Irko, la ternura venciò entonces su ánimo, y su llanto, regó otra vez la tierra que ocultaba a su padre, y luego cortò ramas de quejigo, (1) y esparciolas encima de la fosa.

---

(1) QUEJIGO. El quejigo es una variedad del roble.

Entonces dijo Kide:

—Estas ramas nos dicen fortaleza, y la hubieron los bravos que aquí yacen.

Ahora que te es adversa la fortuna, sé tú fuerte como ellos.

—Tanto he de ser,—Neska repuso a Kide,—que lo habréis de admirar; y en aquel punto enjugose las lágrimas.

Entonces dijo Kide a sus guerreros, que bajaran al llano, y descendiendo todos la ladera, reuniéronse a los otros que quedaron cuidando los bagajes, y cuando se iba a proseguir la marcha, apareció a lo lejos un jinete, que veloz, al galope, se fué acercando allí.

Tal jinete, era Irko que traía un prisionero, y enseñándole a Kide:

—Mirad,—le dijo,—este guerrero extraño, que no parece de la raza hispana.

En la lucha de ayer ví a varios otros parecidos a él.

Preguntadle cual es la tierra suya.

Los guerreros de Beiar le observaron.

Era joven y enjuto, y su tostada piel ya le indicaba de sitio de calor.

—¿Cual es tu patria?—interrogole Kide.

—Africa;—contestole el prisionero, y por otra pregunt aque le hiciera, vino a saber, que muchos africanos venían sobre Vetonia.

Ya habían sujuzgado el territorio, que baña el ancho Betis, y en forzosa avanzada, llevaban prisioneros de la tierra, sirviéndolos de guía.

Irko tuvo por cierto cuanto oyò al africano, porque los fugitivos que encontraran estando en el ibor, dije-

ron a Aberast que los atlantes venían en son de guerra, y explicaron que Atlántida, era un país inmenso y misterioso, separado de Iberia por las aguas bullentes de la mar.

Kide, y lo mismo Irko, oído lo que dijo el prisionero, temieron que la lucha que empezaba fuera muy larga y dura, y el régulo mandó guardar los puertos y cerrar los caminos, para así defender el territorio, y a Irko envió a hostigar a aquel ejército, mandando un grupo de hombres, y encargole también de noticiarle el punto donde viera a los intrusos.

Irko había visto a Neska y ella también a Irko, mas primero que amor era Vetonia, y solo cuando ya iba a separarse, Irko dijo a su amada:

—Lloré a tu padre, como llora un hijo y cambiara mi vida por su muerte para evitarte llanto.

Neska así le repuso:

—Dolor sumo, me fuera no encontrarte.

Sé que también caiste defendiéndole, y sé que él aprobó nuestros amores.

Siento mucha tristeza, pensando que al final no fuí a su lado, que sufrió por no verme al notar que su vida se acababa, que ayer le dejé bueno, y hoy la tierra le oculta y me le encubre; mas no enterrados quedan su valor, ni su espíritu animoso, que ellos en mí ya viven, y aunque lloro, recojo los alientos de su vida y su amor a la patria.

Se ha de saber de Neska, la hija de Aberast el valeroso.

—Digna hija suya eres,—dijo Irko,—mas a mí, que no a tí, toca vengarle.

Y así la siguió hablando:

—Yo llevo ya sus armas.

Tú permanece y mora con Ama y con su hija, mientras vuelvo a luchar.

Neska, si en el combate feneciera, ha de ser tuyo mi postrer aliento, y si más no nos viéramos, piensa que estoy al lado de tu padre, y que no en las tinieblas del olvido, sino en la luz gloriosa, moramos con la vida de los héroes, que triunfan de la muerte y la desgracia, por el amor que a su patria tuvieron.

Neska, acuérdate de Irko.

—Nunca podré olvidarte,—dijo ella.

A tí te seguirá mi pensamiento, y será la zozobra en que ya viva, la dolorosa ofrenda, que haga Neska a su amor.

Tú marchas al peligro, tú defiendes el suelo, en que los nuestros, viven o ya descansan, y en ese magno empeño te sigo y te acompaño, desde el sitio en que esté.

E igual que tú, a Vetonia he de ofrendar mi esfuerzo, más grande cuanto más le necesite.

Ahora que llegan males ¡qué dichosos parecen y lejanos, aquellos bellos días, que detrás del rebaño de ovejitas seguíamos los dos!

Días eran de paz.

De paz hablaban, el sosiego del campo deleitoso, la dulcísima queja del cordero, que llamaba a su madre, el plácido murmurio del arroyo, y en paz pasaba el día, y eran de paz los calmos pensamientos que en el coloquio idílico expresábamos, y amor era esperanza.

Ahora el amor en duelo se debate.

Mil tristezas le asedian.

Ausencias, fieros males, muertes y sobresaltos, nos amargan.

Mas nos queda el amor, que cual estrella desde lo alto ilumina.

Su claridad te sirva de consuelo, mientras ausente te halles.

No ofendan los peligros a mi amado, y la alegría de volver a verle, alívieme la pena.

Belenno alumbre claras tus jornadas, y por la noche, Eako su protección te dé.

Más firme que las rocas de estos cerros, aguardándote quedo hasta que vuelvas.

Neska hablaba llorando y aún más que sus palabras, sus lágrimas hermosas enternecían a Irko, que ahogado en sentimiento no podía contestarla, y como al fin, ya el llanto llegábale a los ojos, dando la mano a Neska, finó la despedida con un cambio inefable de miradas, profundas y expresivas en los dos.

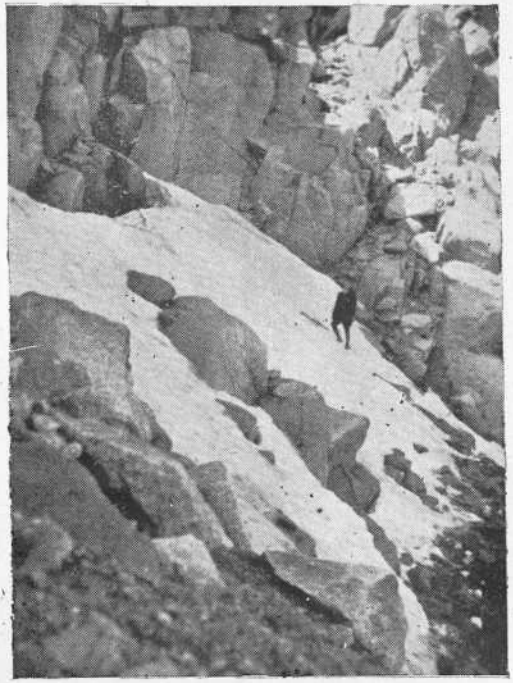
Poco después al frente de los suyos se dirigía hacia el sur.

Ya iba haciendo camino y en un alto vió a Neska, que observaba la marcha de las tropas que iba guiando él.

Neska, en efecto, veíale alejarse, y cuando la distancia ya le ocultó a su vista, llorò la soledad en que quedaba, sin su padre y sin Irko.

Y sin embargo, sola se encontraba mejor, y sola hubiera estado muchas horas, tan solo en sí viviendo.

Mas Kide iba buscándola, y al verle, volvió Neska a ver más dolorosa su triste situación.



SIERRA DE BEJAR

ROQUEDALES DE LA CEJA

(Foto Rafael Díaz).

BIBLIOTECA DE CASTILLA Y LEON

Kide quiso animarla, sin encontrar palabras para ello, pues la atención del régulo absorbían sus cuidados de jefe, y hallaba que tenía muy pocos hombres, y había que repartirlos para hacer la defensa de la tierra.

Eran precisos nuevos combatientes, y como lo dijera a la hija de Aberast, ella repuso:

—Yo haré que os los envíen.

Y requiriendo pronta su caballo, amazona otra vez, veloz entrose por montes y por valles, y presta saltó arroyos, y vadeó los cauces de los ríos, para llevar por toda la comarca la mala nueva de que gente intrusa, avanzaba por tierras de Vetonia.

Así levantó en armas poblados numerosos, y aunque ella declaraba que era Neska, la hija de Aberast, y que su padre fué muerto el mismo día que salió a combatir, *la dama blanca* la llamaba la gente, porque era blanco su noble caballo y blanco su atavío.

Gracias a sus andanzas tuvo Kide refuerzos, y Neska durante ellas, pasó por Beiar cuantas veces pudo, y Ama e Igaria vieron, que sin perder dulzura se hacía fuerte, y más cuanto mayor era el peligro, pues con trabajo resistían los hombres nativos de la tierra, a los innumerables invasores, que por distintos sitios la irrumpían, y Neska, sin reposo, a toda ella llevó la voz de alarma, y en los días de combate, si se hallaba presente auxiliaba a los suyos, y por modos distintos sostenía su valor, y en una de esas luchas, guiando su caballo, sin darse cuenta de ello, entró en campo enemigo, y perseguida luego, viose a punto de caer prisionera.

BIBLIOTECA DE CASTILLA Y LEÓN

Entonces, queriendo antes morir, a la carrera tendida del corcel, llegó a un barranco y se lanzó, resuelta, a aquella hondura.

Los vetones, que cercados estaban y en apuro, viendo a Neska saltar en el espacio, presurosos corrieron a auxiliarla, y sin pensarlo hallaron una mala vereda, por la que, bordeando el precipicio, fueron a los opuestos escarpes del barranco, y desde ellos pararon el avance del invasor audaz, que fué vencido al ir a posición desfavorable, a proseguir la lucha comenzada.

La dama blanca, entonces tuvo honores de diosa en las mentes de aquellos hombres rudos, que creyeron que solo por salvarlos, dió el salto temeroso que los puso en camino de fortuna, y a esa opinión común y alentadora, contribuyó el misterio de lo que de ella fué desde aquel día, pues de cerca ya nadie pudo verla, ni más volviò a saberse de la bella amazona, aunque sí aseguraban los guerreros, que en los combates en que había peligro de salir derrotados, solía apareces la dama blanca, y que ello era buen signo, pues viéndola, cambiada la fortuna volviéndose a favor.

Y no fué poco ánimo, el que así consiguieron los vetones, que en sucesivas luchas porfiadas, casi libre quedaron a Vetonia de su invasor tenaz; pero este hubo refuerzos incontables, que de Africa llegaron en su auxilío, y otra vez avanzando, ganò el llano y se dispuso a dominar la sierra.

Y sus tropas, buscaron las vertientes por donde bajan para unirse al Tietar, las aguas que destrenzan mil regatos, que nacen de la nieve de las cimas, y el

ruido que causaban los guerreros al intentar pasar aquel macizo, rompiò el silencio augusto de las bravas montañas, fué alarma que cundió por todo el ámbito de aquella abrupta sierra, y llamó a defenderla a combatientes de todo el territorio, que pararon su avance, hostilizando al invasor porfiado, desde cada quebrada o sitio fuerte, que en la lucha ofreciéralos ventaja.

Entre los montañeses, corrió en aquellos días la noticia, de que la dama blanca vagaba por los campos de Guisando, v ello se tuvo como anuncio cierto de que en ellos habría un gran combate, y entonces, los vetones mandaron emisarios a otros pueblos ibéricos, pidiéndolos ayuda y alianza.

Los carpetanos, que ya estaban en guerra con los de Africa, en seguida acudieron, y demandando auxilio a sus hermanos de toda Celtiberia, hicieron que llegaran a Guisando, valerosos arévacos, y bravos moradores de terrenos que miran a lo alto del Moncayo, y otros nacidos en las altas cumbres que al Tajo dan su prístina corriente, y segedanos que con los vetones vivían en vecindad y en alianza, e igual se presentaron astures, ribereños de las tierras, que fertiliza el Duero caudaloso, y otros llamados pésicos, llegados de los campos bucólicos de Navia, que en los principios de su largo viaje, pasaron a través de la gran sierra, que cruza el territorio de los cántabros.

Y coniscos, nativos de las zonas altísimas y frías, en donde nace el grande río Ebro, y autrigones que sàngranle en su curso y tienen sus riberas florecidas de huertas y vergeles hermosísimos, y murgobos,

caristios y otras gentes norteñas y vecinas de las mentadas gentes montañesas, vinieron en auxilio de Vetonia, enviando combatientes a la lucha.

También Galecia (1) los mandó refuerzos, desde sus verdes campos edénicos y dulces cual no hay otros, e igual los lusitanos dieron fraterna ayuda, mandando contingentes de guerreros, y todos se reunieron en Guisando, a cuya serranía, ya llegaban las huestes africanas poco tiempo después.

Aunque uno y otro ejército se avistaban en una larga línea, no llegaron al choque por ser días de fuertes aguaceros, pues siempre los de Iberia preferían el combate a cielo claro, y en aquel intermedio, cuando la niebla espesa e impalpable, tapaba las cimeras de los montes y el sol deshacía apenas las brumas que traía la mañana, una en que ya la lucha era inminente, los iberos vieron esperanzados, que aquella misteriosa dama blanca, sobre su albo caballo aparecía, y cruzaba aquel campo, cuando por fin el brillo de la aurora, prometía una jornada de luz y de calor.

Y llenos de alegria, creyendo que era augurio de victoria, agrupáronse en filas apretadas, dispuestos a lanzarse a aquel combate, que esperaban terrible y decisivo.

Entonces fué la ofrenda del jinete, (2) que hacía el

---

(1) GALECIA. Este nombre es ya romano, pero quizá derivado de las palabras prerromanas gall, gaio a gayo, por alusión a la belleza del país gallego.

(2) Según Joaquín Costa, los celtas españoles antes de comenzar los combates, sacrificaban un jinete y un caballo.

sacrificio de su vida, porque hubieran victoria sus hermanos.

Creían los vetones que alcanzaban el favor de Belenno, si antes de comenzar acción de guerra, caballero y caballo le ofrendaban y aquel día, un mancebo que iba en un noble potro, inerme, coronada de muérdago (1) la frente juvenil, y revelando voluntad poderosa, se dirigió a las filas enemigas en busca de una muerte honrosa y cierta.

La gloria del jinete consistía, en afrontarla impávido, y en no volver el rostro, y al verle que al galope iba a encontrarla, era tal la emoción de los iberos y tanta su ansiedad, que por mirarle cesaban de observar al enemigo, y régulos y augures seguían anhelosos la carrera, y estos últimos, de ella habían de deducir el resultado de aquel combate rudo, que ya iba a comenzar.

Irko era aquel guerrero a quien veían ir hacia la muerte, ceñida la cabeza por un cerco de muérdago, y a la vez, dando al aire la melena, cuyas doradas hebras refulgían con el fuego de el sol.

Mil dardos le buscaban sin herirle, y al ver que la

---

(1) MUERDAGO. Planta parásita de múltiples especies a la cual, la superstición ha atribuído virtudes mágicas desde tiempos remotísimos.

El muérdago se creía que preservaba de males y facilitaba las empresas.

En las primitivas religiones de territorios de España y de Francia, se empleaba el muérdago, sobre todo el que se cría en las encinas, en diferentes ceremonias del culto druídico y otros análogos.

corona que llevaba no desprendiose de su altiva testa, y porque Irko llegaba vivo y sano a la línea en que estaba el enemigo, los augures dijeron ya victoria, que había de ser completa y decisiva, si corcel y jinete caían juntos.

Y vieron como Irko, que en el principio airoso cabalgaba, destacando por cima del caballo su pecho generoso, al final se escondía tras del cuello de su noble trotón, y le guiaba asiéndose a las crines del cuadrúpedo.

Después, cuando ya al cabo, el animal herido de una flecha, expresó en un relincho doloroso, su agonía y su angustia, Irko se irguió, como ofreciendo el pecho de blanco a las saetas enemigas, que pronto le acertaron colorándole con borbotones de la sangre cálida, que daban sus heridas, y el corcel, que parose vacilante, y el jinete los dedos ya crispados, pero asido a las crines de su potro, que hacía por no caer, dieron en tierra, y ambos muertos quedaron en el suelo, formando todavía un solo bulto.

Irko había perecido enseñando a morir.

Las tropas de Vetonia y de los pueblos que en su auxilio habían ido, se lanzaron entonces al combate, y a su encuentro salieron innúmeros guerreros, alzándose en el campo un griterío tremendo, que fundía el furor de ambos ejércitos, en un rumor confuso y pavoroso, oyéndose también voces aisladas, sordas imprecaciones y quejidos agudos y terribles, y al poco rato densa polvareda a todos envolvía en un ambiente tenebroso y sucio, cual si, naturaleza, negara aire y visión a aquellos hombres, que a semejantes suyos daban muerte, ciegos del alma y locos de exterminio.

La horrible lucha, que empezara a poco de empezar la mañana, llevaba muchas horas sostenida con el mismo furor, y aún a costa de pérdidas muy grandes, iban los invasores, arrollando a los pueblos coaligados, si no menos intrépidos, más escasos en número, y sin ceder en brío los iberos, aflojando iba ya su resistencia, cuando se oyó decir, *la dama blanca viene en nuestro socorro*, y vieron muchos de ellos, que no corría veloz, sino volaba sobre el albo caballo, y aérea y vaporosa, cruzaba muchas veces por el extenso campo de la lucha.

La dama blanca, nuestra es la victoria; dijeron los vetones, y como por encanto sintiéronse ya libres de fatiga, y tal como se alzaba su denuedo, caía el de sus rivales, mas los caudillos de estos, que entendieron la causa, que dió nuevo valor a los de Iberia, para que no escapara la victoria que ya iba siendo suya, discurrieron reunir caballos blancos, y vistiendo de blanco a los soldados que hubieran de regirlos, lanzar presto al combate una alba cabalgada que fuera a su favor; y a poco unos alígeros jinetes, con indumentos blancos, y veloces cual flechas disparadas, iban contra las huestes del ibero.

Pero cayeron pronto, y el inútil ardid diò nuevos bríos a las tropas hermanas, que conjuntas hacían la defensa del suelo de Vetonia, y que viendo ceder al enemigo, doblaron sus esfuerzos empujándole, hasta que en franca huída perseguido, corrió por las pendientes de la sierra, y cuando el triunfo estuvo ya seguro, y terminada aquella gran batalla, se reunieron las tropas vencedoras e hicieron el recuento de sus hombres, viendo mayor su número de muertos,

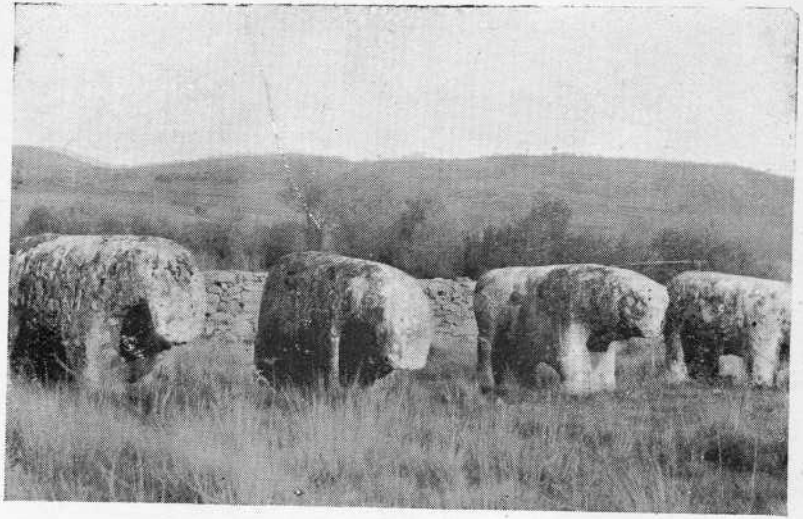
que el de supervivientes de el combate, y encontrando en los sitios de más lucha, a varios de sus régulos, que en la lid empeñada habían caído.

Miles de otros cadáveres, se hallaban esparcidos por el campo, y la gran madre tierra pedía que los volvieran a su seno, y al efecto, cavaron una fosa tan grande y tan profunda como fué menester, para que en ella, descansaran unidos para siempre los heróicos iberos, que cayeron en la lucha empeñada, y en cabeza de tal enterramiento, pusieron a los jefes fenecidos, y en otra grande fosa, tierra dieron también, a los difuntos que habían sido adversarios.

Al noble Irko, encontraron aun asido a las crines de su potro, y con el fuerte pecho teñido por la sangre que manaran, las heridas que en él hubo el mancebo.

Fué enterrado con Kide, que también había muerto en el combate.

Luego, con muchas lágrimas, todos aquellos hombres rodearon la fosa de los suyos, y los bardos cantaron el elogio de los allí yacentes, y el coro de guerreros repetía sus sentidas palabras, que en conceptos patéticos, decían la negra oscuridad en que se sume el que baja a la tumba, y para disiparla con arreglo a sus ritos, buscaron luego leña, con ella recubrieron la tierra que ocultaba a sus hermanos, y en llegando la noche dieron fuego a la pira, y mientras se elevaban a la altura las llamas imponentes, ellos seguían diciendo sus cánticos de triunfo y alabanza a los allí caídos, manteniendo la hoguera todo el tiempo que estuvo ausente el sol.



LOS TOROS DE GUISANDO EN SU ESTADO ACTUAL
(Foto Mayoral Encinar).

Cuando alumbró la aurora, había sobre la tumba una extendida capa de cenizas.

Con ello, ya aquel suelo se tuvo por sagrado, y no osaban hollarle, y aún después de aventadas, tan solo a pié descalzo pisaban aquel sitio, que rodearon luego por largo paredón, y como una común idolatría que habían los iberos, era el culto del toro, en el que aquellos pueblos admiraban la fuerza y la arrogancia, al frente de la fosa de sus muertos, acordaron poner tallas de toros, que guardaran la paz a los que estaban sepultados allí.

Por esa circunstancia fué aquel el cementerio más nombrado, que hubieron los vetones.

El arte primitivo produjo aquellas rudas esculturas de las cuales las hay todavía en pié, y esas figuras toscas de animales, son reflejo del culto litolátrico, que en formas variadas de cuadrúpedos, practicaron Vetonia y otros pueblos.

Las tallas de Guisando (1) se hicieron con premura.

Los canteros que en ellas trabajaron, habían tomado parte en la batalla reñida en aquel sitio, y en el tiempo que hubieron de faena, dijeron muchas veces, que en varias noches lóbregas, cuando lluvias y vientos imitaban con su ruido silboso, la furia del combate, iba la dama blanca a aquellas landas por las que daba vueltas cabalgando sobre el albo caballo que ella

(1) Los toros de Guisando, son actualmente cuatro. Del siglo XVI para acá ha desaparecido otro, y es posible que originariamente fueran más de cinco las esculturas.

había, cual si fuera a velar por los difuntos perecidos allí.

Después de terminado el monumento, las gentes que pasaban por Guisando iban a ver los toros y la tumba, y a tal sitio fué un día Zindo (1) el buen rababán, que era de Beiar y buscaba los pasos de Aravalle, (2) mas al hallarse próximo, plúgole visitar aquellos campos que habían sido de lucha en la que estuvo, y en ellos recordó la muerte heróica del valeroso Irko, y también que se hallaba junto a Kide, cuando el jefe cayó, y revivió el recuerdo de difuntos que pastores como él fueron en vida, y de otros episodios del combate lo mismo hubo memoria.

---

(1) ZINDO. Palabra vasca; significa fiel.

(2) ARAVALLE. El filólogo señor Brouta, mencionado en este libro, definió como ibérica y con significado de VALLE la palabra ARAN, que como el mismo señor anota, tiene en vasco el mismo sentido, y pone como ejemplos explicatorios Arán (valle de), Aranjuez y varios nombres geográficos que empiezan con Arán.

Conocido este dato, se deduce muy bien, que la palabra ARAVALLE tiene en su principio la misma etimología ibérica, esto es, que igual que en la cordillera pirenaica hay el valle de Arán, el *valle del Valle*, que diríamos traduciendo al español la palabra final ibérica, en la cordillera Carpeto-Vetónica, se enclava también ARAVALLE (ARA(N)VALLE) que como el situado en el Pirineo catalán, quiere decir *valle del Valle*, solamente que por la ley de la más fácil pronunciación está la palabra sincopada por suprimirse en ella la n.

De aquí se infiere que en uno y otro país los moradores sucesivos a los iberos, olvidando el significado de la palabra ARAN la dejaron como determinan-

Después, vuelto a su ruta, a unos hombres halló de Salamanca, y juntos ascendieron por las sendas del empinado y pedregoso puerto, y Zindo refirió, que muchas veces bajó aquellos caminos con otros rabadanes, llevando de invernada los ganados de la tierra de Beiar, y al entrar el estío, tornaba con sus vacas (1) a los agostaderos de la sierra.

Las veredas, las peñas, los arroyos, le eran tan conocidos, que al verlos precisaba, tanto el camino andado, como el que los quedaba por subir, y en

---

te del valle, cuyo campo oían nombrar con esa voz ibérica.

ARABAYONA de Mogica, pueblo de nombre vasco, situado en la provincia de Salamanca, inicia con nombre ibérico y en igual forma que Aravalle, el suyo compuesto.

En la provincia de Jaen, ARACELI, tal vez *valle del Cielo*, parece ejemplo de nombre ibérico-latino, cuya primera parte se repite en los nombres, ARACENA, ARADILLOS, (Vallecillos), ARAGON, que dice quizá VALLE GRANDE, como ARAGONCILLO valle pequeño; ARAPILES, equivale a VALLE DE LAS PILAS o Cerros, por alusión a los dos que hay en aquel campo, famoso por la batalla allí librada.

ARAMUNT, ARAUJO y ARANZO, que son acaso tres variantes de VALLE ALTO, ARAVACA y otros muchos aluden a valle, y hasta quizá el verbo arar, tenga expresión de trabajar la tierra de valle, que por más apropiada para ello fué probablemente la primera a la que se dió esa labor.

---

(1) De ahí viene el nombre del PUERTO DE TORNAVACAS

aquellas vertientes trabajosas, los alcanzó la noche, que era templada y diáfana y pasaron debajo de unos árboles, siguiendo la ascensión al ser de día, ganando las alturas de aquel puerto varias horas después.

La bajada la hicieron más de prisa, lo mismo dirigida por el buen rabadán, quien guiando a los otros a camino, salió un poco de el suyo, y despidiose de ellos en la tarde al llegar a un terreno descubierto, que estaba en las caídas de unas lomas y había pasto finísimo.

Al quedar Zindo solo, hallábase agotado de cansancio, y como la jornada terminaba, buscó un sitio propicio para entregarse al sueño, y viendo una oquedad entre unas rocas, hizo en ella su albergue; pero pasó la noche desvelado y al llegar la mañana, conociéndose estar más en reposo, costábale trabajo interrumpirle y aún seguía en su refugio, cuando cerca pasaron dos mujeres detrás de un rebañito de ovejuelas.

Parecía una, ya de edad provecta, y era la otra, muchacha, que tenía la belleza campesina de las flores silvestres.

Ambas al verle echado se acercaron, por si menesteroso de socorro pudiera estar, y con la voz amable:

—¿Enfermo sois?—le preguntó la joven.

Solo cansado, porque anduve mucho,—Zindo la contestó, y siguió diciendo:

—Vengo de lejos y me engaña el ánimo, haciéndome creer que aún tengo bríos, pues luego la fatiga me demuestra, que ya la edad me rinde.

Anoche terminé aquí la jornada, y aunque hoy debía, temprano el camino seguir, fuerza me ha sido estar más que pensaba en el refugio en que pasé la noche, porque apenas logré trabar el sueño.

—Pues cerca está mi choza y allí tendréis descanso, y alimento también,—la mujer dijo.

El rabadán entonces animose, y siguiolas a entreambas hasta hallar una fuente cristalina.

—Bebed de ese raudal,—volvió a decirle,—que os ha de ser salud.

Lavad luego los piés en su remanso y así curarán presto las heridas, que os hicieron los cortes de las rocas, y buscadnos después en la pradera que veis aquí contigua.

Dichas las instrucciones que preceden, entraron las mujeres en un prado, que un seto rodeaba en su contorno.

Zindo bebió aquel agua, y conoció ser menos el ardor que sentía.

Enseguida lavó el rostro con ella, y al orearle aquel aire serrano, encontrose mejor.

Y luego, en una poza que el mismo agua formaba, lavó también los piés, y al enjugarlos con mentas que crecían abundantes en el mismo lugar, a la par que ello, quedaron aromados con el recio perfume de esas hierbas.

Entonces entró al prado, y vió que ambas mujeres se hallaban a la puerta de una casa, rústica y pequeñita, y allí le dieron pan y provisiones, preguntándole luego su camino.

—Voy a Beiar y vengo de Guisando,—contestò el rabadán.

—¿De Guisando venís?—dijo la joven dando un extraño tono a sus palabras.

—Sí;—respondió el vaquero.

Y allí ya han nuestros muertos, toros sagrados que su tumba guardan.

Quienes tomamos parte en el combate, cruzamos con respeto aquellos campos que la sangre tiñó.

Yo busqué en ellos el lugar preciso donde fué muerto Kide, nuestro jefe; aquel donde los Albia (1) pelearon, y donde eran los de otros muchos pueblos; y encontré muchas armas, y he estado en los lugares en donde fué la lucha más reñida, y otra vez me he situado en el terreno desde el que ví temblando, la carrera que hizo a caballo el valeroso Irko, aquel que amaba a Neska, la que salvó a los nuestros de un desastre.

—Contadme que hizo Irko;—pidió entonces la joven con subido interés.

—Primero has de saber quien era Neska,—la contestó el pastor, y así la dijo:

Neska era valentísima; hija fué de Aberast, al que por régulo tuvimos los de Beiar, y ella, al morir su padre en un combate, alzó el país en armas, y al trabarse las luchas daba aliento a los nuestros, y en una muy apurada, a caballo la vimos decidida lanzarse a las honduras de un barranco, pero cuando asustados acudimos al borde del escarpe, hallamos un camino que fué salvación nuestra, pues siguiéndole fuimos a una altura, tan defendida y fuerte, que desde ella ganamos a los de Africa, aunque eran más en número.

(1) ALBIA. Hoy Avila.

—Y Neska, ¿que fué de ella?—dijo entonces la joven.

—Al cesar el combate,—explicó Zindo,—bajamos al barranco algunos hombres, asiéndonos para ello a los agudos desiguales salientes de las peñas, y cuando la buscábamos ansiosos, la vimos a distancia en su caballo, que parecía trepar, por la seguida y fragosa ladera de la loma.

Por fin se perdió lejos, y ya no ha vuelto a vérsela, sino es en los combates, a los que vá amazona y siempre blanca, igual que es blanco su veloz caballo.

En Guisando la vimos de este modo.

—¿En Guisando también estuvo Neska?—dijo entonces la joven con voz indefinible.

—También allí acudió;—Zindo repuso,—y siguiola explicando:

Así lo había predicho Aukur el hechicero, y no es poca ventura que hallemos su defensa en estos casos.

Yo que ví a Neska en Beiar muchas veces, tan amable y pacífica, era bien lejos de pensar, que en ella había tanto valor.

La joven oyó a Zindo sorprendida, y seguía escuchando las hazañas que de ella la contaba, puesto que ella era Neska la hija de Aberast, y a ella, la dama blanca la llamaban en todo el territorio, que había cruzado y levantado en guerra, y estaba en tal empeño, cuando yendo una vez por el paraje donde hablaba con Zindo, al ser junto a la fuente quiso templar su sed.

Una mujer de edad que iba por agua, mirola allí afanosa, y dijo luego:

—Neska, ven a mi albergue.

Por ahora, no sigas ese cansado caminar contìnuo.

—¿Quién sois?—la dijo Neska, sorprendida de que allí la llamaran por su nombre.

—Soy quien nunca de tí puede olvidarse,—contestò la mujer.

Yo te nutrí a mis pechos.

¿No conoces ya a Ama?

—¡Oh, sí!,—Ia dijo Neska con ternura, y las dos se abrazaron.

Luego, tímidamente, como esperando algún suceso triste, preguntó por Igaria.

—En Beiar enfermó,—la madre dijo,—y no encontrando médicos, porque todos estaban en la guerra, a esta fuente que es santa, nos vinimos buscando la salud.

—¿Y la ha encontrado?—preguntó la joven.

—Sí;—respondiola Ama.

La he tenido a morir, mas ya se alivia.

—Vamos a donde esté;—la dijo Neska.

—Tendrá gran alegría,—Ama exclamó gozosa del encuentro.

Siempre teme por tí, que andas errante, y a Irko también recuerda de contínuo.

—¿Sabes en donde sea?—preguntola.

—No;—la repuso Neska con disgusto.

Rara vez encontré a alguno de Beiar, y ni de él, ni de Kide me dijeron.

Seguramente buscará en las lides el lugar de más lucha y más peligro, y eso me enorgullece y sobresalta, pero fuerza es sufrir.

—Sufre conmigo,—dijo entonces Ama—que partidas así, serán las penas mejores de llevar por tí y nosotras.

—Y cuidado tendré de tí y de Igaria,—repuso entonces Neska,—que falta habéis de cuido, igual que yo de sombra y compañía, que en vosotras tendré.

Y entonces dirijiéronse a la casa, que era de su nodriza, y apenas llegó a ella:

—¿A quien dirás que traigo con nosotras?—Ama preguntó a Igaria.

—A Neska,—dijo la hija prontamente, aún sin haberla visto.

Y Neska conmovida hablola entonces:

—Aquí vuelvo al cobijo de tu casa.

Mas dime tu dolencia, hermana mía.

¡Si estando junto a tí curaras de ella!

—La causa fué aflicción,—Igaria dijo.

Tú padeces errante, y yo en Beiar, sufría las desgracias que nuestra patria sufre.

A diario sabíamos de hombres nuestros, caídos en los combates, y estas tristes noticias, las traían lisiados infelices, que inútiles volvían a la tierra.

Y al cabo, los temores y las penas llegaron a enfermarme.

Y he sufrido por tí en manera suma, y he pensado mil veces que acaso ya habías muerto, y otras que oía que a caballo andabas, preguntaba por donde, y siempre estabas lejos de nosotras.

—Pues al fin aquí estoy,—la dijo Neska,—y ahora quedo contigo hasta que sanes.

—¿Y en donde se halla Irko?—preguntó Igaria entonces.

—No sé de él,—dijo Neska.

No he acertado a encontrar gentes, que puedan decirme que le han visto en sitio alguno.

Y siempre tiemblo al preguntar, que tantos son ya los que en la guerra han fenecido, que muchas veces temo que haya muerto.

—No en lo malo te pongas,—dijo Igaria—aunque ella el hablar esto, recordaba aquella herida del espino aleve y había también temor.

Neska, desde aquel día la cuidò con cariño, y compartió con Ama los quehaceres, y llevó allí contento, y como la alegría es saludable, hizo bien a la enferma, y ella, en bien corto espacio, igual se halló mejor.

—El agua de la fuente parece milagrosa,—a Neska decía Ama una luna después.

Igaria poco a poco se repone, cual si salud la diera, tú llegaste hostigada y hoy es gozo mirarte, y yo viéndoos así, mejor estoy.

—A las tres nos reporta beneficio,—contestó la muchacha,—y por virtud del agua, en pocos días, Igaria se ha de hallar del todo bien.

Ama tenía unas cuantas ovejitas que pacían aquel campo; el caballo de Neska, suelto por él andaba, y aunque seguía la guerra con los de Africa, en aquellas montañas escondidas había profunda paz.

Y así se pasó el tiempo, y muchas veces, vió Neska a otras muchachas guardando los ganados, pues los pastores eran en la lucha, y siempre cavilaba entristecida, que ni ella sabía de Irko, ni su retiro él.

Y los días en que era más alegre, libremente dejaba volar el pensamiento, y se hacía la ilusión de

que otro día feliz y ya cercano, le había de ver pasar aquellas lomas, yendo a buscarla amante y triunfador.

Después llegó la paz, y en su retiro nada supo del hombre a quien quería; y aún temblaba saberlo; porque eran ya temor las esperanzas que alguna vez hubiera en su ventura, y por eso, aquel día que halló a Zindo, luego que hablola de la dama blanca, con miedo y emoción volvió a pedirle, que puesto que viò a Irko en el combate, sus hechos en Guisando refiriera.

A esto dijo el vaquero.

—¡Qué carrera la suya hacia la muerte!

¡Y qué morir tan bello por la patria!

Cuando por fin el pecho le rompieron y en sangre rojo con horror le vimos, furia cojimos todos por vengarle y comenzó la lucha, que ganamos por Irko, y por la dama de quien antes hablé.

A él encontramos luego entre los muertos, y con Kide le dimos sepultura.

Neska fué entonces presa de profundo dolor.

Su cara pálida reflejaba la angustia que sentía.

Quiso hablar y no pudo, y por fin rompió en llanto silencioso, que era pena salida de su alma.

Zindo calló mirándola en tal duelo, pero Neska rogóle que aún siguiera diciéndola los hechos de aquel héroe.

—Ya os expliqué su fin,—la dijo Zindo.

De su vida dijeron sus amigos, que siempre fué valiente, y que triste vivió desde que supo que Neska ya había muerto, y transformada en una sombra blanca vagaba por las tierras de Vetonia, y a esa visión,

que le era inaccesible mientras tuviera vida, quería alcanzar muriendo por los suyos.

Y acaso voluntario al sacrificio presentose por eso a los augures.

Que muriò en la esperanza de encontrarla fué la opinión de todos.

Y más no os sé decir, sino que Irko había nacido en Nava, que es poblado que está cerca de Beiar, y era hijo de aquel régulo.

Neska, escuchando a Zindo había secado el llanto.

Las palabras del hombre, fueron como un cuchillo que hendiente la tajara las entrañas, mas no dijo una queja, y el dolor que guardaba, tan en lo hondo, la hiriò en el corazón, pero llenòsele de noble orgullo al par, y así el quebranto, al mismo tiempo se hizo fortaleza.

Su espíritu afligido serenose, y en muy pocos instantes el plan trazó de su futura vida, y pues Irko había muerto, resolvió no salir de aquellos campos, y en ellos dedicarle, ya por siempre, su recuerdo y sus lágrimas.

Zindo que la notaba silenciosa, creyó finado el diálogo que habían, y se dispuso a proseguir la marcha, y al ir a reanudarla, dijo a Neska:

—Algún momento pienso que os he visto, mas no recuerdo donde.

—Puede ser,—dijo ella,—pero es algo difícil tener memoria fiel de cuantos vimos al correr de la vida.

Y luego, en poco tiempo, variamos de modo, que casi ni uno mismo se conoce, si dá en mirarse mucho.

De mí, puedo deciros, que no soy la que fuí.

—Habláis con la verdad,—pronunció Zindo—, y si vos siendo joven ya os halláis en mudanza, pensad la que habrá en mí que os doblo el tiempo.

Tengo dos hijos mozos, que aprenden el trabajo de la piedra y quienes los enseñan ese arte, ahora labran el toro, que ha de guardar la tumba donde yace Aberast (1), con otros hombres que al tiempo que él cayeron.

Mi mujer y una hija en Beiar siguen.

Ansia tengo de verlas y ya marcho, pues va avanzando el día.

Que no os suceda mal, y bien os traiga el bien que me habéis hecho.

—Con bien lleguéis a ver a los que os aman,—Neska y Ama dijeron, cuando Zindo seguía su camino poco rato después.

Neska entonces, llorando entró en la choza, y a Igaria refirió la muerte que hubo, Irko, su bien amado.

Y las tres muchas lágrimas vertieron por el mancebo heróico y nobilísimo, e Igaria se decía interiormente:

—Cariño desgraciado era el de Neska.

Penas de amor, la hirieron desde el punto en que empezaba a amar.

Y quiso consolarla hablándola del modo meritorio como Irko dió su vida por Vetonia, lo mismo que Aberast antes hiciera.

---

(1) Este toro se supone que es el que hay en el pueblo llamado Segura del Toro, cerca de Aldeanueva del Camino.

Y esto Neska repuso:

—Ya son dos mis recuerdos desgraciados, y ambos siendo dolor, me son orgullo y al mismo tiempo envidia, pues vivo yo cuando son ellos muertos, y por muerta me tienen en Vetonia.

Y era mejor morir, que ver marcharse a los seres amados.

¡Que dichosa esperaba que había de ser con Irko, en quien el pensamiento era nobleza, bondad el proceder, recto el propósito, persuasión la palabra y dulce poesía los conceptos, y entre cuyas razones y decires, hacíame ver un mundo de ventura, que yo llegué a soñar idealizado por sentimientos nuevos y magníficos, que a mi vida, mostraban horizontes llenos de luz hermosa, de claridad del alma, que dulce iluminaba mi camino, guiado por su amor!

El sol, en lo mejor oscureciose.

Aún siendo medio día, noche tendrè en la mente, que en tinieblas sumida es mi esperanza.

Dolor de amor me hiere y en dolor viviré, y este mi duelo, ha de ser ya la ofrenda que a la memoria de Irko, haga Neska infeliz, que queda sola.

—Neska, hija mía,—dijo entonces la anciana sollozando,—sola no estás, que todavía te vivo.

—Y yo contigo sufro,—hablola Igaria, con voz entrecortada por el lloro.

—Bien decís,—dijo Neska,—vosotras aún sois luz, en la terrible lobreguez de mi vida.

Ama; morar contigo será cual tener madre.

Igaria; tu amistad y compañía me sirven de consuelo.

Ya siempre a vuestro lado viviré vuestra vida labo-

riosa, y ritmo de la mía, ha de ser compartir vuestros quehaceres.

Y desde entonces, Neska hizo en aquel retiro, a veces de hortelana, otras era pastora, siempre de Ama cuidaba lo mismo que su hija, y afanes y trabajos, sino daban olvido a la muchacha, la calmaban la pena, y la tristeza que tenía en su espíritu por la pérdida de Irko, admirando la noble muerte de éste, había un noble matiz, y silenciosa vivía dentro de ella.

Y al correr de los tiempos mozos hubo, que sin saber quien era, la ofrecieron su amor, pero la muerte de Irko a quien lloraba, su pecho había cerrado a los amores y no escuchó a los nuevos pretendientes, siempre vivo el recuerdo de aquel prístino, que comenzó volviendo del otero, aquella tarde dulce y apacible en que encontró al mancebo en su camino.

Después murió el caballo que tenía, y al que cuidaba igual que cuando anduvo errante por Vetonia y viéndose sin él, tuvo más vivos los recuerdos de aquellas sus andanzas en tiempos aún cercanos, pero ya había aceptado su presente, y en él a cada hora la ocupaba un quehacer, y ya enriaba lino, o esta planta espadaba, o cuidaba las dulces ovejitas; y tales ejercicios la fueron lenitivo a sus dolores, que se fueron templando con el tiempo, y también con la amable compañía de Igaria y de su madre.

Un día vió en la pradera otro caballo blanco, que adquirió una familia que moraba no lejos de tal sitio, y aquel y los siguientes, al hallarle volvía la cabeza para no recordar que fué amazona, y dos vegadas luego, vió llegar el invierno a su refugio, y seguirle

el estío, y tranquilas vivían las tres mujeres en su retiro amable, cuando hasta allí llegaron emisarios, diciendo que los de Africa otra vez invadían el territorio.

Y suerte,—referían los mensajeros,—que aquella misteriosa dama blanca, volvía a dejarse ver en los combates, y recorriendo el campo de la lucha, daba el triunfo a los hijos de Vetonia.

Neska, siempre en silencio oyó tales relatos, pero pensando en el extraño modo, cómo la mente popular, la trasformaba en deidad protectora de los suyos, que en los cruentos choques desiguales, sostenía su brío y su esperanza, y alguna vez, dudaba si debiera decir, que ya tal dama no asistía a los combates, ni cruzaba los campos a caballo, y que eran ilusiòn las correrías que se contaban de ella; mas creyó preferible, que no desvaneciese esa leyenda que daba aliento a todos, y su vivir siguiera en el misterio, pues harto conocía que su patria, ahita de sufrimiento y sacrificios, sobre ellos elevaba sus anhelos de hallar un ideal libertador, y lo mismo que en Irko vió el ejército el ejemplo supremo del heroismo, que en Guisando le dió fé en la victoria, era la dama blanca la esperanza de triunfo que había el pueblo, y ella alzaba el valor de los vetones.

Y decidida Neska a ocultar su vivir, desde aquel día apenas se dejó ver de las gentes y solo conversaba con Igaria y su madre, y si salía de casa, no más lejos andaba de la fuente y los campos inmediatos, teniendo el pensamiento de contínuo, puesto en Irko y en el bien de la patria, a la que ya ofrendaba el aislamiento extremo en que vivía.

Entre tanto los de Africa, impetuosos, seguían llegando innúmeros desde tierras del sur, y parte de sus tropas ascendieron a donde el Jerte tiene su principio, y forzando las cimas de Aravalle, franquearon el paso a la amplia zona que fertilizan las corrientes puras que van al rico Tormes, y la guerra llegó con sus estragos, a las tierras serranas que antes fueron calmas tierras de paz.

Una lucha seguida eran los días en collados y en navas, mas apesar de su obstinado esfuerzo, los bravos montañeses ante huestes con mucho superiores no podían resistir, y así siempre perdiendo territorio, bajaron hasta el valle de Becedas donde encontraron gentes, que oportunas llegaban presurosas a auxiliarlos.

El régulo de Neila había juntado tropas en poblados diversos, y acudiendo al lugar de más peligro, en las vegas linderas a Becedas paró el avance de los invasores, y comenzó un mortífero combate, en el que unos y otros peleaban con extremo furor.

Empero los vetones, a quienes abrumaba el número incontable de adversarios, iban cejando mientras que los de Africa más fuerte acometían, y los primeros ya se retiraban maltrechos y vencidos, cuando vieron llegar a una amazona, que sobre albo caballo se adentraba en el campo de la lucha, flotándola en el aire los cabellos, terrible la mirada y diciendo con voz clara y tonante:

—¡Arriba los de Iberia!

¡Ya llego a socorreros!

¡Vuestro ha de ser el triunfo!

¡Avanzad tras de mi!

—¡La dama blanca viene!—exclamaron gozosos los vetones, y renovando su ánimo fueron tras la amazona, acometiendo ya con tal denuedo, que por fin dispersose el enemigo obteniendo sobre él franca victoria.

Y aquella vez, después de conseguida, no se ausentó la dama al rápido galope del caballo, que este quedó caído y moribundo y la amazona estaba casi exámine, mientras los aterrados africanos, huían al creerse perseguidos por tal valiente dama, que herida de un flechazo junto a un árbol paró y bajo él doliente, con la mano apretábase en el cuello del que manábala copiosa sangre.

El régulo de Neila con algunos guerreros de su tribu, pasó por donde estaba la heroína, y al verla y darla auxilio, dijo uno de los hombres:

—¿No es ésta la hija de Ama, la que reside cerca de la fuente?

—Soy la hija de Aberast, me llama Neska;—pronunció con voz débil la amazona caída.

—Si no eres Neska, al menos la igualas en valor,—exclamó el régulo.

Nos faltaba el auxilio decisivo, que siempre hubimos de la dama blanca, y a costa de tu vida generosa, le hemos tenido en tí.

Ella entonces se dijo interiormente, siempre puesto en Vetonia el pensamiento.

—«Mejor es que no sepan que soy Neska, y que muera ignorada».

Y ya no volvió a hablar, y como ellos, aún siguieran fijándose en su rostro, volvió a decir el hombre que habló antes:

—Soy cierto de que es ésta la que os dije.

Muchas veces la he visto guardando los ovejas que Ama tiene, y yo cambié por cabras, a otro pastor de aquellas cercanías, ese caballo blanco en que ella vino, y que vemos muriendo ante nosotros.

El régulo de Neila mandó entonces llevarla a casa de Ama.

Esta e Igaria, todas temerosas, presenciaron la lucha desde un cerro, y asustadas de ver tantos horrores, tenían también la angustia de no saber de Neska, que apenas saliò el sol dejó la choza, y ni había vuelto a casa, ni la encontraron en aquellos campos, que las dos recorrieron en su busca; y al ver que a su vivienda llegaba el silencioso grupo de hombres, que casi muerta allí la conducían, sintieron hija y madre indecible dolor.

A Neska colocaron en su lecho, y al verla malherida, se abrazaron las dos a la muchacha, como queriendo así evitar su muerte, y retener con ellas el tesoro que ya iban a perder, y conociéndolo Ama, así dijo con tono suplicante:

—Neska, mi amor ¡porque nos dejas solas!

Aquí, hija mía, si tú te vas nos quedarás en duelo.

¿No te quisimos bien?

¿Ya no nos quieres?

¡Quien fué el vil, que atrevido, tu sangre derramó!

E Igaria la besaba y la decía:

—¡Qué será de nosotras si te ausentas!

Y Neska entonces, con palabra débil, así a su amiga dijo:

—Voy con Irko y conforme con mi suerte, porque expiro del modo que él muriera.

Ved, que la dama blanca, da su vida también por los vetones.

—Eso hicieras mil veces; siempre fuiste nobleza y sacrificio,—dijo llorando Igaria.

Y Neska, falleciente, aún la repuso:

—Pude ver la victoria, y la muerte con triunfo es nueva vida.

—¿Y qué haremos sin tí?—la dijo Ama, con suprema ansiedad.

Neska, falta de aliento, sonrió todavía a su nodriza, y su mirada dulce, enviò a Igaria al cesar de vivir.

Entonces las mujeres quedaron desoladas, y regaban con lágrimas a Neska, cuando allí llegó el régulo a ver y a saber más de la heroína, y ya ante su cadáver, admiraba la serena expresión, que en el semblante tenía la doncella que había muerto.

Los vetones tuvieron la creencia de que plácidamente fenecían los elegidos de Eako, y de que esta deidad los enviaba por la noche su luz.

Y cual por elegida de la luna, tuvo el régulo a Neska al saber la dulzura de su tránsito, pero seguía en la duda de quien pudiera ser, y queriendo tener completo informe, dijo a Ama que si Neska era su hija.

Ama le explicó entonces, que sin serlo, por su orfandad con ella hizo de madre, y luego refiriole que su ahijada hubo amores con Irko, y narrò sus andanzas en la guerra, diciendo la invasión de los que de Africa llegaban a las tierras de Vetonia.

Y díjole después, en la tranquila soledad que vivieron; y, còmo en su retiro, supo la muerte heròica de su amado, y también, se informó de la creencia popu-

lar, que por cierto daba el triunfo, cuando ella aparecía en el combate, y que Neska, porque esa alentadora opiniòn general, siguiera siéndolo, procuró desde entonces no ser vista, puesto que tal creencia era en los suyos esperanza y valor.

De su bello caer y de la parte que tuvo en la victoria aquel día, sabía bien el régulo, y queriendo dar honra a la doncella generosa e intrépida, mandó hacer un sepulcro, labrándole en lo alto de un peñasco, para que Neska, allí depositada, fuera cara a la luna, y ni hombres ni cuadrúpedos, pisaran el sitio destinado a sus cenizas.

Y el día después de muerta, la velaron con Igaria y con Ama otras mujeres, y era ya anochecer cuando el cadáver fué conducido al tosco monumento.

Al pasar por la fuente, apareció la luna y reflejó su luz en el remanso que allí formaba el agua, y con sus rayos envolvió los restos de la doncella muerta, como si la enviara una caricia, y así, todos creyeron que había Neska el favor de la diosa de la noche, y al llegar a la roca de el sepulcro, Ama colgó del cuello de su ahijada, un sagrado amuleto, un broncíneo y pequeño escarabajo, insecto que era símbolo en Vetonia, de vida perdurable, y a manera de simple rito ingénuo, fué alabada y plañida a un tiempo mismo por todos los presentes, en extraño desorden prolongado, de loas y de gemidos.

Luego ascendió al sepulcro y en él ganó la paz.

Su nodriza y la hija, a él iban muchos días a llorarla, e Igaria, vió una tarde, que muy próximos, habían florecido unos espinos y como uno hirió a Neska, revivió en su memoria el triste augurio del amor

desgraciado de su amiga, que cumplido fué al fin.

—Espinos,—dijo entonces,—han de ser el adorno de su tumba, y queriendo ofrendarle a la heroína, hizo un ramo de aquellas flores blancas, mas se sintiò espinada en tal faena, y entonces, juntamente, sobresalto y dulzura sintió dentro de sí, pues pareciola grato ser amada aunque amor la trajera sufrimiento, porque al cabo, el amor sería cual bálsamo que curara sus penas, e Igaria a Neska vió morir conforme, porque amante encontró, cabal, hermoso y de constancia tanta, que pensando en su Neska fué a la muerte, y con amor así, se decía Igaria que morir era menos que la gloria de amar.

En estos pensamientos absorbida, ya volvía a la casa, cuando, como una sombra, cerca de ella vió a un hombre.

Tal hombre era Alaíz, e Igaria al verle sintió cual si martillos golpearan su cabeza, y el vaticinio comprendió al momento. La iba a herir insconstancia ¿pero no es el olvido secuela del amor?

«Pues amaré,—se dijo decidida,—porque amar es virtud, y Alaíz acaso más firmeza tendrá que antaño tuvo».

E Igaria, a aquel amante olvidadizo viò a su lado de nuevo, y escuchó sus palabras y supo, que guiando a los de Norba, estuvo en el combate que allí cerca ganaron los vetones, y que otra vez pastor en la comarca, había acertado a verla los días antes y la esperaba cerca de la fuente.

Igaria, mas que huirle, le atrajo, y preguntole, que si aún seguía el amor que hubo en su tierra, y él sin negar, a la muchacha dijo:

—Tu recuerdo impidiò que otro cariño pusiera en el lugar del que te tengo.

De ello quejosa fué la bella Enada.

E Igaria, generosa, oyendo esto le dió amor y perdón.

Y expresivo Alaíz, volviò a decirla su vivo y amoroso sentimiento, y en ella revilcaba el ánimo de gozo, al oirle que ya sería constante, y escuchar las promesas del pastor.

Alguna vez, empero, Igaria puso en duda sus palabras, pero la confianza la volvían otras con que Alaíz con gran vehemencia decíala el cautiverio en que su fuerte voluntad estaba rendida, a la tirana y subyugante mirada de sus ojos, y ponderaba luego la sencillez amable y atractiva que resaltaba en ella, y después la pedía que hubiera fé completa en su cariño, e Igaria al oir tal súplica, recobraba la fé titubeante que en el pastor había, y hacía por olvidar la que auguraba la herida del espino, y al cabo, interpretando tal augurio de modo favorable a su deseo, llegò a creer que la desconfianza que tenía de Alaíz, era el abrojo de su florido amor, por lo que al fin quedose confiada y dió plena acojida a su segunda ilusiòn amorosa, y así vivió contenta algunas lunas, hasta que una mañana, buscando hojas de hinojo llegó muy cerca de unos abedules, y al verlos, el recuerdo de aquellos otros bajo cuya sombra despidiera a Alaíz, vehemente duda la hicieron concebir de las promesas, con que otra vez el mozo la halagaba.

Y en estos pensamientos, luchaba entre su amor y su recelo, cuando junto a unos árboles vió pasar unas cabras, y buen rato después a la cabrera, que

por hablar con Alaíz dejaba vagar solo el rebaño.

La triste Igaria entonces se ocultó entre la fronda, y al llegar la pareja cerca de ella, pudo oir, que su amante, a la pastora también la prometía constancia en el amor, y herida de aquel nuevo desengaño de sí arrancó el cariño al forastero, y aunque luego Alaíz volvió a la fuente, ya no quiso escucharle, y al llegar los días cortos del otoño, él dejó la comarca, y en ella se decía de una cabrera que esperaba a un zagal que no volvía, como antes aguardó también Igaria a aquel mismo pastor.

Igaria esquivó luego el trato de las gentes, y ya solo vivió para su madre, y las dos, cada día visitaban el sepulcro de Neska, vistiéndole de yedras trepadoras, que la peña envolvieron y ocultaron en perenne verdor, que semejaba, unir, cual en abrazo misterioso, a la muerte y la vida.

Y el triunfo de ésta, pregonaron luego los pájaros canoros y pintados, que poblaron de nidos y amores, el follaje tupido y reluciente, que orlaba en todo tiempo aquella roca.

Después falleció Ama, y junto a Neska quiso haber su tumba, y de ella cuidó Igaria a la par que cuidó la de su amiga, y eso hizo mucho tiempo, hasta que allí caváronla la suya, pues al morir con los cabellos blancos, pidió yacer al lado de su madre y así estuvo también cerca de Neska, cuyo recuerdo heróico daba fama al lugar, pues la leyenda de la dama blanca, seguía en la memoria de las gentes, y a ella se unió el caudal de sentimientos, que inspiró la necròpolis ibérica, que con el tiempo, allí llegó a formarse.

Por estos dos motivos, en santuario se convirtió

aquel sitio, y consagrado a Eako, la diosa del silencio de la noche, en aquellas serenas y apacibles, en que la luna llena, se miraba en el charco de la fuente, por ser las de plegaria, reuníase en Brok Eako (1) confusa multitud.

Muchos años tuvieron los vetones de sosiego y de paz, pero los tiempos otra invasion trajeron a la Iberia.

Sufríanse fortísimas sequías en varias zonas de Africa del norte, y no pudiendo subsistir en ellas todos los moradores del grande territorio que dominan las altivas montañas del gran Atlas, a Iberia se mudaron muchos de ellos buscando su vivir.

De paz y en paz, fué aquella llegada de africanos, que sin hostilidad de los nativos, fundaron pueblos nuevos en las costas y campos de la Bética, adentrándose más, según más eran los que venían a España.

Los hubo que decían descender de la Atlántida, y su raza y su lengua los mostraban como gentes distintas de otras gentes llegadas al par que ellos; y aquella inmigración, notoriamente llegò a modificar las condiciones étnicas, que tenían los moradores del sur de la península.

---

(1) BROC EAKO. Según Joaquín Costa, BROC es *fuente* en idioma céltico-español y el moderno nombre geográfico *Brozas* se deriva de este vocablo.

EAKO era, al parecer, el nombre que en Vetonia daban a la luna, y así Broc Eako significa conjuntamente, Fuente Luna o Fuente de la Luna.

El restante país ningún influjo sufrió, ni en sus costumbres ni en su raza.

Sobre todo en la zona montañosa, parecía que no pasaba el tiempo, aunque corrieran siglos, y que la vida aquella era inmutable.

Y en las quebradas sierras de Vetonia, continuaban teniendo el pastoreo de ejercicio común, porque de siempre, su principal riqueza fué el ganado.

Era aquella una tierra que jamás tenía sed, y aun no gozando de abundancia extrema, tampoco en ella conociose el hambre, y el buen vivir y la nobleza innata, atrajeron a aquellas buenas gentes el don inapreciable de una paz, que en larguísimo periodo no tuvo interrupción, y en el que, cual suceso muy remoto, se hablaba de una guerra, que en tiempos imprecisos por distantes asolara el país, y que esa guerra la terminó una extraña dama blanca, que era la protectora de Vetonia.

Mas un tiempo llegó, en que a sus montañas vieron que iban rebaños incontables, que hostigados subían del sur de Iberia, en cuyo fértil suelo, una terrible plaga de langosta devoraba los trigos, deshacía los sembrados y arrasaba la tierra en que caía, y así, para salvar los semovientes, no había otro recurso, que llevarlos a sitios donde hubiera modo de mantenerlos.

Por eso los pastores que llegaban, pedían a los nobles montañeses favor en sus trabajos, y sitio donde estar entre sus sierras, y como a ambas demandas accedían los serranos benévolos, sus comarcas llenáronse de chozas que hacían los acojidos, que al buscar más y más terreno libre, más y más se adentraban en aquellos montuosos territorios.

En estas circunstancias, un pobre matrimonio carpetano, con hijos pequeñitos y guiando un hatillo de ovejuelas, quedó detrás del grupo en que llegó a Vetonia, y perdida la huella de su gente, caminaban bajando de la sierra en incierto vagar.

Los niños tenían ya los pies heridos, y los padres igual de fatigados y sin indicio alguno del camino que debieran seguir, desalentados sentàronse debajo de una encina, y por la sombra de ésta muy inclinada, calculando que ya era media tarde, y no queriendo andar a la ventura, el hombre oteaba (1) el campo pensando hacia qué parte debiera dirigirse, cuando súbitamente, en decisión tornáronse sus dudas y así dijo a los suyos:

—Seguidme hacia el oeste.

Y hacia poniente todos anduvieron.

El padre iba delante y miraba a lo alto, como si del espacio dedujera el camino, y era así, por que había visto cruzarle el negro punto móvil de una rauda corneja, e igual en Carpetania que en Vetonia y otros pueblos afines a su raza, creían que la corneja era ave bienhechora, cuyo vuelo guiaba al que perdido el camino tenía, haciéndole llegar a buen paraje, y el forastero esa señal siguiendo, con los suyos bajó los costaneros campos en que se hallaban, y al torcer por entre unos peñascales llegaron al final de la ladera y estuvieron al lado de Broc Eako poco rato después.

---

(1) OTEABA. Otear. Observar, mirar.

Quizás quiere decir *mirar desde altura* en sentido de dominar mejor, derivando *otear* de otero, que alude siempre a sitio alto.

Allí bebieron agua cristalina, y mientras el ganado pacía por el contorno, buscaba el hombre albergue donde pasar la noche que llegaba, cuando hallò a un viejo y demandole auxilio.

El anciano llevolos a una choza.

—Mi cuidado,—los dijo con afecto,—es cuidar de quien venga a este santuario.

En el corral será vuestro hatajillo.

Vosotros descansad.

Y anochecido, la familia errante allí encontró refugio, y aquel hombre los dijo al día siguiente, que allí podían seguir si los placía, y contentos entonces aceptaron, y hallábanle tan bueno al recordar pasadas caminatas, que en solo pocos días ganaron en salud, y eran los niños que daba gozo verlos, por lo que el viejo, al padre así le hablaba pocos días después:

Ya hizo bien a tus hijos el agua de la fuente.

Yo siempre cuido de que no se enturbie, para que Eako se refleje en ella, pues cuando allí se mira, dónala el beneficio que dimana de su pálida luz.

El carpetano, entonces recordó haber oído, que esa fuente manaba al otro lado de unas altas montañas, que habían nieve en las cumbres y alcanzaban a ver desde su tierra, y que en aquel retiro misterioso, vivió la dama blanca, que decían que salvó en otro tiempo a los vetones.

Por eso la familia carpetana, más admiró el buen sitio a donde los guiara la corneja, y queriendo vivir en tales campos, hizo el hombre una casa y labró al lado un trozo de terreno, que pronto convirtiò en huerta frondosa el agua que manaba de Broc Eako.

El viejo desde entonces tuvo ya compañía, y ense-

ñò al matrimonio y a los hijos a cuidar de la fuente y de las tumbas, y la que había en la roca, toda envuelta por hiedras verdioscuras, los dijo que guardaba a la heroina, que libertó al país y defendiéndole, murió en una batalla memorable.

Al anciano placía sobre manera estar con los pequeños, que el final de la vida se parece a la infancia, y él enseñolos ritos y oraciones, y así cuando expiró, los carpetanos cuidaron de la fuente y los sepulcros, y vieron multitud de romerías, que iban a Broc Eako desde muchos poblados de Vetonia.

Un día llegó a ella un numeroso grupo de hombres de otro país.

Varios de ellos llevaban en alto el brazo diestro, al que filosa envilecida espada, la mano mutiló, y las dos cortaron a un mancebo del grupo, que había buena presencia y la mirada triste y nobilísima

Los hombres mutilados, y varios otros de los que con ellos al santuario llegaban, habían reñido luchas desiguales defendiendo su tierra, entonces invadida por soldados de bruñida armadura, provistos de armas de poder terrible, formando cien cohortes, y mandados allí por los de Roma, que después de engañar a los iberos, buscaban someterlos por la fuerza.

Era bárbara práctica de las tropas romanas, la de inutilizar para el combate, haciéndolos perder la mano diestra, a los que prisioneros caían en su poder, y aquellos infelices mutilados llegados a la fuente, habían poco antes padecido tal castigo terrible, que era primero que eso, honroso sacrificio hecho a la patria.

Otros paisanos suyos consiguieron huir, y algunos

BIBLIOTECA DE CASTILLA Y LEÓN

que la vieron escondidos, con rabia recordaban la escena horrible del feroz suplicio de aquellos sus hermanos, a quienes en el campo de la lucha, ponían el brazo tenso, y al ser horizontal, la hendiente espada de un forzudo sayón, de un solo golpe los cortaba la mano, que a tierra caía muerta, mientras que el mártir infeliz, enloquecido de dolor y de ira, al correr, suelto ya, campo adelante, oprimíase el brazo ensangrentado, nublábase su vista extraviada, y padecía angustias indecibles.

Y al sitio donde estuvo, pasaban a otro hombre, que mudo de terror, viera el horrendo castigo de su hermano, y hacíanle sufrir la misma pena.

Y aquel tremendo acto se repitiò en los que hubo prisioneros, que dispersos después, al ir huyendo daban mil alaridos, y vueltos al de Roma, proferían maldiciones levantando sus brazos, que trochados y fieros, y a la vez dando sangre, extremecían de siniestro terror.

Conterráneos y amigos de las víctimas, salían en auxilio de aquellos desgraciados, y en tanto, los verdugos comentaban con frase cruel y dura, el atroz escarmiento que acababan de hacer.

Empero allí había uno, que estaba impresionado tristemente.

Era él, un legionario, bretón de nacimiento y joven todavía, que había presenciado muchas veces marti-

rios semejantes, pero a quien el descrito le afectó como nunca, al ser testigo del hecho noble del valiente Anai (1).

Este era un carpetano, mancebo hermoso y fuerte, que fué hecho prisionero con un hermano suyo, casi niño, y llegado al suplicio y perdida su diestra, no huyó como los otros, y cuando la fraterna iba a caer hendida, con su izquierda paró el brazo al verdugo, deteniendo su espada, y en bárbaro cartigo de su acción generosa, ambas manos perdiò, sin que tampo-

(1) ANAI. *Hermano* en lengua ibérica.

Este nombre, es raíz etimológica de otros comunes y propios actuales, en variadas y distantes regiones de la península.

En la provincia de Salamanca, ha dado origen al nombre de los pueblos, ANAYA DE ALBA y ANAYA DE HUEBRA.

ANAYA (Anaia) es el femenino de anai y por lo tanto significa *hermana.*

Se ve que Castilla conserva este nombre, casi sin variación en su letra, aunque se haya olvidado su sentido.

En catalán es muy curiosa la evolución, de este vocablo, pues de Anaia, se ha formado Noia o Noya, como en *San Sadurní de Noya*, nombre compuesto que ya hay quien escribe San Sadurín d' Anaia, con lo que este último vocablo aclara su origen ibérico.

De Anai y Anaia, derivan las palabras Noi y Noia, *niño* y *niña* en las que, aunque cambia el valor ideológico que tienen ambas palabras ibéricas, se conserva sin embargo en cierto modo, el primitivo carácter familiar de las mismas.

En Galicia también hay el nombre Noya; y los nombres Noja y Nolla son variantes del mismo.

co, su heróico sacrificio evitara a su hermano más pequeño, la cruel mutilación.

Si el rasgo nobilísimo admirole, el terrible escarmiento estremeció de horror a aquel soldado, que triste y pensativo viò correr a los dos.

La sangre que manaba de los brazos de Anai el valeroso, escribía con rojo su martirio, y conmovía al guerrero, que también noblemente, resolvió que sus armas no se alzaran ya más contra el de Iberia, y acechando un momento favorable, con cautela saliò del campamento, y tomando el camino de una hondura, dejó en ella su arreo de soldado de Roma, y luego, presuroso, buscó a los carpetanos, y los dijo en su lengua que era amigo, y no hubieran temor.

Ellos viéndole inerme, como eran confiados antes que recelosos, dieron fe a sus palabras, y él buscò a los heridos, llevolos a la falda de una loma, y al llegar a una peña, buscó una cavidad que estaba oculta por matojos y arbustos, y haciendo unos sonidos guturales, esperó unos momentos.

Por una especie de ventana alta, practicada por dentro de una cueva que formaban las rocas, primero miró un hombre, y luego dijo:

—Keltio, que me pedís.

—Egoki, amigos traigo, tengan cura y albergue.

Franqueose la entrada de la gruta, y a poco en ella entraron los lisiados, y el dueño, estremecido de ver aquellos tajos tan cruentos, sín perder un instante, buscó estopas y cuerdas con que ligar los brazos de los jóvenes.

Primero atiende a éste que por sus dos heridas se desangra,—dijo Keltio, y a Anai se refería, pero Anai

le rogó, que antes curara el brazo de su hermano, que era más débil que él.

El bretón escuchándolo, otra vez admiró a aquel noble ibero, que al igual que los otros fué curado de primera intención, como en la guerra atajaban la sangre a los heridos.

Ayudaban a Egoki en tales curas, otros hombres y Keltio.

Egoki, que era vasco, y legionario huído del servicio, ignorado vivía en aquella cueva.

Hacía muchos años que hubo amistad con Keltio, y un día que éste cazaba, Egoki (1) que le vió fortuitamente, se descubrió a su amigo y le llevò a su gruta, ofreciendo ocultarle si alguna vez también se decidía a dejar al romano, y en Keltio, desde entonces prendió más vivamente el pensamiento de huir de la milicia en que servía, y cuando presenciara el bárbaro martirio de Anai y de su hermano, pensó en efectuarlo siguiendo a los heridos, y resolvió también acompañarlos a la cueva de Egoki, que era cerca de allí, y en ella misma tener él refugio, en tanto que empezaba nueva vida.

Egoki, Keltio y unos carpetanos que habían salido ilesos de la lucha, por la noche prestaron sus auxilios a los mozos heridos, y apenas comenzò a rayar el alba, Egoki fué a las chozas que había cerca demandando socorro, y siguiéronle al punto muchas gentes, llevando harina, leche y remedios diversos, entre ellos

---

(1) EGOKI. Este nombre significa *convenio.*

un aceite derivado de sagrada verbena (1) y de otras plantas, que a la herida de sangre daba cura con mucha rapidez.

Cuando Egoki volvió, ya no vivía el hermano de Anai.

Los restantes sanaban de sus llagas, mas se encontraban débiles y flacos y la pena que habían de ser jòvenes y verse casi inútiles, amargaba su vida.

Y aún no se habían repuesto, cuando por cerca del refugio en que eran, pasó una vez un joven, manco también por golpe de la espada bárbara del romano, el que hablando con ellos esto dijo:

—Si una mano perdí, me queda la otra, y no he de estar ocioso si se lucha.

—Y yo,—repuso Anai,—si no con ellas, modo habré de ser útil a la patria.

—Todos querréis servirla así que cojáis sangre,—a los lisiados expresó el mancebo,—y si queréis tenerla nueva y fuerte, bebed de los raudales de Broc Bako.

A quien bebe agua allí,—siguió diciendo,—los huesos se le esconden por mucho que le salgan.

Yo de ello puedo daros testimonio, pues sané por que allí busqué mi cura.

—¿Donde es tan buena fuente?—Keltio preguntó al joven.

---

(1) VERBENA. Las diferentes especies de verbena, a más de simbólicas, eran plantas de las que se sacaban productos curativos y hoy mismo se usa en la fabricación de licores estomacales la verbena olorosa o hierba luisa.

—Bastante de aquí dista,—éste repuso,—y es preciso pasar unas montañas que en el mismo verano guardan nieve; y después va el camino dando vueltas, por cabezos y umbrías.

—Vamos a Broc Eako—dijo Anai a los suyos.

Mejor que nuestras lenguas, nuestras llagas dirán a los de Iberia, que el extranjero a someternos viene, y a las gentes que hallemos, conveniente será mostrar los brazos, para que a su amistad no se confíen.

—Yo seré vuestro guía,—los dijo el joven manco,—porque ya sé el camino que ha de andarse.

Y vos venid también en nuestro grupo,—pidiole Anai a Keltio,—pues vísteis la crueldad de los de Roma, y podréis relatar nuestro suplicio.

—Con vosotros iré;—Keltio repuso—y todos desde tierras carpetanas emprendieron su marcha hacia Vetonia.

Su paso por los pueblos, era pregòn de guerra que enardecía al país.

Keltio explicaba en todos, la ambición insaciable de el de Roma y el martirio de aquellos infelices.

Y al hablar, elogiaba la heróica acción del doblemente inválido y su fraterno amor, y así, en aquella marcha, no pocos los seguían y auxiliaban y todos los miraban como a héroes.

Keltio, al llegar a tierras de Vetonia, notaba que las gentes decían palabras celtas incorporadas al idioma ibérico, y en aquellas barreras montañosas, creía ver una raza, de costumbres en algo semejantes a las de Keltia su país lejano.

Y agradábale mucho la manera como los montañeses eran acojedores, pues siempre acompañando a los inválidos, subieron los estrechos vericuetos hasta ser en la altura de las cimas, marcadas con las nieves perdurables, y luego, en las bajadas de la sierra, lo mismo los guiaron hasta llegar al campo deleitoso, donde se hallaba la sagrada fuente.

Fué la llegada, un día, de esos claros y fríos que manda primavera, y en las inmediaciones de Broc Eako había muchas personas, que aterradas, vieron aquella extraña procesión de lisiados infelices, a los que aquel camino tan penoso, hizo mayor el vivo sufrimiento que los salía al semblante, y una honda pena conmoviò al concurso, al ver a tantos jóvenes con la mano cortada, y pronto se acercaron a ofrecerlos víveres abundantes.

Y en el corro, que en torno de ellos se hizo, se vió luego a un anciano con extraño indumento, cual sacerdote que era de aquella primitiva religión de Vetonia, quien rígido y solemne, se acercó a preguntar a los lisiados el motivo de sus mutilaciones.

Anai se le explicó en pocas palabras, y el régulo de Neila que le oyera, llevósele con él, e igual a Keltio, y a todos los restantes acomodó con gentes de su tribu, que habían ido a la fiesta que se iba a celebrar.

Y comenzó la noche, y su tiniebla a todos envolvía, y todos esperaban silenciosos que saliera la luna, y cuando ya fué ésta en el espacio, encendió el sacerdote un gran montón de leña de ramaje, puesto en torno de un palo que había hincado en el suelo, y pronto se elevaron a la altura las llamas rojas de

una ardiente hoguera, cuya oscilante luz y la tranquila del astro de la noche, una escena fantástica alumbraban, pues todos los presentes daban vueltas en torno de aquel mayo (1) haciendo al par extraños movimientos, unas veces pausados, rápidos otras, luego más veloces, para volver a lentos y acelerar el ritmo nuevamente, según le regulaba un canto religioso, que todos entonaban a la luna.

Y en él, pedían a Eako, que los peligros de la noche negra sus rayos disiparan, que su faz asomara al esconderse el sol tras de los montes, y que al hacer camino con estrellas los enviara su luz.

El cántico tenía fervores de plegaria, expresiones de humilde acatamiento, petición de favor, y con rudeza, al astro relatábanle sus cuitas, en tanto que la luna, llena y clara, navegaba esplendente en el vacio, buscando las alturas del espacio.

Por fin, el sacerdote que miraba en la fuente refle-

---

(1) MAYO, en este caso expresa hoguera.

En la provincia de Salamanca se llaman mayos a las fogatas que se encienden en la noche de San Juan.

Cuando las hogueras se quería que levantaran mucho las llamas, se ponía la leña alrededor de un palo alto, y quizá por eso se las llama mayos.

Estos regocijos públicos han dado carácter cristiano a otros antiquísimos actos religiosos al par que festejos populares, del modo mismo, que la fiesta de la Cruz de Mayo ha cristianizado otras anteriores festividades paganas, que tenían efecto cabe un *maio*, celebrando en su torno con danzas y alegrías la nueva llegada de la primavera.

Maio, acaso en lengua ibera diga árbol.

jadas las luces del planeta, puso en alto las manos, y al momento cesó el extraño cántico, y a mil ojos atrajo su figura hierática, y su rostro, al que daban luz y sombra los reflejos de aquellas amarillas llamas movibles, llamas oscilantes, que en momentos ardían fuertemente, y en otros se quedaban mortecinas como si ya aquel fuego se extinguiera, y Keltio (1), que atentísimo observaba a sacerdote y fieles, creía recordar esas nocturnas y extrañas ceremonias, pues al ser de la céltica Bretaña, aunque saliera de ella casi niño, eran en su memoria otras danzas rituales, parecidas a aquellas que veía practicar en aquel claro del bosque, rodeado de robles corpulentos cuyas copas, la luna contorneaba con sus reflejos fríos, y la acciòn, y el lugar que era sagrado, y aquella hora propicia al misticismo, de consuno dejaban en el alma un extraño temor.

Seguía el sacerdote siempre junto a la fuente, y a un signo suyo, el régulo de Neila le llevó a los mancebos mutilados, y el oficiante mismo, diolos agua, lavolos las heridas, y así los dijo, con acento grave:

—Belenno os mire, y que la clara Eako la salud os devuelva.

Seguid en Neila en lo que os sea provecho; bebed el agua de esta santa fuente.

No os ausenteis mientras la hoguera dure.

Id luego con el régulo y él os atenderá.

Apenas esto dijo, volvió a regir la fiesta religiosa, y a su palabra fuerte, conjuraba los males variados, que del calor al frío padecían los hombres, las va-

(1) KELTIO, esto es, celta.

cas, las ovejas, y a los conjuros contestaban todos con un jijeo (1) extraño, que quebraba el silencio de la noche y devolvían los ecos, que según sus creencias, eran voces que profería Maimón, quien de contínuo con las fieras luchaba, y cuando el mayo al fin llegó a apagarse, terminó aquella fiesta religiosa, y a la luz, aún brillante de la luna, por distintos caminos se dispersó la ingente muchedumbre.

Por el de Neila, al régulo seguían, el celta, los inválidos y Keltio y más que imaginaban, el jefe proveyó para sus huéspedes, que en Neila residieron varias lunas, para beber el agua de Broc Eako, y así, bien atendidos, y haciendo su camino diariamente del poblado a la fuente salutífera, a su placer vagaban por cerros y por valles, y habiendo buen patrón, que a sus cuidados aunaba cortesía, en corto espacio parecieron otros, y al subir a las cimas pedregosas, conocían ganar fuerzas, y notaban que aquel aire serrano, oreaba su piel, e iba secando sus recientes heridas.

Un día, hasta la fuente, fué con ellos el régulo.

Llegaron a aquel sitio con la fresca, y a tan temprana hora, allí acudían tórtolas, jilgueros (2) y otra

---

(1) JIJEO. El jijeo es grito colectivo, inarticulado y de expresión jubilosa comunmente.

Acaso se jijea en parte de la zona del Oeste de España, desde que los celtas expresaran así conjuntamente sus alegrías y otros sentimientos.

(2) JILGUEROS. Este nombre alude quizá al canto de este pájaro, como alude a su plumaje multicolor su otro nombre regional *colorino*.

volatería que iba a beber y luego a solazarse en tal paraje alegre, y viendo que llegaba un grupo de hombres, las tórtolas huyeron asustadas y otros pájaros fueron a ocultarse en las yedras, que orlaban todavía la roca donde Neska hubo el sepulcro, y al reparar en el adorno bello, siempre vivo y perenne, que semejaba rodear la piedra en un abrazo estrecho y amoroso, el régulo los dijo, que en lo alto del peñasco, decía la tradición, que descansaba una doncella valerosa y noble, que en día de peligro dió su vida por salvar a los suyos.

La narraciòn que el régulo los hizo de los hechos de Neska, tenía la poesía de una leyenda heróica y sugestiva, que enseñaban los padres a los hijos, y como referida fué mil veces, todos la conocían en la comarca y las gentes miraban con respeto el monumento rústico y sencillo, y creían que la planta trepadora, mantenía cerrado aquel sepulcro, que nunca debía abrirse, y ni una sola rama cortaban de la yedra reluciente, que orlaba con su verde aquel peñasco.

Todos oían al régulo con marcada atención y más el celta, quien cotidianamente observaba el país, y notando que había muchas personas de blanquísima tez, de pelo rubio y pupilas azules, le parecía que hallaba semejanza, entre su propia raza fuerte y noble, y la de aquellos montañeses francos, y al régulo pedía noticias de aquel pueblo y también, de los otros más distantes que vivían en terrenos de Cantabria; pero el régulo solo pudo decirle, poco, de su tierra, a la cual los vetones se hallaban apegados tan fuertemente como las encinas, que hundían en el terreno

sus raíces, en fortísimo abrazo con la madre común, e igual que esas raigambres en el suelo se ocultan hondamente, se escondía el origen de la estirpe vetona en un ayer profundo y lejanísimo.

Otro día que fueron a la fuente, oyeron un mugido que venía de la entrada del bosque y a poco vieron cómo, salía de él un añojo pelinegro, que llegando hasta un charco que allí había, humillando el testuz bebió un espacio, y después, levantando la cabeza mostró su hermosa lámina.

—Este ya se defiende de los lobos—dijo el régulo viéndole.

Y luego añadió así:

—Maimón le guarde.

—¿Quién es Maimòn?—al punto dijo Keltio.

—Maimòn... Maimòn...—el régulo repuso, como reconcentrando el pensamiento—, Maimón fué un rey venido a nuestras tierras, desde otras tierras, que jamàs supimos cuales pudieran ser.

Entonces solo cabras y ovejitas pastaban estos campos, y el lobo las mataba de contínuo.

Maimón, que perseguía a las fieras y monstruos, al saber de las muchas alimañas que aquí a los moradores afligían, una vacada trajo, que fué la primitiva que hubo en este país.

Y los valientes toros, más fuertes que las otras fuertes fieras, las daban muerte al acercarse a ellos.

Por eso en los caminos, muchas veces se ven toros de roca, que espantan a los lobos.

—Algunos toros de esos hemos visto—el celta dijo entonces,—mas dijeron que guardan a los muertos que cerca de ellos yacen.

—Y al mismo tiempo ahuyentan a las fieras, que temen a los toros, porque saben que siempre dan la cara,—el de Neila repuso.

Keltio volviò a decirle:

—También osos de piedra hemos hallado.

—Sí;—contestole el régulo,—porque el oso nos guarda las cosechas, de pan, y de otros granos, que el jabalí voraz busca y destroza.

Por eso en los trigales ponen osos, puesto que al oso esquivan, los animales que devoran trigo.

Sabía Keltio que Céres los campos protegía, mas antes nunca supo, que los osos guardaran los sembrados y tuvo esa creencia por mucho más antigua que el mito de la diosa mencionada, y no creyó que fuera su origen oriental, sino del norte, y así volvió a pensar en que era dable, que existiera un lejano parentesco, que alcanzaba a norteños, a vetones y a otros pueblos de Iberia.

Pero Keltio también había observado que igual que osos y toros, había cerdos de piedra de granito, y al de Neila pidió que le explicara qué simbolismo habían.

—El cerdo,—dijo el régulo,—destruye las culebras venenosas.

Este país se vió plagado de ellas, y personas y bestias, en gran número, perecían picadas de esa sorda serpiente que abate al bravo toro, y por ello Maimón trajo los cerdos, que en los terrenos donde se refugian, buscaron a las víboras dañosas y limpiaron los campos de reptiles.

Keltio, con los romanos había recorrido el sur de Iberia en donde perduraba todavía, la tradición

del fabuloso Hércules, cuyo mito llevaron hasta Gades las antiguas colonias de fenicios, que allí se establecieron; y en Maimón encontraba el mismo símbolo de admirado poder, y el antiguo soldado del ejército que era brazo de Roma, deducía que el mundo es de la fuerza, y que en todos los tiempos, la admiran, y aún se rinden a su influjo los pueblos y los hombres.

Y Keltio ya creyó, que toros, osos, y toda la otra fauna litolátrica, que había en el país, representaba el culto que rendían los vetones al valor y a la fuerza, y que acaso los toros y los cerdos, también simbolizaban la riqueza pecuaria de Vetonia.

Mientras hablaron lo que queda dicho, empezó un aguacero, que pronto convirtióse en granizada, y guarecidos junto a unos peñascos, miraban desde allí cuan fuertemente las piedras deshojaban a los árboles.

—Mal para el campo,—Anai dijo a los otros.

—Pero viene con ruido,—hablole el régulo, y terminó diciendo esta sentencia:

—«Líbrate de los daños sigilosos».

—Librémonos del hombre,—dijo Keltio.

Yo cuando fuí soldado, ví que al pasar la guerra, quedaba el campo lleno de difuntos, como ahora queda de hojas que a las plantas el granizo arrancó.

Y los hombres de todos los países, siempre hallarán motivos de discordia que interrumpan la paz.

La posesión de un trozo de terreno, desavino mil veces a las tribus, pues vecindad lo mismo que concierta buena unión muchas veces, otras querellas

causa, y en la guerra, más grande es el estrago, cuanta es más la ambiciòn.

Puedo hablaros como hablo, porque no soy de Roma, aunque soldado de ella muchos tiempos a la fuerza haya sido.

—Larga experiencia habréis sobre la guerra,—a Keltio dijo el régulo.

—Sí, contestó el bretón.

Yo luché en Zama, donde hundióse la fuerza de Cartago y la de Roma se elevó triunfante.

—¿Y qué juzgais mejor para los pueblos,—interrogó el de Neila,—que hayan poder, o que antes que ser fuertes busquen sabiduría?

—Primeros que sean buenos, pues sabio sobre todos, es quien sabe hacer siembra de bienes, y esa debiera ser labor primera, que ninguno excusara,—dijo Keltio y después siguió hablando:

—En la cadena de oro, que enlaza a los que fueron, con los que en vida son, y los que vengan al correr de los tiempos, el cuidado del viejo ya caído, la previsión que tuvo, es bienestar de los que de èl descienden.

El que antes de dormir el sueño último, a los suyos dió enseño provechoso, inculcó la honradez, legó sapiencia, y de estos y otros modos semejantes los trazó su vivir, con esas obras él mismo diose vida, porque no muere el bien, y quien le enseña, vive en sus buenos hechos.

Mas el mal, sigiloso nos persigue, y siempre hay que temerle, pues su raíz se hunde y se afianza en nuestra condición, que por humana de suyo es miserable; pero menos será mientras hagamos por practi-

car el bien, que es su remedio, y sin morir se tiene muerta el ánima cuando domina el mal, puesto que es éste especie de veneno del espíritu.

La vida tiene muchas amarguras.

Necesarias son unas, que la tierra es camino de abrojos casi siempre, y los dolores nobles nobilizan, y el dolor que sublima es dolor santo.

Tal el que sufre Anai.

Pero hay también especies de dolores de grado bajo y torpe, que nacidos del mal, de mal son siembra, y estos producen lágrimas que riegan las miserias de la vida, con llanto que no sirve de remedio.

Lobo es para los hombres sus hermanos, el que a otro hermano daña en su persona u honra, y el que a sabiendas cáusale perjuicios, y no obra bien el que no evita males, si evitarlos pudiera, porque es obligación ser generosos y de intención benigna.

¡Cuanto mejor que reparar un daño, es impedir que el daño se realice! y basta muchas veces para ello, tan solo una advertencia, un consejo oportuno o bien otra manera oral o activa de buena voluntad.

Esto hay que repetirlo muchas veces.

Tantas y tanto tiempo, como sea necesario para que se obre así, y para que venza la buena condición a la más baja que también tiene el hombre.

En el orden humano es cada uno como hoja que ha brotado de la rama, de un árbol perennal y corpulento, y de él es parte el tiempo que le adorna, y aunque de él la hoja caiga, el árbol queda, y otras nuevas le brotan de contínuo y en sí y en otros árboles surgidos de su oculta raíz, sigue el follaje.

Y es el árbol humano, árbol excelso, que sus bro-

tes difunde por la tierra, y que hunde sus raíces escondidas, quien sabe en qué insondables orígenes remotos; como tampoco puede imaginarse, por qué tiempos larguísimos ha de seguir la vida de la especie.

Aquí el régulo dijo:

—Corta en cada uno es; ya llego a viejo y conozco sobrado, que la mía a su término avanza poco a poco, pero ahora que mi vista va cansándose, es cuando veo mejor lo que es la vida, y en algo se me aclara el gran misterio, lleno de variantes y de fines, que es el paso del hombre por la tierra.

Y en la edad que ya alcanzo, a mis recuerdos uno las memorias, que oyera de los labios de otros hombres, que eran ancianos cuando yo era niño y referían historias acaecidas cuando en el mundo estaban sus abuelos.

En nuestra misma tribu vivía el viejo Ikartu (1), que por ser estudioso, fué el más sabio que habitó en nuestra sierra.

De su boca aprendí diversas cosas, y todo cuanto dijo, tenía tanta enseñanza, que causaba placer el escucharle.

Él me explicó las leyes y los usos, que a nosotros llegaron transmitidos, cual precioso depósito sagrado por nuestros más remotos ascendientes, cuya memoria arranca de los hombres primeros, que vivieron en la tierra.

Y hablando de eso Ikartu, muchas veces nos dijo:

—De donde viene el sol vino la vida.

---

(1) IKARTU. Palabra vasca. Significa escudriñar.

Nuestra raza, siguiéndole en su curso, sus hijos fué dejando desde oriente, hasta que aquí llegó.

Por eso, hermanos nuestros, besa el sol cuando nace, cuando más alto se halla y cuando se hunde al fin, y su luz muere, dando paso a la noche.

El camino del sol, fué el gran camino que a prueba puso a aquellos, que anhelosos siguiéronle en la ruta, que Belenno recorre en el espacio.

Unos pronto cejaron, y bien cerca de oriente están sus hijos.

Los que a mediar llegaron su carrera, habitan en las zonas encantadas, que en medio de la tierra el astro mira.

Allí comienza un mar azul y undísono, y en sus riberas rubias, se asentaron innúmeros viajeros, que fundaron hogares numerosos, y extendieron su raza por páramos, por valles y montañas, cercanos a sus costas.

Otros, del mar llegaron hasta el confín de la lejana orilla, y en poniente vivieron, pues desde el mar pasaron a las tierras donde el naranjo crece, y a aquellas donde cimbra airosa palma, y a las que en sí sustentan los olivos igual que en el oriente, y a otras pobladas de empinados pinos, y a las secas y rojas donde viven el roble y las encinas, y en largo caminar, al fin llegaron a divisar, envueltas entre nubes, las cumbres blancas de esta sierra nuestra, que semejaba un ara, que mil pueblos, podían mirar en torno de su altura.

Aquella tribu, en su azaroso viaje, túvose varias veces por perdida, ya en el mar proceloso que surcaron, ya en sus marchas larguísimas, por tierras

que cierran montes foscos, y que atraviesan ríos navegables, y estaba ya cansada de andar mundo a costa de trabajos y éxodo contínuo y fatigoso, cuando llegó hasta aquí.

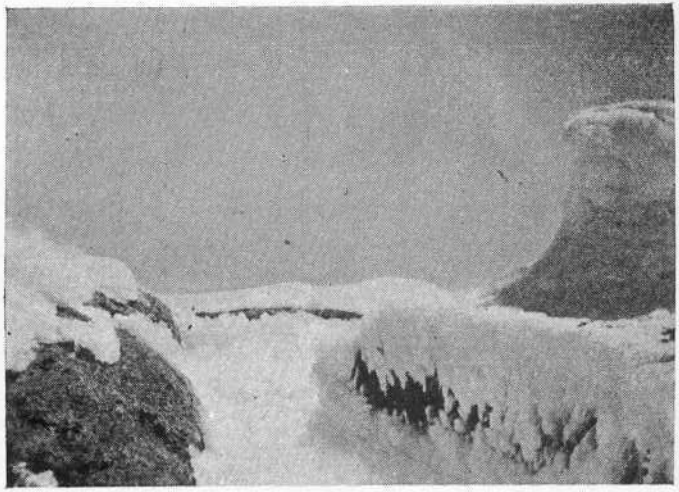
Y contome el anciano que os he dicho, que hallando en estos campos tierras de paz, con pastos abundosos, agua corriente y pura, leña por todas partes, y buen modo de vida, la eligieron por patria, y como de las sierras pedregosas, veían que bajaba la abundancia que reparten las aguas por los campos, creyeron y creemos, que en sus cimas pone Eako la nieve, y que Belenno luego la difunde en fuerza de calor.

Y fué la sierra ya, lugar sagrado para nuestros lejanos ascendientes, y a ella mira de entonces nuestra raza, cuando a lo alto lleva el pensamiento, que porque es casi siempre por lo bajo, de ordinario en lo bajo se sujetan intereses pequeños, que la idea le impiden que levante lo que puede subir.

Por eso los vetones primitivos nos legaron el culto a la montaña, como símbolo de esos ideales en los que el hombre olvida la rudeza de la ordinaria lucha por la vida, aspirando a otro modo de vivirla, que sea por más humano, más sensible a los males de los otros, más limpio de flaquezas y egoismo.

Quien tal siente, ya eleva su propia condición al mirar alto.

La sucede algo así, cual cuando el ave que vive en la soledad, vé la bandada que levantó su vuelo, y hasta ella asciende rápida, y se suma a las aves que la forman, con ellas se remonta hacia la altura, y ávidas todas buscan un más allá mejor, que en ellas vive, porque anhelo es principio de las cosas, y antes



SIERRA DE BEJAR

NIEVE EN LAS PEÑAS

(Foto Francisco Miralles).

que el hecho sea, le tiene que engendrar el pensamiento, que es el gran creador.

Y una cifra de anhelos, infinita, incesante y variada, que los que viven sienten, y realizan o nó, pero que informa su pensar y su acción, y que desde ellos pasa a vivir en otros que los siguen, en forma igual de empeño de mejora de la vida común; esa es la senda, sinuosa y enigmática, por donde el hombre va en todos los tiempos.

Y es su fé la que alumbra sus destinos, que por ley de la vida, se dirigen también hacia la cumbre del bienestar humano.

No ha de llegar a ella sin desandar camino en ocasiones, porque el error nos guía muchas veces y ciega nuestra marcha, pero al fin, en la altura está el progreso, y quizás al subir hacia su cima, otra más prominente descubramos, a modo de otro empeño de nueva perfección.

Y día ha de venir, en que el hombre ame más a los hombres, en que el dolor vitando, en lo posible evitado estará, y en que ascendida a donde nunca estuvo, la humanidad será como familia formada por mil pueblos diferentes, a la que aporten por distintos modos, unos su ilustración, otros su esfuerzo, otros arte sublime, y en provecho de todos se difunda el bienestar que emane de la ciencia.

En tal gran hermandad, para que el hombre aprenda lo que sepan en paises distantes del que habite, no será menester andar el mundo y observar sus costumbres, sino que hombres habrá, que aprisionando las ideas en trozos de escrituras, en donde ellas terminen por signarse, será igual, que si a quienes las leyeren,

hablaran sabios que a ellos descubrieran los misterios profundos del espíritu, y sabrán de otros hombres, que vivieron predicando ideales de humanismo, y diranlos también, que igual los hubo que en su simple sentido de la vida, no hubieron más cuidados que vivirla con pan y sin tenerlos.

Y como esos escritos han de decir de todos los paises, contándonos sus hechos más notables, y dejando memoria de los versos que hicieron sus poetas, y de a donde llegaron también en otras artes y en las leyes, escrito quedará lo que en el tiempo ande la vida humana, y también las costumbres y los usos que haya cada nación.

Anai preguntó entonces:

—En los tiempos futuros ¿han de vivir en paz todos los hombres?

A esto repuso el régulo:

—Difícil ha de ser quitar la guerra.

Anai dijo a seguido:

—Pues si en la vida dura la discordia ¿qué ventajas habrá con el relato de los horrores que la guerra causa?

Y el régulo, que había mucha experiencia, expuso estas razones:

—Vemos que son los días claros y oscuros, fríos en invierno, varios en temporadas diferentes, y de calor y largos en verano.

Y conjeturo de ello que la vida es igual.

Además, cada día que vivimos, tiene afán semejante al que tuviera el día que pasara, y el que mañana alumbre, semejante a los dos habrá de ser.

Lo mismo son las vidas de los hombres.

En las mismas edades tenemos parecidas aficiones, parecidos trabajos, y si bien se repara, poco se diferencian unos de otros en el vivir de todos, pues que vemos idénticos motivos para males y bienes en abuelos que en nietos, y al sucederse las generaciones, al igual en los hombres se suceden los vicios y virtudes, la armonía y la discordia, y son males y bienes patrimonio común.

Mas quizá todo el tiempo que el sol luzca llegue a ser necesario, para que los humanos, que son los seres que han inteligencia, lleguen a comprender la tan sencilla razón, que nos enseña que el gran bien es ser bueno, y la paz premio de ello inestimable, y que la paz quebrantan las diversas especies de malicia, que de manera igual que entre los hombres, prodúcense en los pueblos, que al ser enemistados, enfrentan y enemistan a individuos, que ni jamás se vieron, ni tuvieron motivo de querella.

Y si ésta por la fuerza se dirime, se mezclan y confunden dignidad con orgullo, y se tiene por bien cuanto va en daño del otro litigante, quedando subvertido el sentido moral por todo el tiempo que la paz se rompe, puesto que en lo que dura la discordia, se tiene como mérito el daño más o menos regulado que se inflige a otro hombre, buenos se llaman los nefastos hechos, el mal se hace virtud y en consecuencia se prepara otra siembra de desdichas.

Mi vejez,—siguió el régulo,—tanto me ha comprobado lo que digo, que llego ya a creer, que a la manera que habemos muchas veces ceguera de los ojos, hay otras que oscurece nuestra mente la ce-

guera moral, y es ella causa de infinitas rencillas y trabajos, y ya que aprender poco cuesta mucho, sería razón, que a modo de base y fundamento de la ciencia, se enseñara a los hombres a ser buenos, que el bien obrar liberta el pensamiento de enojos y temores, y habiéndola más libre, más clara habrá de ser la inteligencia.

Antes que sabio, bueno procuremos al hombre.

Por ello el lazarillo de la ciencia, debiera ser el bien.

—Esa opiniòn os dí cuando empezamos esta conversación,—el celta dijo,—aunque es lo cierto, que la ciencia misma no podrá separar bienes y males según ellos están entremezclados, y a un tiempo mismo, arraigan y dominan igual en las personas que en los pueblos.

Y el bretón a seguido refiriolos:

—Cuando a Roma llegué desde mi patria, admiraba la gran magnificencia de la sin par ciudad.

Aquellas calles amplias y larguísimas, flanqueadas por templos y edificios tan bellos y suntuosos como nunca soñé; el movimiento y vida que encauzaban; el desfile contínuo de vehículos en los que deslumbrantes de riqueza veíanse a las damas principales; el paso de milicias aguerridas, con arreos marciales y esplendentes, que a la par que alegraban la ancha vía, daban idea del poder terrible que tenía la república, hicieronme creer que en Roma estaba la gran civilidad que habia en el mundo, y era Roma el modelo de ciudades que debían imitar todas las otras.

Empero luego ví, que en la gran urbe había mucha

miseria, que resaltaba màs en aquel marco de abundancia y de lujo.

Pobres madres famélicas y astrosas, pululaban por plazas y por calles, y en la opulenta Roma, había también legiones nutridísimas de tristes desgraciados.

Primero tuve compasión de verlos.

Después, como eran tantos, conocía que cambiaba a indiferencia lo que antes era lástima.

Pero la indiferencia ante el ajeno mal, ya es una culpa.

Indica que se afloja el lazo que nos une a nuestro prójimo, y quise detener en sus principios esa relajación del sentimiento.

Y gasté los denarios que tenía, socorriendo a infelices indigentes, y al mismo fin guardelos una parte del pan que me asignaban.

Pero Roma es tan grande, que a muchos dí limosna una vez sola, pues no volví a encontrarlos.

Y poco tiempo luego, el ser extraño a todos los que hallaba, apagaba en mi alma los impulsos, que sentía, de auxiliar a tales pobres.

Y en ese mal, veía la consecuencia de la mucha grandeza de aquel pueblo.

Nadie en él sabe del que va a su lado.

Es seca, con exceso, la vida de esa urbe tan famosa; allí no sale casi nunca al alma la alegría de hallar a los amigos, y la gran multitud con que te encuentras, es cual si te encontraras ante enigmas vivientes, que circulan en todas direcciones, a tí llegan, se cruzan y se alejan, y de su breve paso al lado tuyo, no queda más recuerdo, que el que quedan las

aguas del río Tíber cuando pasan por Roma hacia la mar.

La vida de mi aldea había más jugo.

Allí, si nó parientes, conocidos o amigos eran todos.

La muerte de un vecino, a todos congregaba en su morada, y esa desgracia y otras, afectaban al breve vecindario, que se unía en un solo sentimiento, porque allí los afectos no se esfuman, concentrados cual son, entre un escaso número de familias, que siempre participan de las penas que afligen a los otros.

En las grandes ciudades, ni aún se sabe del bien o el mal ajeno excepto en las personas de amistad o familia, y las gentes que tienen viviendas inmediatas, con frecuencia parecen que residen muchas millas distantes de las gentes que moran a su lado.

Y a la par que circulan por los cosos opulencia y miseria, también se muestra el vicio por las plazas, y es allí como mal irremediable, acaso porque tiene más arraigo, cuanto más populosas son las urbes.

Había empero en Roma un ansia de grandeza colectiva, que dominaba todo lo vitando que tenía la ciudad.

El anhelo de hacerla soberana del mundo, era afán de patricios y plebeyos.

Y Roma, siempre alerta, después que se hizo dueña del Oriente, de contínuo observaba, recelosa, el poder que tenían los de Cartago en la tierra y el mar.

Y buscando humillarle, disponía sus tropas y sus

barcos, y sin cesar mandaba sus cohortes (1) a la tierra africana.

Yo fuí con mi legión, cuando llevaba muchos años morando junto al Tíber, y había ya recorrido toda Italia.

Transcurrido el verano, embarcamos en Ostia un claro día, recien entrado otoño.

Nunca estuvo el Tirreno más terso, ni le vieron más azul y apacible.

No empañaba los cielos una nube, ni sentimos el soplo de la brisa; por ello nuestro barco, a fuerza de remar salió del puerto, y en mar libre reuniose a una gran flota, que a Sicilia hizo rumbo, avizorando siempre los marinos por si vieran naves enemigas.

En las costas isleñas hubo más precaución, y en el estrecho fué peor el viaje, mas hubimos ventaja en que ya el viento comenzaba a moverse, y entonces los bajeles, extendidos los lienzos de las velas, más rápidos cruzaban sobre el piélago.

Atrás quedaba Italia cuando el aire cambió, y el del oriente soplaba con tal furia, que a velas recogidas, las olas empujaban nuestros leños, cual si quisieran desviar la ruta que llevaban las naves.

El mar antes tranquilo, levantaba sus aguas agitadas, que azotaban las proas de los barcos, mientras que dentro de ellos, con esfuerzo violento y persistente, luchaban los remeros al unísono queriendo

---

(1) COHORTE. Las cohortes eran respecto a la legión, lo que las compañías a los actuales regimientos.

Cada legión se componía de diez cohortes y sumaba aproximadamente cinco mil soldados.

dominar el oleaje, y resbalando sobre el mar bravío, la flota fué acercándose a las vecinas costas africanas.

Allí más prevención se hizo precisa.

Los barcos de Cartago eran veloces, como otros no cruzaban el mar Medio, y de cualquier caleta o sitio análogo, podían salir de pronto a combatirnos.

Por eso, los bajeles marchaban como en orden de batalla y apercibidos para sostenerla, pero nada ocurrió.

Por fin llegamos a una rada oculta, y allí desembarcamos los soldados de las tropas de tierra, y guiados por guerreros nativos del país, hicimos marcha, llegando sin tropiezo al campamento que tenían los de Roma.

En él se trabajaba con ardor sin igual.

Los centuriones, de contínuo instruían a las tropas en varios ejercicios militares.

Arqueros escogidos, pasaban todo el día disparando las flechas, a diversas figuras colocadas a desigual distancia.

Las máquinas de guerra se ensayaban, para que funcionaran sin tropiezo los ingenios mortíferos.

Los jinetes corrían en sus caballos, y a carrera tendida, sus armas esgrimían adiestrándose en el manejo de ellas; y Escipión mientras tanto, cautamente, pactaba con el jefe de los númidas, y cierto de su ayuda, vigilaba los movimientos del opuesto ejército, calculando su fuerza; y sabiendo que Aníbal disponía de muchos elefantes, buscaba la manera de batirle, y esperaba los últimos refuerzos que había de haber su hueste.

Estos al fin llegaron desde Iberia, donde Escipión estuvo gobernando con poderes de Roma, y de Iberia también formaban tropas en las filas de Aníbal, obligadas por él, a ir en su auxilio, en la campaña de Africa.

De tal guisa, los dos dominadores que iban apoderándose de España, al hispano alistaban en su ejército, y en lucha tan distante de su tierra, le hacían seguir su empresa y dar su sangre, enfrentándose hermanos con hermanos; que es visto muchas veces, que en la guerra se busca la victoria, aun hollando el derecho y la justicia, y el sumo fin de Roma y de Cartago, era vencer, aunque para ello hubiera que sembrar de dolores y de lágrimas el mundo conocido.

Y un día, nuestro ejército, buscando al enemigo, le avistò en las estériles llanuras donde Zama se asienta.

Como sierpe monstruosa, escamada de hierros destellantes, amoldando al terreno sus vértebras disformes y prudente en su marcha, pasaba nuestra hueste formando fila tal, que al tiempo mismo andaba por los altos y los hondos, y de cabeza a cola ocupaba cañadas y colinas, dejando como marca de su paso, el suelo removido, y levantada una nube larguísima de polvo, y a la par, por los aires, también rodaba el ruido de tanto hombre de guerra, que marchaba a tomar parte en la lucha, y cuando al fin enfrente se encontraron Aníbal y Escipiòn, y era inminente el comienzo de aquella gran batalla, un silencio solemne y expresivo, se produjo en el uno y otro ejército, y yo ví bien de cerca, que viejos legionarios de probado valor, que muchas veces pelearon en lides empe-

BIBLIOTECA DE CASTILLA

ñadas, temblaban de emoción y habían el rostro marcadamente pálido.

Igual ellos que yo, quizá pensaban en el país lejano en que nacieron, y en trance de la fiera horrible lucha, recordaban los campos de su tierra y también a los padres y a los hijos, que allí lejos quedaron, y a quienes nunca más tal vez verían.

¡Qué chica pareciome en aquel punto la grandeza de Roma, hecha sobre la ruina de otros pueblos, falta de medios propios de riqueza, y forzada a buscarlos, sojuzgando de nuevo territorios, y aumentando su ejército, con hijos de otras razas sometidas a su rapacidad!

Por grande tuve entonces la vida de mi aldea, que por ser pobre, no era conocida, y disfrutaba paz inalterable.

En ella apenas eran discernidas las leyes y derechos, mas el ajeno todos respetaban, y se pisaba en la mullida hierba, en vez de sobre el suelo artificioso de las vías de la urbe, y a cada paso hallábamos amigos, aunque no se encontrara, como en Roma, a tantos encumbrados personajes, cuya principalía, a mí, por extranjero, érame indiferente en el caso mejor.

Esto hablando de aquellos caudillos y jerarcas, que regían la república, a los que por ser de ella legionario me hallaba sometido, mas quienes sobresalgan por su ciencia y virtud, merecen loa donde quiera que moren, y quien hable la dulce poesía, que es esencia de gracias, y dulzura sonora, que fluye cual venero de palabras rimadas por el arte, es dicente genial que encumbra a Roma, si en la lengua de Roma ha-

ce los versos, si es galo a Galia honra, si griego a Grecia aporta su tesoro lingüístico, y en cualquier punto que su cuna hubiere, honor dará a su patria más cumplido, que la honra que dió Aníbal a Cartago, cuando en Cannas venció, que Cannas tuvo al fin como reverso el desastre de Zama, (1) en cuyos campos esperaba Aníbal a las múltiples gentes de Escipión.

Cada vez más pequeñas las distancias entre los dos ejércitos rivales, ya comenzaba el choque de las tropas, y no daba lugar a los ensueños de que antes os hablé.

Familia, aldea, recuerdos de más dulces edades, todo borraba ya de nuestra mente, la certeza tremenda del peligro en que estaba la vida, y la seguridad que aquel suelo que resecó el estío, rojo iba a ser, regado por la sangre, que empaparía pronto sus arenas.

Poco después, docenas de elefantes venían a dislocar las filas nuestras, y Aníbal, detrás de ellos, lanzaba contra Roma sus soldados de a pié, mientras que a los romanos arengaban sus jefes y tribunos, al entrar las legiones en la lucha.

Seguían los elefantes avanzando llevando castillejos con arqueros, que desde las movibles fortalezas ofendían al de Roma; mas muchos otros diestros y elegidos, que Escipiòn preparara para entonces, concertaron ataques simultáneos contra los colmilludos

---

(1) La batalla de Zama se dió el día 19 de octubre del año 202 antes de Jesucristo.

negros monstruos, disparando tal lluvia de saetas, que hostigados por ellas los cuadrúpedos, no anduvieron ya más en la gran línea en que había comenzado la batalla.

Emiliano Escipiòn, para espantarlos, ordenó que sus músicas tocaran, a la vez estridentes e inarmónicas, y el ruido y los flechazos infinitos, que seguían disparando sus arqueros, asustaron a aquellos animales, que al fin se dispersaron temerosos, y en vez de ayuda, dieron confusión al ejército del púnico, que dejó abierta brecha entre sus filas, y aunque Aníbal buscaba rehacerlas, iba siendo vencido, y queriendo salvarse por audacia, lanzò a la lid por sitios diferentes, sus veloces caballos africanos, que expresando en relinchos su fiereza, y bien regidos por jinetes diestros, igual que un torbellino de centauros, al galope venían hacia nosotros.

Sus flechas se cruzaron con las flechas de otros guerreros que a su encuentro fueron, y unos y otros jinetes, mezclados en cruenta y espantosa lucha desesperada, cegados por la rabia, y poseídos de un afán destructor inenarrable, con espadas y lanzas, se mataban en medio de un terrible griterío, formado por los ayes de yacentes, sobre los que pasaban los caballos, por fieras expresiones de venganza y dolor, y de contínuo, se oía el choque del arma y la coraza, y arengas de los jefes, y mil ruidos siniestros y confusos que causaba la fiera horrible lucha, donde no había piedad, y eran a modo de estertor del imperio de Cartago, que estaba en la agonía.

Previendo Aníbal que iba a la derrota, por mil medios buscaba remediarla, pero cada incidente del

combate, era nueva sorpresa que estorbaba su empeño, pues vió en sus propias filas, que tropas mercenarias de sus huestes, recelosas al verse acuchilladas por las huestes de Roma, volviéronse contra las tropas mismas que regía el de Cartago, y éstas que ya se hallaban vacilantes, desmayaron del todo cuando vieron que siendo día sin nubes, el sol perdía su brillo, y que en plena carrera oscurecía, pues entró en un eclipse tan completo, que en poco espacio se esparcieron sombras, iguales a las sombras de la noche.

Fué fatal ese eclipse al poderío de Aníbal, porque en el corto rato que fué oscuro, huyeron de la lucha casi todas sus tropas auxiliares, y cuando al cabo el sol volvió a su brillo, el caudillo observò que eran en cuadro las alas de su ejército, contra el que se lanzaban impetuosos los terribles jinetes de Numidia, que entonces enemigos de Cartago, y unidos a los muchos escuadrones que Roma tenía en Africa, por arte de su táctica política, estaban en el campo de Escipión.

Aún quiso Aníbal evitar la rota, en un desesperado último esfuerzo, y reuniendo las tropas aguerridas que con él pelearon en Italia, púsose al frente de ellas, y fué sobre el romano en un ataque a fondo, que llegó hasta las filas que en reserva tenía prevenidas su caudillo.

Mas allí sucumbían los de Cartago rodeados por fuerzas superiores, y comprendiendo el valeroso Aníbal, que era inútil su esfuerzo, y que la suerte en todo érale adversa, saliose del combate con la gente que aún le pudo seguir, y perseguido de cerca por las tro-

pas enemigas, huyó por fin del campo, donde roto quedó su poderío, y se amparó en la noche, que llegaba a prestarle favor.

La mañana siguiente ya no fué de batalla, pero sí de venganza del de Roma.

Ante las tropas de ésta pasaron los cautivos que se hicieron al ejército púnico, y los que conocieron desertores de las filas romanas, iban quedando presos, para ser castigados a la vista de todas las legiones.

Y de ellos, los latinos fueron decapitados sobre la misma arena de la lucha, y los que eran de Roma y en las filas de Aníbal combatieron, hubieron por condena cruel crucifixión, y enclavados y enhiestos en los leños, formaron aquel día larga hilera de reos expirantes infamados, cuyo suplicio atroz, era el castigo con que Roma penaba a los traidores.

Después, aquellos campos fueron de soledad y de recuerdo.

Masinisa y sus númidas, aún buscaban a Aníbal y a los escasos restos de su hueste, y Cartago, sin fuerza y vacilante, hizo paces con Roma.

Paces que fueronla nuevos castigos y extrema humillación, y que pusieron desastroso final, al gran desastre, que en su propio país sufriera Aníbal.

Por precio de esa paz, vimos un día que se reunió la flota de Cartago, y cuando ya los barcos se reunieron en una gran bahía de su costa, con una fuerte línea de cadenas cerraron los romanos la bocana, y sus buques, por fuera de aquel cierre, vigilaron el mar.

Los vencidos hubieron después orden de abando-

nar las naves, y saliéndose a tierra esos marinos, en sus barcos entraron los de Roma, y uno a uno los fueron dando fuego, y vueltos a los suyos esperaron que el fuego incrementase.

Y pronto se elevaron a las nubes, las llamas que salían de los trescientos barcos de Cartago, y convertían en humo su terrible poderío naval, mientras que los marinos que antes los gobernaron, lloraban contemplando la destrucción de los veloces leños, que rápidos cruzaron sobre el piélago, donde entonces pintábase patética, la terrible agonía de la escuadra, de la que iban cayendo lentamente, los palos y las torres, y toda la otra obra, que al llegar a las ondas encendida, parecía gritar al apagarse al contacto del agua.

Y de ésta se elevaban vapores densos, cual si el mar hirviese al sumergir los barcos en su báratro, y en tanto, al agua coronaba el fuego, y las llamas alzábanse movibles, siniestras, cegadoras, crepitantes, o parecían hundirse en el abismo y buscar lo profundo de sus fosas, al reflejar su lumbre en la ondulada superficie del mar.

Y las velas que ardían, y las llamas que horadaban voraces la obra muerta, y el barco que anegado se iba a pique, y el que sin base ya, caía de lado y con el alto mástil se apoyaba en la ruina flotante de otra nave, que ya tenía su quilla casi oculta por las aguas aleves, y la terrible línea de los fuegos, que ardientes consumaban la destrucción de aquella gran escuadra, era tal espectáculo, que visión del averno parecía, y en reflejos rojizos y oscilantes, se envolvían las montañas de la costa, las olas que rompían en la

playa, el mar, y el cielo que en el mar se mira, y los rostros de todos los guerreros que estábamos allí.

Rabia y dolor decían los gestos de la gente de Cartago; contento reflejaban los de Roma, pues la voraz hoguera los donaba el dominio naval, y cuando iba quedando consumida, y el sol, no detenía ya sus rayos en los humos y llamas, sobre el agua flotaban desiguales maderos, negros por el incendio de las naves, despojos de la escuadra de Cartago, fuerza temible que hubo su república, brazo que ejecutaba sus empresas, que deshecho quedara en la bahía que allí formaba el mar.

E indiferente a las humanas lides, el sol iba ascendiendo en su carrera, y por igual a todos enviaba la gloria de su luz.

Y a poco, el movimiento de las olas, por las costas echó los pobres restos de los que fueron orgullosos buques, y aquella misma tarde, fué borrada la huella del estrago, que hubiera en la mañana, y en el siguiente día, a velas estendidas navegaban por las aguas aquellas los trirremes de Roma, quedando señaladas las estelas por el tranquilo mar.

Unas horas después, no descubrimos ni restos de los barcos de Cartago, y la noche cayó serena y clara, y en la playa rompíanse las olas, quebrando su fiereza en las arenas doradas y menudas, o estrellando su furia en las enhiestas rocas, que detenían su vaivén.

Nada había ya que hacer, y hubimos orden de volver tierra adentro.

Ya era el invierno cerca, mas pasamos calor al ir

llegando a inhóspitos parajes de aridez extrema, y hartámonos de andar por territorios desnudos de verdor, faltos de sombra, plenos de cortaduras y peligros, y a más de la fatiga, hubimos el tormento de la sed.

Aún en Africa estuve largo tiempo, yendo por descampados y arenales, y al fin un día supimos, que el de Cartago abandonaba Europa, por condición de paz que se le impuso, y mi cohorte destinada a España, a España marcharía prontamente.

No pequeña alegría me produjo tal nueva.

Formaban con nosotros muchos hombres que habían estado allí, y ellos decían que era muy bueno el clima, y noble el natural de los hispanos, y de Bética hablaban cual país de ensueño, por la fertilidad y la belleza de sus huertos y campos fertilísimos, y acabada la lucha con Aníbal, dijeron que había paz en el país; y yo que aunque guerrero paz quería, sobre todos los bienes de la España anhelaba la paz, que parecía que iba a encontrar en ella.

Y al cabo para Gades embarcamos, y al llegar encontré, que era tal puerto, que igual no le tenían los de Roma; y a Gades ví que innumerables gentes iban a comerciar, aun desde pueblos muy distantes de Iberia.

Allí arribaban desde costas de Asia, barcos cargados de preciosas telas, que portaban también otros productos.

De poniente acudían con cargamentos de pieles de leones y marfiles.

De Onuba (1) con pescados y metales.

---

(1) ONUBA. Nombre que tuvo antiguamente Huelva.

Del interior portaban lanas blancas, óleo dorado, vinos excelentes y muchos más productos escogidos, y alegría me fué ver tantos hombres de tan diversos pueblos, concertados y en paz, yo que había visto que unas razas con otras guerreaban, y que sin tregua en su furor, lucharon los de Cartago y Roma.

El interés en pugna, enciende las querellas, meditaba, y si es común, la paz se hace más firme, lo mismo entre los hombres que en los pueblos.

Númidas y romanos, tan distintos por su lengua y su raza, celosos de la gloria y la riqueza que Cartago alcanzó, la deshicieron, aliándose para ello contra Aníbal.

Guerra busca ahora Roma, que ya no habrá rival, en la conquista de Iberia y de los pueblos, donde primero estuvo el de Cartago.

A eso fuímos a Gades los soldados de la legión en la que yo formaba, y por ello quedaron en tal urbe algunos cientos de hombres, y a otros, por mar, mandáronnos a Onuba, que es la más grande y rica ciudad de una gran zona del suroeste.

En ella había bajeles que cargaban metales, y en tal ruda faena multitud de operarios se ocupaban.

Las naves de romanos, desde entonces tuvieron privilegio, de hacer carga primero que las otras que hubiera de cualquier otro país.

Signo era del dominio que Roma tenía ya en aquellas aguas, que también reflejaban grandes barcos de Grecia y de Fenicia, y otros de poco porte, procedeñ-

tes de pueblos que habían costas, en el mar que llamamos Tenebroso (1).

Pocos días después, hubimos orden de internarnos en tierras onubenses.

Sorpresa me produjo aquel terreno, con multitud de minas, de las cuales asíduos operarios sacaban plata y cobre.

Y en moldes vaciados en la piedra, hacían las figuras de las hachas, las puntas de las flechas y las picas, los anzuelos de pesca, y muchos variados adornos, utensilios y figuras, todo lo cual se forma, rompiendo con el fuego la dureza que tienen los metales, que líquidos vacían en los moldes, y a su dureza primitiva vuelven, cuando el metal se enfría, pudiendo ya emplearse en su servicio, el arma o artefacto que así se construyó.

En otros campos vense labradores que trabajan la tierra.

En aquel territorio son más los operarios que viven de las minas, y que truecan por trigo y provisiones, los objetos de bronce que elaboran, y las joyas argénteas, que trabajan con arte y con esmero.

¡Cómo cambia la vida, según el medio que la vida tiene!

Los de Onuba son ricos, y siéndolos más fácil sostener su vivir, son dadivosos, y menos que los otros previsores.

Entre ellos hay también gentes extrañas, porque acuden allí de muchas partes hombres que quieren conquistar la vida.

---

(1) TENEBROSO. Antiguo nombre del mar Atlántico.

Es pueblo hospitalario, y en él cerca de un año residimos, y desde allí salimos para Hispalis.

En Hispalis estuvo mi cohorte lo que dura una luna.

Es la ciudad más grande de la Bética.

A ambos lados del río están sus casas, casi todas risueñas y sencillas.

De Roma se recuerdan los grandes edificios, las vías alineadas y la magnificencia de la urbe, al par que la diversa condiciòn de los hombres.

De Hispalis, el buen trato de aquellos habitantes, que todos son iguales en llaneza, todos son generosos y afectivos, y entre sí, como hermanos que se estiman.

En tal fraterna unión está el encanto del vivir hispalense, que ella baja el orgullo de los ricos y eleva a los humildes, hace de todos uno, y la vida es tan plácida y sencilla, que vivir en Hispalis, es como distanciarse de ambiciones y luchas.

Es tener paz, y no turbar la ajena, y no se olvida nunca la belleza de sus campos hermosos, la dulzura de su benigno clima, la franja azul del río que refleja el azul puro del cielo, y allí la vida es lucha menos dura, pues sus campos ubérrimos, ofrecen la manera de ganarla, y el Betis se la lleva hasta la urbe, pues muchos pescadores, viven buscando en él las dulces presas, que viven en sus aguas abundosas.

Otros bellos poblados, bien cercanos, entonces recorrí y recuerdo de ellos a Carbona (1), que ha tierras bien regadas, y a Axti, (2) a la que también

(1) CARBONA, hoy Carmona.

(2) AXTI, hoy Lora del Río.

el Betis besa, y a Astigu (1) con magníficos viñedos, y a Aurigia (2) de frondosos naranjales que alegran su campiña dilatada, y a Auticaria (3) que esconde entre la sierra su poblado estendido y pintoresco, y hasta Calpe (4) bajé, y de sus peñones la pétrea altura contemplé admirado, y de Arci (5) gusté luego el rico mosto; después me trasladaron a una insigne ciudad, a la gran Ursus, (6) donde el duro Escipión había memoria triste del escarmiento que allí hizo, porque antes fué aliada de Cartago, y odio tenían a Roma por tal causa; después fuímos a Auringia (7) que se había rebelado nuevamente, y a Baccia (8) y a otros pueblos, que eran también en armas contra Roma.

Entonces ya no en paz, que bien en lucha pasamos los días, combatiendo contínuas insurgencias que había contra nosotros, y a muchos hombres ví cortar la mano al caer prisioneros, y aprecié la bravura de las gentes que defienden su tierra y sus hogares.

Que ellas en poco tiempo, cien partidas en guerra levantaron, y hubimos de seguirlas, primero por los montes penibéticos, y después por los campos de

---

(1) ASTIGU, hoy Ecija.
(2) AURIGIA, hoy Morón.
(3) AUTICARIA, hoy Antequera.
(4) CALPE, hoy Gibraltar.
(5) ARCI, hoy Arcos de la Frontera.
(6) URSUS, hoy Osuna.
(7) AURINGIA, hoy Jaen.
(8) BACCIA, hoy Baeza.

Celtive (1) en donde interminables parecían las llanuras y andábamos por ellas semejando que no hacíamos camino, hasta que desde lejos, vimos un bello día unas montañas, y parecionos que eran de otra tierra que prometía descanso, después de las jornadas penosísimas hechas en la planicie.

Mas apenas llegamos a la sierra, los del llano se alzaron nuevamente y otra vez empezamos la fatiga de volver a cruzarle, y así en contínua lucha, el azar nos condujo hasta los montes que en el país se llaman Oretanos.

Allí empieza una tierra en la que Roma hasta entonces no había puesto la planta, y allí, por lo extremada que fué la resistencia a sus milicias, extremose el rigor, y de sus pueblos quedaron solo escombros, se quemaron las mieses, y otros mil escarmientos que se hicieron, en lugar de abatirlos, tornaban a sus bravos moradores más duros y tenaces en la lucha, y yo que muchas veces admiraba el cívico valor de aquellas tribus, sentía sus quebrantos, y había violencia al ser entre las tropas que los causaban mal.

Por eso huí primero el ofenderlos, y empecé a desear dejar las filas, donde por fuerza me alistó el de Roma, y al fin ese propòsito, vínele a realizar al ser testigo de como a estos valientes, los lisiaron por fieles a su patria.

¡Y a cuantos màs aguarda igual martirio!, porque el sueño de Roma es llevar la conquista a todo el orbe, y aunque no lo merece, vence, por suerte suya, en todas partes.

---

(1) CELTIVE. hoy Albacete.

Aníbal ha caído, Oriente se la rinde, en Iberia dominan poco a poco, y será suyo el mundo, porque pueblo no queda ya en el mundo, que la iguale en poder.

Mas la crueldad, es mancha que cae sobre su gloria, y los múltiples pueblos sometidos, tarde o pronto han de alzarse, y concitados contra su tirana, con el mismo rigor que ahora padecen, habrán de combatirla en otras luchas, y pocos la han de ser sus grandes bríos, porque Roma caerá.

—Caída la veo yo, como mis manos ví en el suelo caídas por los suyos,—habló Anai con vehemencia.

Sin ellas lucharé contra su gente, y ahora más, que curé de las dos llagas.

—Y todos como tú,—dijo otro inválido,—iremos contra Roma.

Y otro manco observó, que ya debían volver a Carpetania, puesto que fuertes y curados eran.

—En ello no hayais prisa si bien aquí os hallais,—los dijo el régulo.

—En habiendo sanado,—dijo Anai expresivo,—no es razòn que más tiempo se prolongue vuestra hospitalidad.

Solo pagarla en gratitud podemos, aunque esa no es moneda que se cuenta y se apila.

—Pero se estima mucho,—exclamó el régulo con cordial expresión, y previendo que aquellos buenos huèspedes, por poco tiempo más, serían en Neila, con ellos extremó las atenciones.

Keltio, Anai y sus otros compañeros, decidieron partir cuando la luna entrara en el creciente.

La noche antes de empezar la marcha, fueron a

Broc Eako a esperar su salida, y a beber del raudal por vez postrera.

Después, ante la misteriosa sepultura de la heroína Neska, recordaron su muerte, y a la luz plateada del astro de la noche, buscaron mejoranas, cantuesos, y otras plantas que había en aquellos campos, que en tal lugar y a aquella hora cojidas, tenían más virtudes saludables.

Y al día siguiente, al despuntar la aurora, cuando ya comenzaban el viaje de regreso a su tierra carpetana, todos aquellos buenos montañeses fueron a despedirlos.

—Que el bien os acompañe,—dijo el régulo.

Esta es la última vez que nos miramos, pero vuestra memoria habremos siempre.

—No nos veremos más,—Keltio repuso,—mas será con nosotros el recuerdo del bien que nos hicísteis en tanto que no emigre nuestro espíritu, y aún vivirá después de que muramos, porque más que la vida de los hombres, duran las buenas obras, y a esta tierra montuosa y escondida, debieran venir muchos a saber de virtudes y de nobleza.

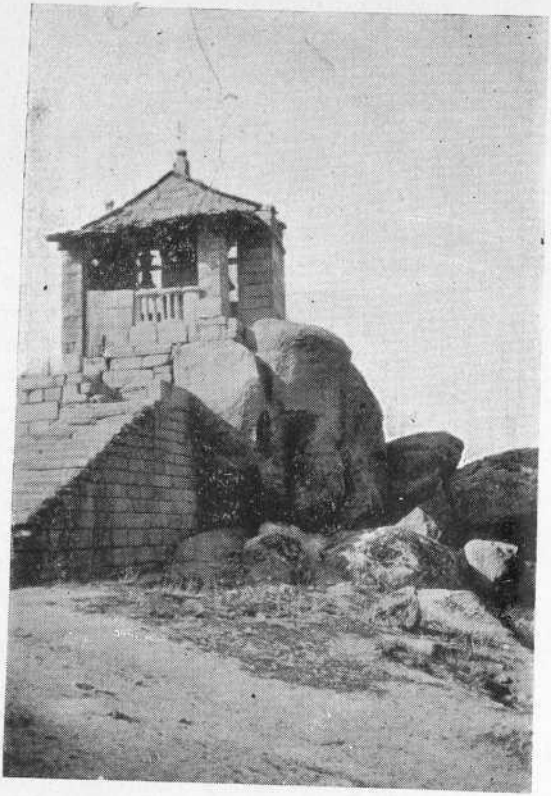
Por lo que nos habéis favorecido, Belenno os guarde lo que el día dure, y la pálida Eako por la noche, y ésta envuelva en tinieblas al que os siga, queriendoos mal.

—Cumplimos el deber,—los dijo el régulo.

Ley nuestra es el amor a los humanos.

Quien estas tierras cruza, propicios nos encuentra a socorrerle, y si precisa ayuda en la halla Neila.

Siembra nuestra, es el pan, pero al par que ella otras siembras hacemos.



CAMPANARIO DE LA IGLESIA DE NEILA

(Foto Amable García).

Son las de bien a nuestros semejantes, y así habemos derecho a esperar bien.

De ello nace la paz de esta comarca.

Belenno no vea nunca, que se pierdan estas viejas costumbres.

Halle aquí siempre el pobre acogida cordial, pan el hambriento, el viejo quien le ampare, y todos hermandad que se vea en obras.

Y solo bienestar, que no riqueza, a esta tierra deseo, pues si es verdad que la pobreza abate, la extremada abundancia, males crea también.

—Sencilla y sabiamente habéis hablado,—Keltio dijo al de Neila.

Por muchos años más rijáis la tribu.

Este bien las deidades la conserven.

—Eso queremos todos los inválidos que por cuidados vuestros, vamos fuertes a nuestra Carpetania,—un mutilado habló después que el celta.

—Recompensa tengáis e igual la tengan todos los moradores del poblado,—dijo Anai, y de modo parecido hablaron también otros, entonces, y en el punto de comenzar la marcha fatigosa.

El régulo que había provisto a todos de viandas y de frutas, dispuso que dos hombres los guiaran hasta dejarlos en camino franco, y no mucho después, los caminantes perdían de vista a Neila.

Keltio iba pensativo, pensando en la virtud de aquel buen regúlo, cuyos honestos juicios revelaban suma sabiduría, y habiendo un jefe así, tenía el poblado sosiego y abundancia.

—¿Por qué,—para él decía,—hombres como este viven oscurecidos?

Quizá porque es preciso ser humilde para mejor obrar.

El que mucho se encumbra, es propincuo al orgullo.

Y al que en lo alto está, busca la envidia manera de abatirle.

En cambio, la indigencia pena causa, no solo al que la sufre, sino también a quien repara en ella, si es espíritu noble.

El régulo a los suyos, cuerdamente, desea bienestar más que riqueza, y ello demuestra que conoce al hombre, e indaga bien lo que en su acción influye; y que son excelentes las ideas de este buen montañés, que antes que régulo, es a modo de padre de la tribu.

¡Qué prodigios realizan las ideas!.

En ellas es la esencia de la inmortalidad a que aspiramos, porque si acaba el hombre, ellas no mueren.

Y las que son hermosas y geniales, van formando el acervo de la alta vida intelectual humana, que en fuerza de dolor y de experiencia, han ido acumulando los nacidos, cuyo ágil pensamiento es de tal condición, que mentalmente atrás los tiempos vuelve, y enlaza las ideas del viviente con las de otros que fueron, o las ofrece y lega, a cuantos luego llegarán a la vida, e igual, el pensamiento se eleva hasta la altura de los astros, o baja a las honduras de tremendos abismos y con él crea mundos, los cambia y los transmuta, como Eako, se muda o se transforma ante sus ojos.

Y al hombre, el escondido pensamiento, es manera

de chispa que ilumina su profundo interior, del mismo modo que la lumbre solar lleva sus rayos a sitios remotísimos, y esa chispa, que oculta dentro arde, le es guía en el camino de la vida, por que ha de recorrer.

Y por el mismo anhelo de perfección que tiene, ¿no ha de hallar nuestro espíritu otra vida, más alta, más perfecta, más libre de miserias y egoismos?

—El principio de todo es desearlo,—razonábase Keltio.

Abrigo se procura quien le quiere.

El que en la cima está, desde ella busca descubrir horizontes.

Se utilizó el caballo para hacer la jornada sin fatiga, y a cada afán que habemos, sirve la voluntad.

—Pero eso en las cosas asequibles al hombre,—pensaba luego Keltio.

Por mucho que queremos tener vida, la tierra nos aguarda.

Mas la miseria que a la tumba baja ¿no se liberta luego transformándose, y emerge las corolas de las flores, y vuela en sus esencias, en mudanza hacia el bien?—decíase Keltio buscando un más allá para el espíritu.

¿Donde la muerte está, cual es la vida?—seguíase preguntando según hacía el camino, hasta que a Anai oyó que así le dijo:

—Hoy conmigo no habláis.

¿Sentís tristeza acaso?

—Estaba,—dijo el celta,—en pensamientos que me absorbían la atención del todo.

—Pues yo,—repuso Anai—también medito.

¡Y si viérais qué cosas tan opuestas!

Odios son unas y otras son amores, y al ir de unos a otros pensamientos, entre dolores voy y entre alegrías.

Keltio entonces le dijo:

—La vida vá entre penas y placeres.

—Más duelos que contentos,—Anai repuso triste.

A mí felicidad ya se me veda, porque me veo sin manos, y aunque curadas tenga las heridas, las de el alma me sangran de continuo.

—Honor os es vuestra sufrencia noble,—le dijo Keltio afable,—porque martirio hubísteis por los vuestros.

Yo caí cuatro veces, pero no fué en servicio de mi patria, y sangre así vertida no se aprecia.

—Ser cual estoy inútil me tortura,—díjo Anai otra vez.

Así hablando marchaban tras los guías, que iban siempre subiendo hacia la sierra, y como hubiera muchos manantiales, el celta reparándolo, dijo a su compañero:

Vizoso (1) es el terreno en estos sitios.

—Sí;—contestole Anai,—y es trabajoso subir estas pendientes tan seguidas, sin un bastón que la fatiga alivie y que sirva también para el tanteo de tremedales, vados, y las nieves a que hemos de llegar.

Un guía dijo entonces:

---

(1) VIZOSO. Dice Joaquín Costa, que *viz* es palabra celta equivalente a manantial.

Vizoso, es según esa interpretación, sitio de manantiales, lugar donde nace agua.

—Descansad cuando os plazca.

Si queréis, aquí cerca hay un abrigo.

Yo traigo confortante zumo de uvas, que ayer previno el régulo, para si en el viaje que empezábais alguno de vosotros tuviera enfermedad.

Todos agradecieron al de Neila esta nueva atención, y al poco rato, recostados al pié de unas paredes, hicieron la primera comida de aquel día, en la que como en todas, Keltio auxiliaba a Anai, y éste, más que otras veces lamentando su doble invalidez, decíale al celta:

—Cuando salí de casa buscando combatir a los de Roma, con mis brazos quebraba el fuerte roble.

¡Y ahora volver así!

Luego pensaba que era prometido, y a Keltio con amargo sentimiento, dábale estas razones:

—No tengo padres, ha muerto mi hermano, y así de inútil, esme muy sensible volver donde está Aukera, aunque ella sepa la desgracia mía y me siga queriendo.

Keltio para animarle:

—Espera—le decía,—en la que amas, que la mujer ibera no mira sacrificios.

Yo he visto muchas veces cuanta es su abnegación.

Pero Anai contestó así al legionario:

—Más que ella sufriría aunque así fuese.

Prefiero que no sepa si aún existo, o si acabé mis días.

Porque al menos podrá tener memoria del Anai que era entonces.

Diestro en labrar la tierra, y en todos los tra-

bajos que ella pide para rendir buen fruto y abundante.

Si salía a cazar, sabía armar lazos, que con caza me hicieran.

Y en campo abierto, derribarla herida por flecha o por pedrada con la honda.

Yo trepaba a los árboles, y nadando cruzaba las corrientes, y con leña que hacía en abundancia, siempre en mi hogar estaba vivo el fuego.

Anai ya no es el mismo.

Sin llegar a morir, perder podemos múltiples facultades de la vida.

Y la mía, que ya ha vuelto triste, quisiera consumir lejos del sitio en donde fuí feliz.

Menos dolor espero de la ausencia, que siendo miserable, en donde siempre lo preciso tuve.

Padeceré, si a quien me tuvo envidia, lástima causo ahora, y ya quiero vivir desconocido, aunque lejos esté de Carpetania.

Hablando esto pasó por allí un hombre, que vió el grupo de jóvenes inválidos, y al celta preguntó por qué motivo se encontraban así.

Keltio se lo explicó sucintamente, y el rústico indignado rotundamente dijo:

—Peores que las fieras son los hombres, porque los hombres solo, son destructores de su especie misma.

Lobos hay en mi tierra, pero a lobos no muerden.

¡Que bien vivo en los campos, apartado de querellas y riñas!

Mi familia es mi mundo.

Quien quiera desengaños, resida donde moren muchos hombres.

Keltio preguntó al rústico que cual era su tierra.

—Muñochas (1),—él le dijo,—pero en Tormellas (2) vivo.

—Nosotros,—habló Keltio,—vamos buscando el paso de Aravalle.

Estos hombres que se hallan esperándonos, desde Neila nos guían.

—Pue saún por buen espacio, mi camino es el vuestro y juntos le andaremos,—dijo el rústico.

—Plácenos que así sea,—Anai le respondió, y desde aquel punto, los tres en compañía caminaron.

---

(1) MUÑOCHAS. Este nombre se presta a tres interpretaciones, *Muño* es palabra ibérica que significa *montaña* y *ochoa* es *lobezno* en vasco por lo que ese nombre pudiera interpretarse por MONTAÑA DE LOBOS.

También Muñochas puede ser simple diminutivo de *Montañas* en el que perdura una desinencia o terminación anticuada.

Queda otra posible significación de Muñochas, porque puede querer decir MONTAÑESAS, si la desinencia *ochas* es determinante, del mismo modo que en otras palabras todavía en uso en la misma región:

Ejemplo: Peras *galochas* que es una variedad de esa fruta que se produce en aquella comarca, quiere decir peras galas, esto es, *peras francesas.*

(2) TORMELLAS, es el nombre de un pueblo situado cerca del puerto de Aravalle, cuyo pueblo pertenece hoy al partido de Barco de Avila.

Tiene dos riachuelos a los cuales debe su nombre, porque Tormellas quiere decir *riachuelo* igual que Tor-

Al llegar a una hondura, vieron unos sembrados que pequeños y grandes, escardaban con extremado afán, y como el celta reparara en ello, el rústico los dijo, que hecha la sementera, si Eako en su apogeo la veía empezar a nacer, daba a las plantas lozanía y vigor.

—Siempre se está aprendiendo,—afirmó Keltio.

¿Y por qué en el menguante (1) se hace siembra?—preguntó luego al rústico.

—Para evitar así, que las simientes busquen los diferentes animales, que en las noches de luz van a las huertas, siempre a causarnos mal.

Una tengo muy grande y productiva, que escasamente paga mis sudores, por ser pocos los frutos que en la finca llegan a estar maduros.

Puedo decir que más que en mi provecho, la siem-

---

(1) MENGUANTE. Aún hoy, para echar criaderos de hortalizas esperan muchos labriegos el menguante de la luna.

---

mes *río*, y precisamente nace el Tormes en la fuente Tormella, en el término de Navarredonda, también partido de Barco de Avila, y el lugar donde esa fuente brota, se llama Prado Tormejón, con cuyo nombre lo mismo se alude a la fuente que da origen al Tormes.

Tormellas, Tormejón y Tormes son derivados de la palabra ibérica Tor, que igual que Tar, Ter, Tir y Tur significa río.

Como son numerosísimos los pueblos de España y de fuera de ella, que toman su nombre de esos vocablos ibéricos, examinaremos varios grupos de esos nombres.

bro para cebo y beneficio de muchos animales montaraces, que amparan estas sierras dilatadas.

El jabalí allí acude, y hozando, en poco espacio deshace las labores que dí al suelo.

Caza menor, también entra en la huerta y acaba con raices y verduras, y no acierto a ahuyentarla de la finca, sino es que a todas horas de ella cuide.

Entonces Keltio dijo:

Acaso Anai pudiera remediarlo, pues fué cazador diestro, y aunque ahora no los arme por sí mismo, podrá deciros modos de que caigan en trampas y artificios diferentes, esos animalejos destructores que devoran los frutos de la huerta.

—Podéis venir conmigo, y enseñarme de esos medios de hacer caza,—propuso presto el rústico,—y

---

En nuestra opinión, la primitiva voz que se empleó en Iberia para denominar los ríos, fué la palabra Tar, y para demostrarlo, ahí queda el nombre *THARSIS del río Odiel*, cuyo nombre, aunque al escribirle se le disfrace con una *h*, que creemos reminiscencia de la ortografía antigua, en nada afecta ella a la pronunciación y si bien al río se le llama hoy Odiel, antes que este nombre, relativamente moderno, THARSIS expresa la incalculable antigüedad de su nombre anterior.

La palabra Tar, o sea río, aclara y explica el nombre de Tartesos, como si dijéramos ribereños, que se daba a los moradores de las tierras del Guadalquivir inferior, y Tharsis del río Odiel, expresa ribereños de la zona de Huelva, diferentes aunque vecinos de los ribereños del Betis.

Hay numerosos nombres de pueblos de distintas regiones españolas, que principian con Tar por alusión a los ríos de sus términos.

para decidirlos, prometiolos que lo mejor que a su alcance estuviera, los había de atender.

Keltio y Anai aceptaron, y llegando a otra senda de allí a poco, todos tuvieron mucho sentimiento al despedirse, acaso para siempre, los que a Tormellas iban dirigidos, y los que a Carpetania regresaban, y con éstos los guías continuaron, hasta dejarlos en camino bueno, que ya no hubiera duda, y tres días después, los mismos guías buscaban en Tormellas a Keltio, y a su amigo el triste Anai

—El régulo nos dice,—los dijeron—que esperándoos queda.

Si presto vais, tendrá mucha alegría; y hemos de acompañaros al poblado, si a él quisierais volver.

Keltio y Anai entonces dirigiéronse a Neila con presura.

Ejemplos: Tarancón, o sea río grande, Tardáguila, (Río del Aguila) Tarazona junto a la cual corre otro río, Taradell, Taruelo, Tartaja, Tardesillas y Tardienta, son diferentes formas españolas de aumentativo y diminutivo de Tar, o sea río, y fuera de España, Tarbes (Francia) Tardets (pueblo también francés) Tarn y Tardoín, ríos de la misma nación, principian con igual palabra ibérica.

Los ríos Tarabe (Córcega) Tartero (Italia) lo mismo que el nombre y la situación topográfica de Tarnou (Galitzia) indican otros tantos nombres geográficos europeos, en los que la sílaba Tar significa río.

En España se tenía el nombre Tárrega por vasco, siendo así que es ibérico y deriva de río como los expresados, pues Tárrega está situada a la derecha del que hoy se llama río Cervera, e igual es ibérico el nombre Tarragona junto a cuya capital pasa el río Francolí.

¿Qué nos querrà el buen régulo?—pensaban.

Y cuando aquellos campos tornaron a pisar, iban alegres como a tierra de amigos.

Al encontrar al jefe del poblado:

—¿Qué queréis de nosotros?—le dijeron los dos a un tiempo mismo.

Y el régulo repuso con afecto:

—Que en Neila residais ya para siempre.

Uno de vuestros guías que os ha oído, me ha contado las penas que Anai sufre.

Aquí no habrá fatigas, ni temerá desdenes, y podrá sernos útil guardando los ganados comunales; en verano, en los campos deliciosos que Broc Eako riega, y en invierno al abrigo de estos cerros, donde la nieve pronto se derrite con el calor de el sol.

Lo mismo es ibérico el nombre Tarrasa, y se deriva de alguna de las torrenteras, o rieras que cruzan por su término, y aunque en catalán se escribe Terrassa, esto no varía la etimología dicha, puesto que Ter también quiere decir río.

Precisamente el más importante de la provincia de Gerona es el Ter, y Tera es variente de Ter que sirve de nombre a ríos en las provincias de Soria y Zamora y a otro de Portugal.

De Ter deriva su nombre Teruel, así como Teruelos quiere decir riachuelos, Terradillos, que es nombre de pueblo repetido en tres provincias, y Terradellas que es la forma catalana de Terradillos, significan también riachuelos; Terdiguera, Terán, Tertaga y algunos otros nombres, son igualmente derivados de Ter.

Tir con significado de corriente fluvial, la tienen Tirteafuera, en la que Tirte dice repetidamente río y con-

Canes tendrá que auxilien sus cuidados, aquí viviréis juntos, y ambos amigos míos seréis por todo el tiempo, que Belenno y Eako nos conserven.

Anai no vaciló.

—Desde ahora quedo aquí,—le dijo al régulo.

Porque amo mucho a Aukera, no quiero que me encuentre tan lisiado, y es mejor que me olvide, que no sepa que vivo, porque ocultarme a la mujer que quiero es mi modo tristísimo de amar.

Y después de mi patria, mejor no la tendría que esta vuestra, ni protección tan noble, ni ejercicio tan propio de un inválido, como estar a la guarda de ovejitas en estos campos bellos y tranquilos.

Menor junto a vosotros ha de ser mi desgra-

---

junta es palabra ibérico-castellana; como si dijéramos Río Afuera.

Tirgo, Tinoco y Tineo, las últimas con supresión de la letra *r*, son nombres cuyo principio tiene la misma expresión.

Pero más que Tar, Ter y Tir se empleó Tor, como nombre de río.

Tor, Toral, Tordera, Tordillos, Tordomar, Tordolla, Tordia, Torija, Tortosa, Torelló, Torrente, Tordueles, Torlegua, Toralla y otros muchos nombres de pueblos, así lo demuestran.

Es muy expresivo el nombre del río leonés Torío, que en lengua ibérica y castellana expresa al mismo tiempo su significado.

To(r)río, igual a río río, como Aravalle es Valle valle.

En uno y otro caso, olvidado ya el significado de la palabra ibérica que nominaba al río y al valle, se repi-

cia, y más contento aún me quedaría, si con nosotros se quedara Keltio.

—Yo lo mismo que tú,—Keltio le dijo,—acepto y agradezco la invitaciòn que el régulo nos hace, con su habitual nobleza.

Más que a tí me conviene vivir en el retiro de estos montes, porque fuí legionario, y no quiero ver más a los de Roma.

Y no tengo otro afecto que sea mayor que el tuyo, y mucho más te estimo, cuando veo que es más honda tu tristeza.

Donde te halles serè, y tengo a ventura que en Neila nos acojan nuevamente.

—Y yo que aquí os quedéis,—dijo el de Neila.

---

tió en lenguaje castellano lo que una y otra expresaban, y la locución antigua quedó antepuesta como nombre propio y la segunda de nombre común.

Acaso la ciudad italiana Torino, en castellano Turín, deriva de Tor, y en la misma palabra ibérica tienen su etimología *torrente* y *torrencial*, las dos alusivas a agua que corre o cae impetuosa, aunque por extensión se apliquen en multitud de casos diferentes.

Tur, fué sin duda otra variante del nombre *río*.

Turia se llama al Guadalaviar desde tiempos antiquísimos.

Turriellos expresa riachuelos, y Turillo es corrupción de Turiello, que en catalán es Turull.

Turégano es otra forma de diminutivo de Tur.

Turcia, localidad leonesa, tiene la misma sílaba inicial y *turbión* es aguacero.

Turdetanos se llamaban a los habitantes de una región cuyos principales límites eran los ríos Guadiana y Gua-

Hube pena al mirar que os alejabais, y ahora siento alegría volviéndoos a encontrar.

—No hallé yo,—Keltio dijo—en mis años de andanzas, proceder generoso como el vuestro, y tener tal amigo en esta sierra, es ya por sí, aliciente para en ella quedarnos de buen grado.

Anai y Keltio desde entonces mismo, amoldaron su vida al vivir del lugar en donde estaban, y en aquella comarca montañosa, luengos tiempos vivieron.

Durante ellos placíalos a menudo volver a Broc Eako, y el monumento a la valiente Neska, seguía estando cubierto por la viva envoltura de la yedra luciente, y diferentes veces presenciaron aquella extra-

---

dalquivir, y *túrdulos* a los moradores de otra zona contígua, cuya capital era Córdoba.

También se llamaba *túrdulos* a los pobladores de un territorio lindante con el Duero.

De ello se infiere, que *túrdulos* y *turdetanos*, como *tartesos*, son denominaciones de antiguos pueblos ribereños lo mismo que se llama *veratos* a los de Vera, o *montañeses* a los de la Montaña.

Hay variantes de los nombres de ríos dichos, en los que se observa igual etimología.

Una de ellas Tamajón, Ta(r)majón, cuyo nombre ha perdido la r, sin duda por la más fácil pronunciación.

Quiere decir Riachón.

Tajuña, Tamarite y Tudela, probablemente tenían también *r* final en la primera sílaba.

Tomelloso, que primero hubo de ser Tormelloso, indica sitio de río al ser derivado de Tormes.

Tudela expresa lugar donde vivieron túrdulos o ribeñeros, puesto que deriva de Turdela.

ña fiesta de la luna, que vieron al llegar de Carpetania.

Pero Roma seguía la conquista y sus tropas llegaron a Vetonia, y sometido el llano, sus legiones, buscaron el dominio de la sierra.

La sierra los opuso resistencia tenaz, mas fué vencida y el romano llegó al sagrado bosque, donde estaba el santuario a la luna, y en él no ya las manos, que la vida, rindieron defendiéndole Anai, Keltio y el régulo, con muchos habitantes de la tribu.

Más tarde, Valentino, por Roma gobernando la comarca, supo de aquella fuente, e igual, que cerca de ella estaba el monumento de una insigne heroina de Vetonia, y en la peña donde ésta hubo el sepulcro, mandó poner el busto de Diana.

Toledo, que se deriva de Tordelo y Todelo, nombre éste muy semejante a Tudela, que expresa así mismo sitio de ribera y en este nombre, además de suprimirse la r, por síncopa, se cambiaron las consonantes de las dos últimas sílabas para mejor pronunciar la palabra, que aunque con ese cambio desfiguró su origen, ganó en fijeza y se hizo más sonora.

El nombre del gran río Tajo, tiene una evolución parecida a Torío, aunque más complicada.

Parece haber tenido las siguientes denominaciones:

Tar-río (río río). Tarío, perdida ya la r primera. Taio en la que se eliminan las dos erres, y Tajo cambiando la i por j, como en Beiar, que cambió en Béjar, igual que cambiaron las mismas letras otros muchos vocablos castellanos.

Tajo, que en portugués es Texo, conserva en ese idioma la raíz Ter, aunque eliminando también la erre.

Los nombres de los ríos de su cuenca Tietar y Jerte,

De este modo cambió por el latino aquel mito de Eako, que era en el fondo igual idolatría, y procuró que así fuera olvidándose la tradición heróica de los hechos de la brava muchacha, y al manantial también mudó de nombre.

«Fuente Sacra» le puso, y ya por luengos siglos así se le llamó.

Después el cristianismo fué borrando los recuerdos paganos, y derribó sus ídolos, y el busto de Diana cayó de aquella roca, mas el claro venero se llamó Fuente Sacra por mucho tiempo más.

Luego pasò el Islam por toda Iberia devastando su suelo, y el que fué de Vetonia, por luchas continuadas y terribles casi se despobló.

---

son acaso en su nombre originario, como redundancias del nombre río, puesto que Tietar, puede decirse que auna los nombres Tir, Ter y Tar, y Jerte parecido a Tirte, principio de Tirteafuera, es derivado de Ter-ter cuya pronunciación sucesiva pudo ser Terte, Ierte, Xerte y Jerte marcándose en cada una de estas locuciones, la influencia del idioma que hablaban los diferentes dominadores del país.

Finalmente, también se refieren a ríos muchos nombres de pueblos en los que la sílaba inicial Tar, Ter, Tir, Tor y Tur, ha cambiado por Tra, Tre, Tri, Tro y Tru, como en Trabazos y Trabanca, Trévelez (Río Vélez) Trevejo y Trevias; Triana, que en España expresa lo mismo que Tirana, ciudad de Albania, Triaje y Trives, Trobajo, Trovica y Trones; Trujillo, esto es, Riillo o Riachuelo, y Trucios, y acaso *trucha* indica pez de río, puesto que expresa río su primera sílaba.

Trullols o Trujols dice en catalán lo mismo que Tru-

LA VIRGEN DE FUENTE SANTA

QUE SE VENERA EN EL SANTUARIO DE SU NOMBRE CERCA DE MEDINILLA, PROVINCIA DE AVILA, DIOCESIS DE PLASENCIA.

(Foto Recaredo Gómez)

Sus sierras, muchas veces lugares de combate con los fieros muslimes, fueron al fin ganadas por Castilla, y conquistado el suelo montañoso donde se asienta Neila, en el mismo lugar que fué Broc Eako y que ya se llamaba Fuente Santa, en honor a la Virgen se alzó un templo, y de este modo fué cristianizado aquel lugar, donde hubo ceremonias de cultos diferentes anteriores, siendo ello en circunstancias religiosas, que pronto dieron fama a aquel santuario.

Porque fué el siglo doce de gran fervor mariano que impregnaba la fé con su dulzura; y era la Santa Virgen la esperanza de aquellos hombres rudos, en su lucha contínua y trabajosa, y a la Madre de Dios decían sus penas, y de Ella, confiados esperaban mediación que los fuera eterna dicha, después de este destierro, defensa contra el mal visto u oculto, refugio en las borrascas del espíritu, al modo que María era la estrella, que serena brillaba sobre el revuelto mar tempestuoso, y porque hubo dolores divinales, y al mismo tiempo humanos, a Ella decían los

---

jillos en castellano, siendo una prueba más del iberismo de la antigua palabra *río* cuyas múltiples variantes quedan consignadas en esta nota, así como Tíber, acaso Támesis, Tyne, Tigris, Tirze, Tolosa o Toulouse, Tours, (Ríos en ibérico) Thiers o Tiers, como en Poi*tiers*, al igual que Tours formas francesas del mismo nombre ibérico, Thiersee, Thierseim, Turnavo y muchos más nombres de otros ríos y pueblos demuestran afinidades de la lengua ibérica con las de tantas y entre si tan distantes naciones de Europa y Asia.

suyos; y a Ella, llena de gracia, pedían misericordia para el triste linaje de los hombres, que hundido de continuo en sus miserias, la hizo abogada suya y su tutora, en ansia de alcanzar más alta vida.

El melífluo Bernardo, escribió en aquel tiempo sus dulces alabanzas a la Virgen, y el Rosario fundó, también entonces el insigne Domingo de Guzmán.

Gonzalo de Berceo, en versos castellanos primitivos de aquella misma edad, lloró sus duelos y cantó sus loores, y al igual que en el centro y occidente, en la Europa oriental tuvo la Virgen culto tan fervoroso, que allí, que la venganza era un derecho de continuo ejercido, cesaba, si en momentos de venganza llegaba un sacerdote y mostraba la imagen de María, pues ante ella no había lugar a enojos, y la Madre de todos los cristianos, benigna terminaba la contienda, cambiando por filiales pensamientos los de desquite y lucha.

La fe mariana que alumbró las tinieblas medievales, está admirablemente reflejada en las hermosas tallas de María, que aquella edad labró.

Y las del siglo XII, comunmente a la Virgen representan como reina en su trono, y siempre con su Hijo, cual mostrándole a aquellos que la miran.

La imagen de María de Fuente Santa, que es primorosa muestra del arte religioso castellano, pertenece a ese grupo.

Refléjase en su rostro la clemencia.

Su estilo bizantino, tan natural e ingenuo, no tiene ya la rigidez primera que hubieron esas tallas, y acusa una influencia gótica primitiva, que da a la estatua majestad.

Por eso, y por saberse que en Castilla se prolongó el periodo del románico, pudiera ser imagen hecha cuando finaba el siglo XIII.

El decorado de ella sin duda es posterior, y aun la pintura pudo ser retocada a principios del siglo XVIII cuando se hizo la ermita, que hoy existe en el mismo lugar, que la primera que hicieron los cristianos, en donde los vetones tuvieron el santuario de la luna.

La Virgen tiene ahora un lindo camarín, según le tienen muchos otros santuarios de igual época.

La Fuente Santa, emerge en su recinto, como simbolizando que María es la fuente del bien.

Luego, el venero se encauza frente al atrio de la ermita, y con sus puras aguas, fertiliza las tierras de una huerta.

En aquel campo pastan los rebaños, que suben desde el llano a una ladera, que cierran berrocales extrañamente erguidos, haciendo como un muro ciclópeo, que remata en brava y variada crestería, formada por las rocas de la cumbre.

Cuando llega su fiesta, Fuente Santa se llena de romeros que adoran a la Virgen, y después de la misa, se esparcen por aquel campo odorífero, y en tan ameno sitio viven un día feliz.

Quienes van a la fuente de dos caños, por donde el agua bajo el atrio mana, inutilmente quieren descifrar lo que dicen unos signos, que hay grabados en una de sus piedras.

Ellos son un escrito autóctono, una reminiscencia del santuario pagano primitivo, y es esa piedra el

único vestigio, que aún dice de la fuente que fué de Eako, la deidad del silencio y de la noche, que allí tuvo su culto con este nombre ibérico, y a la que el paganismo sucesivo, la llamó de Diana, mudándola de nombre y no de símbolo.

Don divino es el agua.

El sol, a través de ella forma el iris, que es promesa de paz y de abundancia que se escribe en los cielos anchurosos, y si en agua los truenos se resuelven, conjura los peligros que en sí encierra la nube amenazante, los días de tempestad.

Y las plantas lozanas, porque beben agua que las da vida, en sus laboratorios misteriosos, la perfuman por modos diferentes, cuando llega a los frutos y a las flores que brotan de sus ramas.

Y en el agua refleja el cambiante infinito de los cielos, con su azul, con sus aves y sus nubes, y la montaña altiva de a la orilla de el lago, y el árbol que junto a él alza su tronco, y el agua, como espejo que dibuja las luces y las sombras, copiando el esplendor de lo creado es principio del arte.

Don divino es el agua.

Si desciende en cascada atruena con su ruido, que modula más dulce por el llano, y según su carrera sinfoniza su música, que en la sierra es altivo canto de libertad, en el hondo rugiente protesta de ser aprisionada, y en el mar, ruido ronco de esfuerzo que no cesa por salir de su seno y elevarse otra vez a las alturas, siendo ya esencia de agua hecha vapor sutil.

Don divino es el agua casta y fertilizante.

Junto a sus cauces corre la abundancia, por don-

ERMITA DE FUENTE SANTA

(Foto Amable García).

de ella se esconde, brotan flores y ella viste los campos de verdor.

Por eso, antiguamente hubieron culto los claros manantiales, que cual la Fuente Santa hacen bien a personas, a avecillas y a toda la demás viviente especie buena o mala, que cruza por el aire o la tierra, y a las plantas que fijas en el suelo no pueden ir a donde el agua nace, envía sus raudales cristalinos, que corriendo las buscan y las donan su frescura vital, dejando siempre huella de bien, por donde pasan.

Y cuando el pensamiento del hombre, aún estaba muy lejos de poder comprender las leyes físicas, en su rudimentario modo de discernir males y bienes, apreció el beneficio que es el agua, y le tuvo por don de sucesivas deidades diferentes, en que en remotas épocas creyó la humanidad.

La nieve es el maná que cae del cielo, y ese blanco tesoro queda a recaudo por las altas sierras y a impulso del variado mecanismo que regula las fuerzas naturales, el agua de continuo sube y baja a la cima y al piélago, y como junto al agua está la vida, el agua constituye el primer elemento de progreso y mejora de los hombres.

No haya campo sin agua, que con ella dará frutos benditos.

Y la familia humana en todas partes tendrá pan cada día.

Sabroso pan, masado al tiempo que con agua cristalina, con sudor generoso, con el agua fecunda del trabajo, que el trabajo es virtud, y fuente santa de bien universal inagotable, y vive dignamente quien

sazona su vida trabajando, pues del trabajo emana la nobleza de ser util a todos, de aportar al acervo de la labor común, la labor propia, rindiendo el obligado tributo, de estudio o de faena cotidiana, que demandan la patria y el progreso.

3-022(96)
MAR

Se terminó de imprimir
este libro en la imprenta de Muñoz, Sucesor,
de Béjar, el día 7 de octubre de 1935

G- 10283